

ALEJANDRA RETA

El proceso de peronización dentro del movimiento universitario en los años sesenta en Argentina

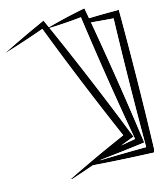
El caso del Frente Estudiantil Nacional

**EL PROCESO DE PERONIZACIÓN DENTRO
DEL MOVIMIENTO UNIVERSITARIO
EN LOS AÑOS SESENTA EN ARGENTINA**

EL PROCESO DE PERONIZACIÓN DENTRO DEL MOVIMIENTO UNIVERSITARIO EN LOS AÑOS SESENTA EN ARGENTINA

**El caso del Frente Estudiantil
Nacional**

Marina Alejandra Reta



ISBN: 9789878637013

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 201095. Sólo para uso personal

teseopress.com

Índice

Resumen.....	9
Introducción	15
1. Justificación, aportes y estado de la cuestión	25
2. Discurso, corpus documental y estrategias de abordaje	35
3. Clima de ideas de una época y su dimensión contestataria.....	47
4. Radicalización, politización, peronización.....	59
5. Escenario de enunciación, destinación y contradestinación	85
6. Dialogismo, polifonía, interdiscurso y memoria discursiva	109
7. Juventudes, generación y estudiantado	129
8. Sociedad, violencia y liberación nacional	149
9. Antagonismo, pueblo, peronismo y revolución	169
Conclusión	189
Bibliografía	195

Resumen

Este texto constituye la publicación de mi trabajo de tesis realizada en el marco de la Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), presentada en 2010.

El trabajo que aquí se presenta tiene como propósito reconstruir la experiencia de acercamiento al peronismo por parte de amplios sectores del movimiento estudiantil, durante la década del 60. Este fenómeno difícilmente podría ser explicado al margen de considerar el conjunto de dilemas abiertos con la caída del peronismo en 1955 y que alentaron diferentes ensayos de articulación con las luchas sociales, que se extendieron hasta la década posterior. A su vez, este trabajo toma como punto de inflexión el golpe de Estado ocurrido en 1966 con la consecuente intervención a las universidades ordenada por el general Onganía, y llega hasta las movilizaciones sociales y políticas de 1969 contra dicho régimen dictatorial, preludiando de alguna manera la radicalización política de la década posterior.

Entre las diferentes estrategias políticas movilizadas por estos acontecimientos, aquí nos centramos en una particular modalidad de aproximación al peronismo por parte del movimiento estudiantil tomando como caso la experiencia del Frente Estudiantil Nacional (FEN), definido originariamente como un grupo nacional y popular, que se consideraba marxista pero que comenzaba a acercarse al peronismo.

En este sentido, aquí nos proponemos analizar cómo el FEN configuró su identidad peronista a través de sus prácticas discursivas/significantes. Para ello hemos rastreado las principales herramientas conceptuales y argumentativas puestas en práctica para lograr su inserción en el peronismo. Asimismo, intentamos establecer los matices y

complejidades de este proceso de *peronización*, abrir el abanico de heterogeneidades y centrarse en las trayectorias de sus militantes dentro del grupo.

En este trabajo creemos que si bien en sentido amplio la *peronización* no fue sólo un objetivo de esta organización sino que era compartida por otras agrupaciones, muchas de estas estrategias derivaron en posturas *vanguardistas* o *alternativistas*, mientras que el FEN mantuvo su postura de política de masas y de acompañamiento de los sectores populares, además de una sumisión a la palabra de Perón, y la voluntad de disolverse, cuando el líder lo dispusiera, en el conjunto del pueblo, como cuadros políticos del peronismo.

Ubicamos nuestra investigación en un marco que combina el análisis y seguimiento de algunos conceptos, categorías y temas específicos con contribuciones del análisis del discurso como perspectiva interpretativa. La propuesta de este se centra en la lectura de fuentes documentales, ya que creemos que el discurso del FEN está habitado por rastros o huellas que permiten reconstruir este proceso histórico. La mayor parte de los documentos que conforman nuestro *corpus* se encuentran en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) y en el Archivo del Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón, conformando un *corpus significativo* de documentos, con distinto grado de extensión, densidad y relevancia teórica, que fueron producidos por la organización durante el período 1965-1973.

Quiero destacar que esta tesis es el resultado de una investigación que tiene sus antecedentes en 2004 –con mi tesis de grado– y cuyas líneas de estudio continúan en la actualidad con mi trabajo de doctorado. Durante los años transcurridos desde su presentación en 2010 han aparecido numerosos estudios que giran en torno a las transformaciones del peronismo y a los procesos de politización de los sectores medios y las juventudes, así como la y transformación intelectual y cultural durante los años sesenta y setenta en Argentina. Estos nuevos aportes sin duda dialogan con

mi trabajo y nutren el campo de estudios sobre los años sesenta y setenta. Más allá de eso, esta investigación realiza un aporte original al estudio de los procesos de movilización y radicalización desarrollados en estas décadas haciendo hincapié en su complejidad y dando visibilidad a experiencias políticas no directamente involucradas en la lucha armada e inaugura un diálogo con trabajos posteriores vinculados a estas experiencias.

Quiero agradecer a mis padres, por su apoyo incondicional y por propiciar siempre mi formación.

A Eduardo Rinesi y Jorge Cernadas, mi director y co-director por su guía, y por sus valiosos aportes teóricos e históricos, de en este proceso de búsqueda, análisis y reflexión que permitió la producción de esta tesis.

También a mis profesores de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario que desde finales de la carrera me alentaron a continuar con esta investigación.

A quienes a través de sus intercambios, conversaciones informales, charlas, cursos de extensión, complementaron mis conocimientos, me iniciaron a universos desconocidos y acompañaron mi formación.

A los archivos de historia oral que con tanto esfuerzo recopilan numerosos y valiosos testimonios, así como a los archivos documentales del Museo Eva Perón y del CeDInCI, que me abrieron las puertas para la consulta y la lectura durante largas jornadas de trabajo.

A todos los que estuvieron y están en este camino.

Introducción

Presentación, objetivos y preguntas de investigación

El propósito del trabajo que aquí se presenta es analizar las estrategias discursivas implicadas en la experiencia de incorporación al peronismo de amplios sectores del movimiento estudiantil, durante la década del 60. Este fenómeno difícilmente podría ser explicado al margen de considerar el conjunto de dilemas abiertos con la caída del peronismo en 1955 y que alentaron diferentes ensayos de articulación con las luchas sociales, que se extendieron hasta la década posterior.

El presente estudio se centra, en términos generales, en la relación entre universidad y política en los años sesenta, pero incluye de manera más abarcativa el período abierto a partir del golpe de Estado que terminó con la experiencia del peronismo en el poder en 1955, y cerrado con su retorno en 1973. A su vez, toma como puntos de inflexión el nuevo golpe ocurrido en 1966 con la consecuente intervención a las universidades ordenada por el general Onganía, y las movilizaciones sociales y políticas de 1969 contra dicho régimen dictatorial, preludiando de alguna manera la radicalización política de la década posterior.

El período que se abrió con la destitución del peronismo fue una etapa de proscripción y prohibiciones que instauró la Revolución Libertadora, que en su versión más radical, puso en marcha un proyecto de “desperonización” de la sociedad, y también de la Universidad –éste último bajo el rótulo de “normalización universitaria”, que incluyó el desmantelamiento del aparato legal y discursivo

heredado del gobierno derrocado, y la depuración del cuerpo docente—. En la literatura de la época y a través de los testimonios de sus protagonistas puede verse que la mayoría de los militantes estudiantiles compartía algunas políticas en base a diagnósticos afines acerca de lo que había significado el peronismo, en qué debía consistir la Argentina post-peronista, qué rol debía tener la Universidad, etc. Para algunas franjas intelectuales significaba la posibilidad de realización dentro del campo académico de ciertas ideas modernizadoras que habían madurado en esos años por fuera de la universidad oficial, el retorno de grupos desplazados durante el gobierno peronista, el aumento de la producción académica, pero también abrió el debate sobre el papel de la universidad como institución y de sus actores dentro del nuevo escenario político. Este proceso de “reconstrucción universitaria” se extendió hasta la intervención de Onganía y la Revolución Argentina, en 1966, que lo interrumpió.

Para el movimiento universitario, que en su mayoría se había pronunciado contra el gobierno peronista y había sido funcional al golpe que lo derrocó (e incluso había participado de la coalición que lo produjo), aquel proyecto significaba la recuperación de la actividad democrática, la autonomía universitaria, un momento de transformaciones dentro de la Universidad. En este período, sobre todo en los años posteriores, de la mano del frondicismo, comenzaría a conformarse lo que se llamó “isla democrática”, es decir, la universidad conservada como espacio democrático en medio de un contexto político de exclusión y proscripción. La crítica a ese modelo académico insular, desde ciertos sectores del movimiento estudiantil, se tradujo en la propuesta de un espacio universitario articulado con la realidad nacional.

Esto dio lugar a diferentes estrategias de aproximación y, entre ellas, a una modalidad que se diferenció cualitativamente del resto, y que consistió en el proceso de “peronización” del estudiantado. Aquí tomamos como exponente

del mismo la experiencia del Frente Estudiantil Nacional, definido originariamente como un grupo nacional y popular, que en sus inicios se consideraba marxista pero que comenzaba a acercarse al peronismo.

En este sentido, proponemos rastrear y analizar las herramientas conceptuales y argumentativas por medio de las cuales la agrupación construyó su identidad peronista a través del discurso, y las prácticas sociales y políticas resultantes. Asimismo, intentaremos establecer los matices y complejidades de este proceso de “peronización”.

El objetivo general de este trabajo consiste en analizar cómo se construyó discursivamente el proceso de inserción del Frente Estudiantil Nacional en el dispositivo peronista, definido en términos de los actores como “peronización” o “conversión al peronismo”, atravesado por estos sectores del movimiento estudiantil a lo largo de la década del sesenta.¹

De manera que en esta etapa de la investigación tenemos, como objetivos específicos de trabajo, relevar: las categorías utilizadas en los análisis del FEN acerca de la realidad política, la lectura que la organización hace de la clase obrera y del peronismo, su análisis acerca de la universidad, del rol de los intelectuales, de la situación de las ciencias sociales, su concepción de Pueblo, y cómo insertan al FEN dentro del campo popular, la definición del Otro y, en su versión más radical, la construcción del Enemigo imaginado que aparece en el discurso. Pretendemos, además,

¹ Este trabajo consta de dos etapas, que hemos ajustado a los requerimientos de las instancias de Maestría y Doctorado. En un primer momento, acotado a la tesis de Maestría, proponemos rastrear y analizar las herramientas conceptuales y argumentativas por medio de las cuales el Frente Estudiantil Nacional construyó su identidad peronista en el discurso y en las prácticas sociales. En una segunda instancia, correspondiente al Doctorado, se intentará abrir el abanico de heterogeneidades, sobre todo a partir de la experiencia de sus militantes dentro del grupo. Entendemos que ambas instancias están impregnadas por la construcción de la memoria que los actores realizan en torno al proceso de peronización, tanto a través de su discurso y sus prácticas sociales y políticas como de sus relatos. Ambas etapas se abordarán de manera diferente: en la primera se recurrirá a fuentes documentales, mientras que en la segunda se acudirá a fuentes testimoniales.

establecer si las herramientas conceptuales fueron cambiando y, en caso afirmativo, cómo fueron modificándose a lo largo del período bajo análisis, y, por último, determinar los argumentos con los cuales el FEN justificaba y legitimaba su identidad peronista.

El interrogante principal que planteamos en esta investigación es: cómo se dio esta identificación de tales sectores con el peronismo y cómo construyeron su identidad como peronistas, a través de su discurso y la práctica militante en él implicada.

Es decir, algunas de las preguntas que guían nuestra investigación son: ¿Cómo surge esta visualización diferente con respecto a períodos anteriores? ¿Qué mecanismos operaron para provocar esta vinculación? ¿Qué motivaciones personales, familiares, culturales, sociales, políticas llevaron a esta decisión? ¿Qué acontecimientos, debates, discusiones y quiebres llevaron a un nuevo abordaje teórico y a un nuevo acercamiento práctico al fenómeno del peronismo? ¿Qué consideraban que significaba “ir hacia” el peronismo? ¿A través de qué estrategias de acercamiento? ¿Mediante qué tipos de participación? O bien ¿qué cambios implicó en los modos de participación política? ¿A través de qué lectura de esa realidad nacional e internacional? ¿A través de qué mirada hacia el peronismo? ¿Qué concepción del movimiento obrero y del peronismo subyacía en el imaginario del movimiento estudiantil, y del FEN en particular? ¿Cuándo consideraron que ya estaban dentro del peronismo? ¿Qué había cambiado en ellos, en sus formas de organización, de participación, en su análisis de la realidad, en su discurso, en sus prácticas? ¿Cómo legitimaban o justificaban su pertenencia al peronismo? En fin, ¿cómo se construyó el discurso de la peronización como legitimación de su entrada al peronismo?

Breve introducción del actor colectivo

El Frente Estudiantil Nacional (FEN) fue una agrupación universitaria de orientación marxista, pero que se definía a sí mismo como grupo “de pasaje al peronismo”. Estuvo liderado por Roberto Grabois, en ese momento, estudiante de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.²

El FEN provenía de dos agrupaciones de izquierda no tradicional germinadas durante el gobierno de Illia en esa facultad: la Línea de Izquierda Mayoritaria y la Tendencia Antiimperialista Universitaria, léase LIM-TAU. Ambas corrientes se unieron en el Frente Antiimperialista Universitario, el cual resultó ser el grupo de izquierda con más fuerza dentro de la Universidad (por fuera del Partido Comunista) a pocos meses del golpe de Onganía, y luego se convirtió en FEN, cuando comenzó a extenderse y a incorporar a sectores provenientes de procesos similares, de otros lugares del país: como los centros de estudiantes de Medicina de Córdoba, de Ciencias Exactas de Rosario, y posteriormente Mendoza.³

Más adelante, la agrupación fue muy importante en el proceso de crecimiento cuantitativo de Guardia de Hierro hacia fines de los sesenta, cuando comenzaron a confluir diversas organizaciones dentro del movimiento de

² Contaba, además, entre sus miembros más reconocidos, con Hernán Pereyra, Rody Vittar, Jorge Rachid, José Tagliaferri, Caíto Ceballos, Miguel Linber, entre otros. Sobre la historia del FEN, los datos fueron aportados por entrevistas a algunos de sus militantes, realizadas en el marco de una investigación anterior, así como los recuerdos de Horacio González en Anguita y Caparrós (1998) y Tarruella (2005).

³ Hay algunos testimonios, sin embargo, que sostienen que el FEN comenzó a gestarse en 1965 en la Facultad de Ingeniería de Rosario, con la Agrupación Reformista de Avanzada Universitaria (ARAU) creada por estudiantes de izquierda, quienes se contactaron con algunos líderes estudiantiles de Buenos Aires para unificar el grupo en todo el país.

trasvasamiento.⁴ Éste se vinculaba a la consigna del “trasvasamiento generacional” lanzada por Perón para impulsar a las nuevas generaciones a desplazar a la dirigencia sindical peronista que en los primeros años de la Revolución Argentina le disputaba el poder.⁵

El FEN llegó a ser una de las organizaciones más amplias y reconocidas dentro del movimiento universitario a nivel nacional. Para 1969 había extendido su influencia a Córdoba y Santa Fe, más tarde a Mendoza, Tucumán, Bahía Blanca y Mar del Plata, a partir de la absorción de organizaciones provenientes de experiencias similares, de “tránsito hacia el socialismo nacional”. El “socialismo nacional”, “izquierda nacional” o “camino nacional al socialismo” era considerado por estos grupos como la modalidad que debía adoptar el socialismo en estas tierras, que pasaba indudablemente por el peronismo. Según Omar Acha, la izquierda nacional “es la política de izquierda que amparándose en la teoría marxista procura inscribirse en el firmamento de las alianzas nacional-populares y antiimperialistas definidas por la aparición del movimiento peronista”. (Acha, 2009: 204) En el caso del FEN, más que una alianza con el movimiento nacional y popular, se buscaba una inserción legítima en el mismo.

4 Las mesas de Trasvasamiento se organizaron a mediados de 1971, bajo el liderazgo de Roberto Grabois, Dardo Cabo y Alejandro Álvarez, y se implementaron a lo largo de todo el país para transmitir que el Trasvasamiento generacional era la visión estratégica de Perón. (Tarruella, 2005: 147)

5 En palabras de Perón: “Hemos hablado de la necesidad de un Trasvasamiento generacional. Ello emerge de la necesidad insoslayable de mantener el estado juvenil del Movimiento. Se trabaja normalmente, para el futuro, y ese futuro, por fatalidad histórica y biológica, diremos así, corresponde a las generaciones jóvenes. Un movimiento que sea, o que represente, una revolución trascendente, difícilmente puede ser realizado por una generación, sino por varias de ellas (...) Es indudable que esto da un derecho a la juventud, es el derecho de intervenir en el quehacer actual, preparando el cambio generacional. Si no los movimientos envejecen y mueren, lo que se trata es precisamente de hacer ese cambio generacional a fin de que se remoce el movimiento, se perfeccione y se adapte a las nuevas etapas.” Transcripción de un extracto de la película “Perón: actualización política y doctrinaria para la toma del poder”, Grupo Cine Liberación, 1971.

En *Primera Plana* aparece definido como una federación de grupos universitarios identificados con el marxismo y que será el primer grupo que se declara peronista después de 1966⁶, más precisamente, con posterioridad a golpe de Estado del 28 de junio, que derrocó al gobierno constitucional del presidente Arturo Illia y dio lugar a la Revolución Argentina. Entre las medidas que ésta llevó adelante, fue intervenida la universidad (en algunas facultades de la Universidad de Buenos Aires, bajo la modalidad de la irrupción policial que desalojó a estudiantes y docentes, lo que se conoció como la “Noche de los Bastones Largos”), fue prohibida la actividad política de los centros de estudiantes en todo el país, ya que el gobierno la consideraba como un “reducto comunista”. Fue una etapa de gran convulsión política, radicalización y violencia, cuyo punto más alto fueron las movilizaciones ocurridas en 1969 en varias ciudades del país, generalizadas bajo el nombre de Cordobazo, seguidas por el Rosariazo, Tucumanazo, etc. En 1970 Onganía fue reemplazado por el general Levingston, y desde 1971 a 1973 gobernó el general Lanusse, encargado de preparar el terreno para volver a un gobierno civil y de intentar una especie de “peronismo sin Perón” a través de su fallido proyecto conocido como Gran Acuerdo Nacional (GAN) (O’Donnell, 1982; Rouquieu, 1978; Potash, 1984; Anzorena, 1998).

Durante esos convulsionados años, el FEN comenzó a vincularse con algunas ramas del peronismo, en concordancia con su definición como grupo de “tránsito”, principalmente con el “Peronismo Revolucionario” de John William Cooke y también con la CGT de los Argentinos –sector combativo de la organización de trabajadores peronistas– liderada por Raimundo Ongaro.

⁶ Esta conceptualización del FEN como “federación” de grupos de trayectorias similares, aparece en la revista semanal *Primera Plana*, 3 al 9/06/ 1969, N° 336, p. 14-17.

Se trata de una época en la que la militancia en una determinada organización tenía fronteras bastante difusas y dinámicas, en el sentido de que había un continuo entrecruzamiento de las trayectorias de muchos de sus miembros, así como vínculos personales entre ellos, independientemente de la organización en la que participaran, idas y venidas, o incluso la participación simultánea en varias agrupaciones. A su vez, estas características de la militancia tienen que ver con experiencias generacionales (como la Revolución Cubana, la radicalización política y la movilización antidictatorial posterior al golpe de Estado de Onganía en 1966, el surgimiento de la CGT de los Argentinos, el Cordobazo, etc.), trayectorias políticas similares (como la militancia universitaria, para pasar posteriormente a la militancia en otros espacios, tanto sindicales, como ámbitos ligados a la iglesia, o en barrios obreros y villas de emergencia, a partir de la vinculación con el peronismo) y referencias culturales compartidas (películas como *La hora de los hornos* o *La Batalla de Argel* eran un referente para la juventud de la época, la lectura de las obras de Mao, Che Guevara, Régis Debray, Lenin, entre otros) (James, 2003; Cataruzza, 1997; Hilb y Lutzky, 1984; Anguita y Caparros, 1998). Por otra parte, de estas experiencias compartidas iba surgiendo una solidaridad, reforzada por las características de la militancia en un contexto dictatorial, que se acentuaba aún más entre los jóvenes que se acercaban al peronismo, con la construcción de nuevas identidades en el seno de ese movimiento. Salas (1990) define este proceso en términos de una “marca de origen” constituida por la represión, que dotó a la “nueva” identidad peronista de una gran fuerza y de un carácter reactivo.

Cuando el avance del FEN hacia el peronismo empezó a plantear la necesidad de legitimar ese ingreso, su líder viajó a Madrid en dos oportunidades (en junio y agosto de 1971) como delegado del Frente Nacional Estudiantil (FNE), agrupación de organizaciones vinculadas al FEN, para presentarle a Perón el punto de vista de la línea “dura”

del peronismo⁷. Estos sectores eran aquellos que se contraponían a los sectores “paladinistas” (llamados así por Jorge Paladino, en ese momento delegado de Perón, y líder del sector del sindicalismo proclive a lograr acuerdos con el gobierno en el marco del GAN. Tal como los identifica Gonzalo de Amézola, entre estos grupos “duros” se encontraban, FEN, GH, junto a la OP 17 de Octubre de la UOM, la Coordinadora Rebelde liderada por Alberte, y JAEN, que en general apoyaban a las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), y se acercaban a los sectores sindicalistas “combativos”, por lo que se oponían al GAN (De Amézola, 1999: 109).

Creemos que en este proceso la fusión con GH fue un momento decisivo, porque puso de manifiesto todas las dificultades que implicaba este pasaje, los replanteos operados, la sensación de cierta amenaza hacia la identidad del grupo como tal, precisamente porque estaba transformándose en otra cosa, la percepción de cierta inadecuación o incomodidad, más allá de que la organización desde el comienzo se presentó como un grupo de tránsito al peronismo, y más allá de que con el tiempo esas dificultades fueran superadas. Es decir, permitió la entrada al mundo interior de los protagonistas, una instancia en que el discurso de la peronización que los actores habían ido construyendo se concretizó en prácticas de adecuación, de esfuerzo, de aprendizaje. Creemos, en este sentido, que atravesar la experiencia del trabajo en los barrios fue una práctica decisiva para articular y consolidar la nueva identidad del grupo como peronistas.

Sin embargo, entendemos que resultaría simplificador acotar ese proceso a esta única instancia. Y por otro lado, si bien reconocemos el valor de los testimonios, y el acceso, a partir de ellos, al universo de percepciones y representaciones de los actores, hacemos hincapié aquí en la interpretación de la configuración de discurso a partir del trabajo

⁷ Así lo plantea la revista *Primera Plana*, en el N° 438, del 22/06/71.

con documentos de archivo, que nos permiten un abordaje diferente a este proceso, una mirada desde las prácticas discursivas, desde la construcción de sus objetos, temas y tópicos recurrentes, personajes de la escena enunciativa, anclajes argumentativos, etc., de lo cual intentaremos dar cuenta en los capítulos siguientes.

1

Justificación, aportes y estado de la cuestión

Una de las razones que nos inclinan a querer analizar el proceso de peronización atravesado por el Frente Estudiantil Nacional tiene su origen en un supuesto con base empírica, consistente en el peso específico que parece haber tenido dentro del movimiento estudiantil: según testimonios de los actores y según la literatura de la época, el FEN fue la fuerza estudiantil de izquierda más importante, por fuera del PC, dentro del movimiento estudiantil (Tarruella, 2005; Anguita y Caparrós, 1998). Fue además semillero de líderes políticos, que salieron del movimiento estudiantil, hicieron una historia de militancia dentro del peronismo y sus avatares, algunos incluso se vincularon a la lucha armada de los años 70, otros cubrieron espacios políticos en las décadas del 80 y 90, y aún son importantes dentro de la política nacional.¹

¹ Por otra parte, este trabajo tiene como antecedentes un proyecto de investigación de tesina y algunos *papers* posteriores, que consistieron básicamente en un intento de reflexión y un primer acercamiento al tema del acercamiento al peronismo de estudiantes universitarios de clase media, provenientes tanto de sectores de la izquierda (el marxismo, el comunismo, el socialismo) como sectores que se acercaron desde la derecha (el nacionalismo, el catolicismo, la democracia cristiana). Se trató, sobre todo, de una contextualización del tema de la radicalización política en la década del setenta, en base a entrevistas realizadas a algunos dirigentes estudiantiles de la época, provenientes de diferentes vertientes ideológicas, pero que habían planteado un proyecto que excediera el marco universitario y que incorporara la política de masas.

Otro motivo de nuestro interés en el tema, es que la estrategia de esta agrupación no fue postulada simplemente como un acercamiento al peronismo, sino que implicaba un *plus* que era integrarse plenamente a él, dejándose transformar. Es decir, entendemos que la peronización fue un proceso experimentado por amplios sectores intelectuales, y no simplemente un objetivo del FEN, si bien con el tiempo algunas formas de peronización dieron lugar a planteamientos vanguardistas. En este sentido, el FEN fue la agrupación precursora en hablar en tales términos, en construir el discurso de la “peronización” para legitimarse y así diferenciarse de las estrategias de “entrismo” o “alternativismo”, que seguían manteniendo la idea de que caído Perón y recuperada la “democracia” la clase obrera iba a encontrar su verdadera conciencia de clase y abandonar el peronismo.²

Otra de las razones que nos llevan a realizar este análisis es que, buceando en la literatura sobre la época, encontramos que, a pesar de su peso e importancia respecto al proceso mencionado, no hay textos específicos sobre el FEN ni sobre la experiencia de peronización dentro del movimiento universitario e intelectual. En la bibliografía existente el FEN sólo aparece citado brevemente, en un

² El “entrismo” en el peronismo se refiere a la estrategia de infiltrarse en el movimiento obrero y desde adentro tratar de producir un cambio de mentalidad, bajo la creencia de que finalmente se produciría una “crisis de la conciencia burguesa de los obreros” y los trabajadores alcanzarían su “verdadera conciencia de clase”. Fue practicada, sobre todo, por el trotskismo. Según Julio Parra, perteneciente al PRT, “las numerosas variantes de esta experiencia significan la integración de algunos marxistas intelectuales que ‘entran’ al movimiento peronista para trabajar sobre la clase obrera que permanece en él y algunos obreros que por esta vía se elevan a la comprensión –no del todo cabal– de su ideología de clase”. (De Santis, 2004: 17) En última instancia, apuntaba a una “desperonización” de las masas.

El “alternativismo” planteaban, en cambio, mantener la identidad peronista, pero proponían una dirección alternativa para la clase obrera peronista, un “peronismo sin Perón”. A su vez postulaban que la clase obrera desarrollara una herramienta política propia, independiente. Encontramos ejemplos de estas prácticas desde algunos líderes sindicales como Vandor hasta, posteriormente, Montoneros. (De Santis, 2004; Acha, 2009; Tortti, 2009; Sigal y Verón, 2003)

corpus teórico centrado principalmente en la producción intelectual y/o académica de aquellos años (Terán, 1993; Sigal, 2002), en los procesos de la lucha armada del período posterior al golpe de Onganía y al Cordobazo (Anzorena, 1998; Gillespie, 1982), en la recopilación de testimonios que culminan construyendo una imagen heroica del revolucionario (Anguita y Caparros, 1998), o bien en reconstrucciones de otras organizaciones cercanas.³ Partimos del presupuesto de que la mayoría de los trabajos revisados se centran en la década del setenta y sobre todo en la lucha armada, y en ese sentido este trabajo pretende discutir con los resultados de una corriente de investigaciones en esa línea, o al menos intenta abordarlo desde una perspectiva diferente. En este mismo sentido, María Cristina Tortti señala que al privilegiar el tratamiento de ciertos sectores, ligados sobre todo a la lucha armada, y al centrar la atención en el tramo final del proceso abierto en 1955, es decir, en los años setenta, se produjo “cierta simplificación del fenómeno de activación social y política desarrollada a lo largo de dos décadas, con el empobrecimiento de su comprensión” y con el opacamiento de “las experiencias políticas que precedieron a la decisión de tomar las armas”. (Tortti, 2009: 15)

Las posibilidades de realización de este proyecto parten, por un lado, de las condiciones de accesibilidad a las fuentes propuestas como material de análisis para este abordaje. En este sentido, cobra particular importancia la existencia de publicaciones, artículos, panfletos, etc. disponibles, así como los relatos de los testigos y todo lo que ellos puedan aportar.

Por nuestra parte, reconocemos que emprender esta “reconstrucción” no es una tarea sencilla, y que pueden presentarse problemas, vacíos, ausencias. Parece innegable la existencia de ciertas dificultades para el abordaje del tema, sobre todo en lo referente a la falta de estudios sobre el

³ Al respecto, Alejandro Tarruella, que dedica extensamente varias secciones del libro al FEN y a su líder, Roberto Grabois. (Tarruella, 2005)

mismo, a la ausencia de documentación pertinente, al hecho de que muchos documentos atesorados por los protagonistas del proceso no son de acceso público. Sin embargo, resulta necesario empezar a explorarlo a partir de los elementos que sí existen, y de allí la importancia de los documentos de archivo y las fuentes testimoniales. De aquí en más, rescatamos de este trabajo el aporte a todo lo que hay “por hacer” en este tema.

Haciendo un breve estado de la cuestión, resulta relevante recalcar que al comenzar nuestra investigación, y a pesar de la importancia que reviste el FEN, encontramos una especie de vacancia respecto al caso específico de esta organización dentro de la extensa bibliografía sobre los años sesenta y setenta. No existen textos específicos sobre esta experiencia, más allá de los recuerdos de Horacio González que figuran en *La voluntad*, de algunas menciones sobre su participación en ciertas movilizaciones de la época, sin demasiados detalles, en *El cielo por asalto* (Lapolla, 2004), y de breves referencias entre los movimientos estudiantiles que aparecen en *Tiempo de violencia y utopía* (Anzorena, 1998).

Pero además hay pocos trabajos que aborden el tema del “discurso militante”, excepto algunas investigaciones sobre el discurso de ERP-PRT, en torno a la construcción de la figura del enemigo (Carnovale, 2009; Greco, 2009), análisis del discurso de los militantes de Guardia de Hierro, con el foco principalmente a partir de testimonios (Anchou, 2007), investigaciones sobre la manifestación de las memorias de la militancia setentista en el discurso kirchnerista (Montero, 2009), por citar algunos, además del clásico texto de Sigal y Verón (2003) sobre el discurso de Montoneros como uno de las posibles configuraciones de efectos del discurso peronista.

Este vacío da cuenta de la falta del escaso material sistematizado sobre la experiencia del FEN, y sobre el proceso de “peronización” de las capas medias universitarias en los años sesenta, al margen de ciertos artículos de la época y sus

propias publicaciones (documentos de circulación interna, una revista que editaban junto al grupo de Cine Liberación de Solanas y Getino, y algunos artículos en el Periódico de la CGT de los Argentinos).

En los últimos años han aparecido estudios que giran en torno a los procesos de radicalización y politización (De Amézola, 1999; De Riz, 2000) sobre todo de los sectores medios (Adamovsky, 2009; Spinelli, 2013) y las juventudes (Manzano, 2010), así como la peronización (Anchou, 2007; Barletta, 2000; Barletta y Tortti, 2004; Chama, 2006; Dip, 2017; Ramírez, 1999; Recalde, 2007; Reta, 2010), y transformación intelectual y cultural durante los años sesenta y setenta en Argentina (Altamirano, 1997 y 2001; Casullo, 1999; Sarlo, 2007; Suasnábar, 2004; Sigal, 2002; Terán, 1993) y la vida cotidiana (Cosse, 2008; Carassai, 2015). Muchos de los trabajos sobre estos años analizan el fenómeno de la radicalización política y el surgimiento de una nueva izquierda (Altamirano, 1992; Bozza, 2001; Georgieff, 2009; Hilb y Lutzky, 1984; Terán, 1991; Tortti, 1999), o se centran en organizaciones particulares, sobre todo aquéllas que nutrieron el vasto campo de la izquierda peronista (Bartoletti, 2010; Raimundo, 2004) y, particularmente, el caso de Montoneros (Gillespie, 1998; Donatello, 2010; Lanusse, 2005) pero también trabajos sobre organizaciones opuestas a esta organización (Cucchetti, 2008). Sin embargo, sin contar las memorias y autobiografías de algunos militantes, aún hay un vacío respecto a investigaciones académicas específicas sobre la experiencia del FEN en particular.

Nos sirven como marco para contextualizar la temática, y cubrir algunos aspectos parciales del problema de análisis, algunas referencias bibliográficas interesantes:

Con respecto a la situación del movimiento estudiantil, debates, crisis y fuerzas políticas en pugna, resultan interesantes los siguientes textos: *No nos han vencido. Historia del Centro de Estudiantes de Derecho-UBA* (Gómez, 1995), que aunque se focaliza en un solo caso, permite ver las fuerzas

políticas existentes y la relación de poder entre ellas; *Historia de la Universidad de Buenos Aires* (Halperín Donghi, 1962); también un análisis de Bernardo Kleiner sobre el peso de la corriente reformista dentro del movimiento estudiantil (Kleiner, 1964); y un artículo de Ana Barletta que rastrea las organizaciones peronistas dentro de la universidad. (Barletta, 2000). Si bien existe más bibliografía respecto al tema universitario, hemos priorizado la lectura de los trabajos que prestan atención a la situación del FEN, o que al menos mencionan la existencia de la agrupación.

En cuanto a los debates y discusiones dentro del campo intelectual, una obra de referencia ineludible es el libro de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas* (Terán, 1993). También son representativos los análisis de Claudia Gilman (2003); además, el análisis de discurso realizado por Silvia Sigal y Eliseo Verón (2003) y un artículo de Carlos Altamirano sobre la clase media (Altamirano, 2007). También hemos incluido algunas ideas de Nicolás Casullo (2007), sobre todo respecto al papel del estudiantado, de la juventud, y los componentes contestatarios aparecidos en la década del sesenta.

Con respecto a la politización de los campos es interesante el recorrido que realiza Beatriz Sarlo (2007), y el texto de Silvia Sigal sobre los intelectuales y su relación con el poder (Sigal, 2002). Y también resulta interesante la obra de Claudio Suasnábar, sobre la relación entre campo académico y política (Suasnábar, 2004). Con respecto a la radicalización dentro de la izquierda, es interesante el aporte de María Matilde Ollier acerca de la izquierda revolucionaria (Ollier, 1998), así como también ha resultado muy interesante otro trabajo de la autora, sobre todo en lo que respecta al análisis acerca del lugar de la violencia, la idea de revolución y la lucha armada (Ollier, 2005). También el trabajo de Gillespie (1982), que analiza la radicalización y la peronización de amplios sectores de las capas medias, y sobre todo centra su estudio en la experiencia de Montoneros. Y debemos mencionar además los capítulos de María

Cristina Tortti, Gonzalo de Amézola y Juan Alberto Bozza recopilados por Alfredo Pucciarelli (1999). También resulta interesante otro trabajo de Tortti de reciente publicación: *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda* (2009), respecto a los debates producidos dentro del socialismo y la formación de la nueva izquierda en nuestro país. Y los aportes de Carlos Altamirano (2001) respecto a la reinterpretación del peronismo y la articulación entre éste y el socialismo.

En lo que se refiere a la definición del proceso de peronización propiamente dicho, hemos tomado varias conceptualizaciones que algunos autores hacen al respecto, como por ejemplo las notas de Ernesto Goldar (1990), Federico Neiburg (1998) y los mencionados trabajos de Sigal y Verón (2003) y María Matilde Ollier (1998, 2005), sobre todo cuando hablan de la izquierda peronista y los procesos ocurridos en los años sesenta. También resultó interesante el trabajo de Barletta (2000) respecto al peronismo en la universidad, que se centra en el origen de las organizaciones peronistas dentro del ámbito académico y ubica al fenómeno de la peronización desde la óptica de la oposición a una tradición universitaria antiperonista y a una visión de la universidad como institución del régimen, quebrada por el ingreso del peronismo.

En cuanto a la matriz peronista como tradición discursiva, nos hemos nutrido de las tesis de Emilio De Ipola, tanto en su análisis de lo nacional-popular y su diálogo con otras posturas al respecto, como en su discusión con Ernesto Laclau y con Eliseo Verón (De Ipola, 1989), así como también en sus reflexiones en torno al discurso de Perón (De Ipola, 1983). Hemos tomado estos trabajos ya que si bien la producción literaria sobre el peronismo es extensa y variada, estos textos se centran en el análisis del discurso peronista, que es precisamente el área que nos interesa indagar en esta investigación. En este sentido también ha sido iluminador el trabajo de Sigal y Verón, ya mencionado, pero esta vez respecto al dispositivo de enunciación peronista y

algunas ideas en cuanto a las estrategias de aquellos grupos que se acercaron al peronismo en los años sesenta, como intentos de inserción legítima en aquel dispositivo. Y con relación al abordaje del discurso del FEN, hemos tomado herramientas del análisis del discurso, sobre todo las nociones de dialogismo en Mijail Bajtín (1999), interdiscurso en Michel Pêcheux (1975, 1983), polifonía en Oswald Ducrot (1984), memoria discursiva en Jean Jacques Courtine (1981) y heterogeneidad en Jacqueline Authier (1984), todo lo cual da cuenta de las distintas voces que atraviesan el propio discurso y del lugar de la alteridad en el mismo. También nos ha orientado el trabajo de María Marta García Negroni (1992) y Verón (1987, 1993) en cuanto a componentes y entidades del discurso político. Además, respecto al trabajo específico con este tipo de documentos (panfletos, volantes, folletos y publicaciones), hemos tomado algunas ideas de Marc Angenot (1982).

Por otra parte, nos han resultado enriquecedoras las reflexiones de Maristella Svampa acerca de la noción de Pueblo (Svampa y Martuccelli, 1997). Para el análisis de los procesos de identificación, articulación de identidades políticas, construcción del pueblo, etc. hemos incluido en el análisis algunos aportes de Laclau (1990, 2005, 2006), así como algunas ideas de Stuart Hall respecto a la cuestión del proceso de formación de identidades (Hall y Du Gay, 2003). Y específicamente respecto a la noción de conversión, hemos incluido la contribución de Hervieu-Léger, ya que si bien la autora analiza los procesos de conversión religiosa, creemos que algunos de los aspectos que toma en cuenta resultan pertinentes para nuestro análisis, como es el caso de las dimensiones que componen los procesos de identificación, la idea de “trayectoria” o recorrido de identificación, etc. (Hervieu Léger, 2000).

Han aparecido algunos estudios que resultan útiles porque aportan nuevos elementos, sobre todo en lo que respecta al trabajo con testimonios, y en el aspecto metodo-

lógico. En este sentido es importante destacar el trabajo de Pablo Pozzi, basado en entrevistas, acerca de la clase obrera en los años setenta (Pozzi y Schneider, 2000).

Además nos resultaron muy interesantes, dentro de esta línea de trabajo con fuentes orales, los análisis de Ángeles Anchou acerca de Guardia de Hierro y del proceso de fusión entre FEN y GH a principios de los años setenta. Uno de esos trabajos publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, recoge los testimonios de militantes provenientes del FEN y que pasaron a engrosar las filas de GH, recabados en el marco del Programa de Historia Oral, que nos ha resultado sumamente valioso para comprender cómo fue experimentada la peronización por esos militantes, concretada a partir de tal fusión (Anchou, 2007).

Finalmente, reviste especial importancia el estudio sobre Guardia de Hierro realizado por Alejandro Tarruella (2005), en el que incluso aparecen entrevistas a Roberto Graboys y varias páginas dedicadas al FEN. Sin embargo no compartimos con el autor la caracterización de “delirio místico” para aludir al viraje religioso de algunos miembros del Trasvasamiento Generacional en los posteriores años ochenta. Creemos que resulta mucho más rico el análisis de Humberto Cucchetti (2007) acerca de la fusión entre Guardia de Hierro y el FEN en los setenta. Y también un ensayo acerca de la Universidad de Buenos Aires durante las tres gestiones peronistas, titulado *Universidad y Liberación Nacional*, de Aritz e Iciar Recalde (2007), en el cual se trabajan algunos capítulos acerca de temas vinculados a la nacionalización del estudiantado y aparecen referencias al FEN con entrevistas a su dirigente.

En estos últimos años han proliferado *papers*, artículos y tesis que incluyen las transformaciones del peronismo, el tratamiento de las izquierdas, la violencia de los años sesenta y setenta, de la mano de numerosos textos de tipo testimonial y del auge de los estudios sobre la memoria. Por mi parte, y en consonancia con algunos de estos trabajos, considero que comprender los procesos posteriores,

el aumento de la conflictividad política, la radicalización de los universitarios, la lucha armada, la dictadura, incluso el presente, “no podía hacerse sin reponer, a través de las historias personales, una parte importante de la historia argentina desde los tempranos años 60 hasta la actualidad. Por un lado, porque sin la historia previa se hacían ininteligibles los años de la última dictadura militar. Por otro lado, porque los relatos sobre la transición democrática resultaban indispensables a la hora de dar cuenta de las significaciones que se construyeron” (Carnovale, Lorenz y Pitaluga, 2003).

En términos de orientaciones para la investigación, la complejidad de las múltiples temporalidades implica ubicar coyunturas y acontecimientos que activan la memoria o el silencio, en un marco de cambio y transformación, o sea, tomar en consideración que la investigación siempre “historice” las memorias, las ubique en esa dinámica entre pasado, presente y futuro.

Discurso, corpus documental y estrategias de abordaje

Discurso, interdiscurso y sujeto

El supuesto que subyace a este trabajo es la idea de discurso como práctica social, más que como acto individual, y sobre todo como práctica portadora de sentido. De esta manera, creemos que a partir de este análisis podemos arribar a transformaciones semánticas, sentidos polisémicos, diversas discursividades que entran en tensión, continuidades y rupturas, etc., que resultan de las luchas sociales implicadas en aquél. Creemos que el discurso es uno de los aspectos materiales y simbólicos de la dimensión ideológica, un espacio de articulación entre “los procesos ideológicos y los fenómenos lingüísticos” en el que se producen los fenómenos de interpelación y constitución de subjetividades políticas (Pecheux y Fuchs, 1975: 17). A su vez, el discurso despliega determinados puntos de vista argumentativos respecto a los cuales el sujeto del mismo adopta determinadas posturas enunciativas que remiten, en última instancia, a posicionamientos ideológicos, particularmente aprehensible en el caso del discurso político pero aplicable también para el lenguaje cotidiano, los textos literarios, etc. Y por otra parte, cada discurso se inserta en determinados marcos de sentido o modos de ver y de presentar los objetos, ciertos “espacios ideológico-argumentativos” que circunscriben el decir (Ducrot, 1986). De manera que al enunciar un discurso se produce una “aprehensión argumentativa” del mundo,

se toman ciertos topoi como puntos de soporte en los que se apoyan los discursos políticos en función de los posicionamientos que se despliegan. En este sentido, “el discurso político es el lugar por excelencia de ejercicio de los *topoi*” (Anscombe, 1995: 190), los cuales dan cuenta de un modo de presentar los hechos y los objetos del discurso (temas y *topoi*, disposiciones y puestas en escena, y también lo dicho, lo no dicho, lo ya dicho, lo mostrado, etc.), un determinado sentido de las palabras, ciertas “representaciones del mundo”, que remiten a instancias ideológicas y que a su vez constituyen ámbitos de acción y práctica política.

Pero además, considerar al discurso como práctica, requiere tomar en cuenta el carácter interdiscursivo de los textos, su relación con otras enunciaciones. Tenemos, como telón de fondo, la idea de un discurso que está en diálogo con otros en una determinada época, que hace al clima de ideas, que tiene que ver con el interdiscurso y que influye en el sujeto, ya que el discurso está marcado y lleva la impronta de otros enunciados. Para Verón (1993), el discurso es un fragmento de semiosis, relacionado con esa red de sentido de la que es parte, de manera que un conjunto discursivo no se agota en sí mismo. Esto se vincula con la idea de dejar de pensar al texto como un producto dado, cerrado en sí mismo y autosuficiente, y, en cambio, centrar el análisis en el discurso como práctica social y como un producto imbricado en la trama de relaciones sociales. En este sentido, además de retomar a Verón, evocamos los planteos de Bajtín (1999) vinculados a la dimensión ideológica del discurso y al carácter dialógico de los enunciados.

De manera que permanece como fondo de nuestro abordaje esta idea de alteridad que habita el propio discurso, como un espacio ligado siempre a un Otro –otros enunciados, otras voces, otros sujetos–, porque de alguna manera en él conviven y pueden vislumbrarse otros discursos que circulan en el ambiente pluridiscursivo de la sociedad en un momento dado, que cristaliza en las enunciaciones particulares según la apropiación que el sujeto

realice a través de su práctica, y que se manifiestan de diferentes maneras, ya sea como respuesta, como anticipación, como revalorización, etc.

Pero además aquí se retoma la conceptualización de Michel Foucault (1987) del discurso como espacio de lucha por establecer los sentidos legítimos. De ahí que el discurso pueda entenderse como espacio de construcción de la subjetividad, un espacio de lucha, antagonismos, sujeciones, etc.

Las formaciones discursivas funcionan como matrices para la producción del sentido, como sistemas de enunciability, y determinan lo que puede y debe ser dicho a partir de una posición dada en una coyuntura histórica determinada. Los enunciados son producidos, de esta manera, a partir de la inscripción del sujeto en distintas posiciones delimitadas en el interdiscurso, es decir, en el conjunto complejo de formaciones discursivas que se relacionan en una formación social dada. En este sentido, cobra importancia el peso de las formaciones discursivas, por ejemplo, a la hora de hablar de revolución, de mantener un discurso militarista, de revalorización del peronismo, dentro del clima de época que prevalecía y que permitía que estos temas aparecieran como tópicos y valorizaciones ya instaladas o ineludibles discursivamente.

De manera que ubicamos nuestra investigación en un marco que combina el análisis de algunos conceptos y temas específicos con aportes del análisis del discurso como perspectiva interpretativa (sobre todo provenientes de la corriente francesa), en diálogo con nociones de la semántica argumentativa en lo que respecta a las nociones de polifonía y topos, y con los aportes de Verón (1987, 1993) y García Negroni (1992) en relación a los componentes del discurso político, a las figuras del imaginario (imágenes de sí mismo y del otro) y sus relaciones con lo que se dice y cómo se dice, herramientas que nos resultan útiles para el trabajo de análisis que emprendemos. En efecto, partimos de la idea de que el sujeto no es la fuente única del sentido, de que

el discurso es producido por sujetos inscritos en contextos determinados (Maingueneau, 1996: 28), de que el sentido de las palabras no es independiente de los contextos en los que están insertas ni del lugar (social, histórico, institucional) de quienes la enuncian (Amossy, 2005: 112). Y también nos resulta interesante, para trabajar el análisis de contenido y el rastreo de algunas categorías, la idea de “trayecto discursivo” o “trayecto temático”, definida como el conjunto de configuraciones textuales que, de un acontecimiento a otro, se refieren a un mismo tema, permitiendo analizar la aparición de un enunciado en relación con el “horizonte de expectativas” –con el conjunto de posibilidades verificadas en una situación histórica dada– y con el acontecimiento discursivo que realiza una de esas posibilidades (Guilhamou, 1994).

En cuanto a la concepción de sujeto y de identidades sociales y políticas que nutren este trabajo, se vinculan a un campo interdisciplinario en el cual el discurso tiene un lugar central en las relaciones sociales. Creemos que las identidades, en tal sentido, pueden entenderse como un producto de lo que Angenot (1998) llama “discurso social”, y que tiene que ver con una red intertextual e interdiscursiva que define lo que es susceptible de ser significado en un determinado momento y formación social. En este sentido, creemos que esa red de sentido es parte de un proceso dinámico, ligado a prácticas sociales y a materias que le sirven de soporte, que dan como resultado discursos que circulan.

El sujeto, en este sentido, es una figura constituida histórica, política e ideológicamente, cuyas posiciones enunciativas se configuran en el plano de lo imaginario (Pêcheux, 1971). Se halla inserto en formaciones discursivas (que remiten a su vez a formaciones ideológicas), de manera que ese sujeto no es dueño absoluto de sus palabras, sino que está de algún modo constreñido por su inscripción política e ideológica. Pero, a la vez, creemos que existe un margen de *agencia*, de capacidad de acción y decisión (instancia política por excelencia), que está ligado, en el caso que nos

ocupa, con la puesta en práctica de determinadas estrategias de inserción en el dispositivo peronista, con determinadas formas de poner en escena objetos y sujetos del discurso, etc. De manera que creemos que toda estructura está fundamentalmente agrietada, y que es posible pensar en la irrupción del sujeto que disloca la estructura e instala la ruptura, como un momento específicamente político, aunque sea de manera contingente e indeterminada. Ese momento político es, en términos de Eduardo Guimaraes (2002), la instancia del *acontecimiento*; es también un momento profundamente enunciativo, porque en la enunciación el sujeto construye su identidad política y configura espacios ideológico-argumentativos, entramados de lugares, siempre en una relación con Otros.

Ese sujeto produce y también reproduce ideas y valores que circulan en el ambiente pluridiscursivo de la sociedad, marcando los temas y motivos de los que habla, el modo mediante el cual los pone en escena, los presenta, los desarrolla, incluyendo representaciones de los sujetos involucrados, que permite reconstruir una imagen de ese Otro al cual se dirige, así como las características de un determinado tiempo y lugar históricos en el que tiene lugar su práctica. El modo en que este sujeto del enunciado se define, se designa a sí mismo, se ubica dentro de determinadas categorías sociales, como el estudiantado y la juventud, los procesos de identificación puestos en juego a través de marcas pronominales, roles sintácticos y semánticos, a través de la construcción de determinados colectivos de identificación, tales como el movimiento estudiantil, la clase obrera, etc., además de las acciones que evocan, las prácticas en las que aparecen involucrados, los calificativos, las construcciones, sobre todo para nominar al Otro negativo del discurso, los presupuestos o sobreentendidos que están implícitos en su presentación textual, son cuestiones centrales para comprender la posición de sujeto que se construye en estos discursos.

A su vez, los enunciadores construyen un espacio de autolegitimación a través del discurso y desde allí argumentan su perspectiva, de ahí la importancia de tomar el discurso de la peronización en este sentido, para legitimar su entrada al peronismo. Y por otra parte, desde el punto de vista enunciativo, todos los discursos se organizan a partir de la oposición de un nosotros-otros que define identidades e identificaciones.

Corpus documental y estrategias de abordaje

Quisiéramos clarificar aquí algunas cuestiones relativas a nuestra propuesta de abordaje para el análisis de nuestro problema de investigación. En primer lugar, pretendemos poner de manifiesto con qué material vamos a trabajar, es decir, el *corpus* documental con el que contamos, y de qué modo lo vamos a abordar.

Específicamente, nuestro objetivo es analizar cómo los militantes del FEN fueron construyendo en el discurso su identidad como peronistas, y cómo esa narrativa refleja los cambios ideológicos e identitarios implicados en tal proceso de “peronización”.

En nuestra investigación centraremos nuestro análisis en la producción discursiva del FEN durante el período en que la organización surgió y se desarrolló como tal. Se han incluido en el *corpus* documental los panfletos, folletos, publicaciones periódicas e informes de la organización producidos entre 1966 y 1973.¹

¹ De todas maneras, se ha extendido el *corpus* y se han agregado documentos posteriores a 1971, que por lo tanto, corresponden a la etapa de la OUTG. Sin embargo, sólo han sido considerados aquellos documentos de este período que han sido firmados por el FEN en forma individual o en conjunto con otras organizaciones como la JP, pero no como parte del Trasvasamiento. Las producciones emitidas específicamente por la OUTG son muy pocas y corresponden a otra etapa de esta investigación. Además se han considerado algunos documentos de 1965, producidos por LIM-TAU y el Frente Antiimperialista, porque creemos que resultan significativos para visuali-

Se tuvieron en cuenta, dentro del material de análisis, algunos extractos de entrevistas realizadas en el marco de una investigación anterior, que si bien no corresponden al *corpus* de documentación escrita producida por la agrupación, sí creemos que aportan elementos interesantes para este análisis, en términos de subjetividades, apreciaciones, valoraciones, etc. que enriquecen el trabajo.²

Y por último se realizó un rastreo hemerográfico del semanario *Primera Plana* para relevar elementos de la política nacional, así como el posicionamiento de las diversas organizaciones, relaciones de fuerza dentro del movimiento

zar algunas modificaciones operadas en el discurso entre una y otra etapa, sobre todo respecto a la visión del peronismo, la aparición de la idea de pueblo, la conceptualización de los estudiantes, etc.

- ² En otros trabajos hemos analizado algunos testimonios de quienes fueron militantes de la agrupación en aquella época, encontrando diferencias, matices, contradicciones con el discurso escrito e, incluso, conceptualizaciones totalmente distintas respecto a algunas categorías y posicionamientos que aparecían en los documentos, como respecto a la idea de “revolución” y de “lucha armada” que mantenían. Y también, mediante el testimonio de militantes de base y cuadros intermedios del FEN, hemos notado que se ha puesto de manifiesto la existencia de divergencias, discusiones, debates, que fisuran el discurso unívoco que presentaba la dirigencia “hacia afuera”, e incluso diferentes aspectos de la idea de “peronización” que alentaban, que se materializó a principios de los años ’70 en la fusión con Guardia de Hierro, con todo lo que implicó en tanto superación de antagonismos iniciales, adopción de nuevos códigos, de un nuevo lenguaje, adecuación a una nueva estructura jerárquica, etc., que según los testimonios les hizo comprender que “ya estaban dentro del peronismo”.

En este sentido creemos que en la próxima etapa será de vital importancia para nuestra investigación incorporar la reflexión en torno al discurso oral, sobre todo porque ello nos permite acceder a información que no nos aportan los documentos pero que son significativos para comprender el proceso de peronización y cómo este operó en la realidad, cómo fue experimentado por los actores, qué implicancias tuvo en sus vidas, etc. Por lo tanto, esta etapa de la investigación en la que nos encontramos es una mirada parcial al problema, que deseamos enriquecer con un enfoque complementario centrado en entrevistas en profundidad. Por el momento, sólo incorporaremos aquí algunas reflexiones que provienen de fuentes secundarias, es decir, testimonios que ha recabado el Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Básicamente se trata de entrevistas realizadas en este marco a dos ex militantes del FEN que luego pasaron a GH cuando ambas se fusionaron.

estudiantil y dentro del peronismo, etc., que nos han ayudado a contextualizar la producción discursiva de este actor colectivo. La elección de este medio gráfico se vincula con el hecho de que el mismo se caracterizó por cubrir ampliamente los sucesos ligados al movimiento peronista, a las organizaciones juveniles dentro del mismo y a las movilizaciones estudiantiles.

De manera que esta tesis se propone la lectura de fuentes documentales, a través de las cuales se tratará de rastrear en el discurso del FEN el proceso de construcción de su identidad como peronistas, que implicó esta experiencia de peronización. En tal sentido, creemos que este tipo de abordaje resulta útil en tanto partimos del supuesto de que es posible detectar en la producción intelectual del FEN los elementos discursivos que permitan indagar las mutaciones experimentadas desde su origen marxista hasta su llegada al peronismo, que se muestran en su discurso y en las prácticas implicadas en él, y de esta manera analizar las estrategias discursivas implementadas en el marco del proceso de peronización.

El término “documento” se refiere a una amplia gama de registros escritos y simbólicos. En tal sentido, para este trabajo consideramos como documentos a volantes, panfletos, publicaciones periódicas de la organización, folletos, así como discursos, y registros personales como cartas, diarios y fotografías, en caso de acceder a ellos a través de los actores. Según Valles, es preciso tener en cuenta la necesidad de la evaluación de los problemas de autenticidad, credibilidad y representatividad de los documentos, con el objetivo de allanar el camino a la interpretación del significado de tales documentos. Esto supone el intento de entender al documento en el contexto de las condiciones materiales, sociales de su producción y de su lectura. En la medida en que el texto es re-leído en diferentes contextos, se le dan nuevos significados, a menudo contradictorios y socialmente incrustados (Valles, 1997).

Teniendo en cuenta que los discursos se “materializan” en distintos soportes significantes que permiten su producción y circulación, el *corpus* de documentos con el que intentaremos abordar la problemática planteada consiste en la producción discursiva que se encuentra disponible bajo la forma de archivos públicos, y que está concentrada en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina. Si bien entendemos que existen lagunas dentro de este *corpus* y que existe mucho más material producido por esta organización, tal información no es de acceso público, bien por estar en manos de antiguos militantes que lo conservan entre sus recuerdos personales, recelosos de la mirada de los investigadores, o bien porque se trata de material recientemente cedido para la consulta pública y por ende no está sistematizado (es el caso por ejemplo del Museo Eva Perón, del cual tenemos referencia pero no hemos podido acceder al material). Hemos consultado otros archivos pero en general nos hemos encontrado con la inexistencia de material documental sobre la agrupación (y lo mismo ocurrió al realizar el estado del arte sobre la cuestión). Por lo tanto, salvando estos obstáculos nos hemos quedado con el cuerpo documental mencionado, y hemos conservado su catalogación, tal como aparece citado al pie y al final de esta tesis.

Respecto a las estrategias de abordaje para el análisis de los documentos, hemos tomado algunas herramientas de análisis de tipo enunciativo, argumentativo y léxico (Charaudeau, 2002), que nos ayudan a interpretar el discurso escrito. En tal sentido, el análisis léxico nos ha permitido rastrear determinadas categorías dentro del discurso, lo cual permite determinar universos semánticos y posicionamientos de los actores involucrados respecto a ciertos conceptos. Por su parte, el análisis enunciativo nos ha permitido relevar los comportamientos locutivos de quienes enuncian el discurso, las distintas posiciones del sujeto de la enunciación así como los diversos destinatarios de sus enunciados, es decir, la puesta en escena de voces y

personajes que dialogan dentro del discurso, y que reenvían en última instancia a diferentes posicionamientos ideológicos. El análisis argumentativo, mientras tanto, nos permiten detectar algunas estrategias puestas en juego, vinculadas sobre todo a distintas funciones del discurso, así como la imagen de sí mismo y de los adversarios que se construyen en él.

Tras haber discutido en los dos primeros capítulos de esta tesis cuestiones vinculadas al marco teórico y metodológico, comenzaremos, a continuación, a contextualizar nuestro objeto de análisis, sobre todo desde la perspectiva de la idea de “época” y el clima de ideas prevaleciente; y luego introduciremos y problematizaremos el tema de la politización, radicalización y peronización de los años sesenta (cap. 3 y 4).

Posteriormente dedicaremos una sección (cap. 5) al análisis enunciativo-argumentativo, sobre todo en lo referente a la puesta en escena discursiva, el sujeto en el discurso, las diferentes figuras de la destinación y contradestinación que aparecen en los documentos, cómo se construyen, cómo se ubican, cómo se designan, etc. Nos interesa el nivel de la enunciación en los términos en los que los plantean Sigal y Verón (2003), es decir, en tanto nos permite analizar los contenidos del discurso no como temas o unidades aisladas, sino en su articulación con las entidades enunciativas (enunciador y destinatario), y la manera en que el discurso construye su relación con las condiciones sociales de producción, con la matriz peronista, con otros discursos circulantes y con el sistema político en su conjunto.

Por otro lado, centraremos un segmento (cap. 6) en las cuestiones vinculadas a las nociones de dialogismo, polifonía, interdiscurso y memoria discursiva, tratando de reconocer determinados *topos* ligados al discurso de la época y también a la matriz peronista dentro de la cual intenta inscribirse el FEN, la aparición de ciertos ideologemas, el modo en que fueron reapropiadas algunas categorías dentro de un discurso en vías de peronización, por ejemplo, la

noción de liberación nacional y de revolución, la dimensión contestataria, el lugar de la violencia, del conflicto y del antagonismo, etc.

Y por último, dedicaremos algunos capítulos (cap. 7 al 9) al trabajo específico sobre ciertos conceptos que aparecen en los documentos, sobre todo en relación con el posicionamiento de los actores, y con las estrategias argumentativas por medio de las cuales éstos presentan su posición, que se vinculan con interrogantes planteados en nuestros objetivos de investigación: la noción de Pueblo y cómo se inscribe el FEN en el campo popular; su visión de Perón y del peronismo y cómo fue cambiando esa percepción; su lectura de la realidad política, del rol de la universidad, de la ciencia y de los intelectuales, en tanto creemos que todos estos conceptos están interrelacionados y conforman una densa red que atraviesa todo el discurso.

Clima de ideas de una época y su dimensión contestataria

Discursividad y clima de época

El discurso como práctica social, como lo entendemos en este trabajo, se vincula con unas prácticas situadas dentro de un “clima de ideas” vigente en el contexto político y social de los años 60 y que constituye un variado horizonte de representaciones sobre el que se desarrollan estas prácticas.

Respecto a estos discursos compartidos, María Cristina Tortti sostiene que dentro del clima general de protesta social y de agitación política que caracterizó a los sesenta, por el cual la sociedad argentina pareció entrar en un proceso de contestación generalizada, crecían tendencias que planteaban sus demandas hablando el lenguaje de la “liberación nacional”, el “socialismo” y la “revolución”, y que involucraban no sólo a la clase obrera sino también a importantes franjas de los sectores medios (Tortti, 1999: 207). Dentro de esta misma perspectiva, María Matilde Ollier destaca que estos discursos no se alejaban de otras expresiones semejantes que estaban en boga en esos años –sobre todo aquellas emparentadas con el peronismo–. La autora advierte, además, sobre un nivel general de enunciaciones dentro de una cultura política que se caracterizaba por la vaguedad discursiva y una fuerte presencia de elementos retóricos e ideológicos (Ollier, 2005: 37). Creemos que esa “vaguedad” a la que se refiere la autora, así como ciertas

imprecisiones conceptuales, se asemeja a la “vacuidad” de la que habla Ernesto Laclau con relación al discurso populista (Laclau, 2005: 128). Esta vaguedad alentó de alguna manera el emparentamiento de discursos de organizaciones diferentes, la repetición de determinados tópicos, la simultaneidad de experiencias compartidas, etc. Por otra parte, consideramos que si bien los elementos retóricos e ideológicos son parte constitutiva del discurso, el hecho de que la autora los explicita da cuenta de la preponderancia de su dimensión argumentativa. En este sentido se destacan el despliegue de elementos argumentativos en la función polémica y refutativa que es muy fuerte en estos discursos, así como la presencia de tópicos recurrentes, o sea, lugares o puntos en los que se apoya la argumentación, como por ejemplo la violencia de los oprimidos como violencia justa, la sociedad polarizada, la guerra como prácticamente la única alternativa de acción, etc.¹

De manera que tomamos la década del 60 en Argentina y en el mundo, en términos de una “época”, como lo define Claudia Gilman, es decir, como un bloque con espesor histórico propio que abarca los 60 y los 70, que posibilitó creencias, discursos y prácticas sociales. La época sería la densidad de hechos y percepciones del en que se acumularon tensiones y conflictos. (Gilman, 2003: 36-37) A su vez, creemos que esta “época” tal como la hemos definido, difícilmente podría ser comprendida al margen sin considerar el conjunto de dilemas abiertos con la caída del Peronismo en 1955.

De manera que trabajar sobre y con el discurso implica tomar en cuenta tres dimensiones sobre las que éste se configura: los textos, la práctica discursiva y la práctica social. En tal sentido, Laclau (2005: 92) se refiere a “secuencias

¹ Esto tiene que ver con un clima de ideas, una producción y circulación de discursos compartidos, y cercanos a las consignas del peronismo, que alentó procesos de identificación con él pero que en cierta manera lo excedieron, en un contexto generalizado de optimismo respecto a las posibilidades de transformación social y política.

discursivas” a través de las cuales una fuerza política lleva a cabo su “acción política”, y define al discurso no como algo restringido a las áreas del habla y la escritura, sino como un complejo de relaciones constitutivas que no son preexistentes sino que se constituyen a través de él, lo que por ende incluye prácticas sociales.

Nos parece relevante tomar en cuenta, por un lado, quiénes son los que enuncian el discurso, identificar a los sujetos que utilizan tal o cual concepto, precisar desde qué lugar hablan. Sobre todo porque hablamos de discurso en tanto práctica que entra en relación con otras prácticas, en diálogo o en conflicto con ellas, en relaciones de poder con otros actores, en luchas de sentido. Y por otro lado, cuáles son los conceptos que aparecen en ese discurso porque, como producto de las luchas discursivas, los mismos van adquiriendo dimensiones simbólicas, condensando significados. Reinhart Koselleck se refiere a las diferencias entre una palabra y un concepto, y sostiene que sólo cuando un término o idea se carga de connotaciones particulares diversas se transforma propiamente en un concepto:

“una palabra se convierte en un concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa esa palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra.” (Koselleck, 1993: 117)

Así, para poder comprender el sentido de este concepto más allá del nivel semántico y del contenido explícito del texto se debe incorporar la dimensión pragmática del lenguaje, que es la que abre una nueva perspectiva en lo que hace a la relación entre el texto y el contexto, y que estaría ligada a las condiciones de enunciación (quién habla, a quién, dónde, cómo, etc.)

Al encontrarnos con la producción del FEN como fenómeno discursivo nos preguntamos quiénes son y desde dónde nos hablan las voces que allí se escuchan. Partiendo del supuesto de que es posible rastrear algunos conceptos

en su producción discursiva, creemos que este abordaje nos permitirá visualizar algunas transformaciones operadas en su discurso como, por ejemplo, respecto a la idea de pueblo, a la visión del peronismo, a la concepción de sociedad, a la noción de revolución, así como también el lugar de la violencia, del conflicto y del antagonismo, la dimensión contestataria, etc. Creemos que todos estos conceptos e ideas que nos interesa resaltar están interrelacionados y conforman una densa red que atraviesa todo el discurso.

Consideramos, junto con Tortti y Ollier, que la multiplicidad de los lazos que los componentes de esta “generación” desarrollaron contribuyó a que fueran percibidos –y se percibieran a sí mismos– como parte de una misma trama: la del campo del “pueblo” y de la “revolución”. En tal sentido, creemos que una de las categorías que actúa como eje articulando la cosmovisión del grupo es la idea de “pueblo”. Toda la construcción de su identidad política como peronistas gira en torno a la construcción de un Pueblo –en términos de Laclau– y a su vez este término aparece como una superación de la noción marxista de “clase”, pero además, parte de una visión dicotómica de la sociedad que es el antagonismo fundamental que permite la articulación hegemónica tendiente al pueblo, y por último, la mencionada percepción del campo del pueblo y la revolución como parte de una misma trama de la que son parte y protagonistas. Sin embargo, es necesario tomar en consideración que el discurso no es un producto homogéneo donde es posible seguir linealmente el recorrido de estas categorías, sino que está atravesado por paradojas, contradicciones, replanteos, discusiones, y cuestiones que permanecen abiertas.

La dimensión contestataria: crítica y cuestionamiento al orden imperante

Hablar de los años sesenta en Argentina y en el mundo implica hacer hincapié en un conjunto de acontecimientos que caracterizaron un tiempo histórico cargado

de componentes contestatarios, de cuestionamiento a todos los órdenes de la vida, pero también de elementos míticos, y de una relación con el presente que permanece, en muchos sentidos, abierta. Se trata de un proceso complejo, lleno de recovecos, de aristas desconocidas, de trayectorias personales y proyectos colectivos, de formación de identidades, en el que se habían embarcado muchos jóvenes durante esos años detrás del horizonte de una nueva sociedad. Un período apasionante desde el punto de vista político, todavía doloroso, inevitablemente polarizador de opiniones y sentimientos. Una etapa a medias transitada, a medias revisada, a medias abierta, como muchas heridas de la historia argentina.

En este sentido, Nicolás Casullo (1999: 166) resalta precisamente esta idea de apertura, de silencios y vacíos, y de proximidad temporal, que hace difícil la relación entre generaciones y la resolución de la problemática en términos de verdad y superación del trauma colectivo encerrado en las vivencias de la sociedad. Y a su vez destaca la dimensión mítica y la relación emocional e incluso ficcional que se tiene con los años sesenta, así como el principio de cuestionamiento y contestación preponderante, con fuertes elementos utópicos en el campo de las ideologías, con una posibilidad de fuerzas que trabajan en relación a cuestionar gobernabilidades, órdenes económicos establecidos, valores imperantes. (Casullo, 1999: 170)

El Frente Estudiantil Nacional surgió en un contexto de fuerte cuestionamiento al orden político dictatorial, y a la institución universitaria como organismo expresivo de ese régimen.

Su discurso, además de plantear una estrategia de aproximación que intentaba distinguirse de otras modalidades (en tanto proponía una “conversión” y “una despersonalización para arribar a lo más genuino del peronismo”) encerraba asimismo una fuerte crítica al sistema político vigente, así como al marco académico en el que esta agrupación surgió. Es decir, implicaba una denuncia de su entorno

institucional, del espacio de las relaciones de poder y de las prácticas sociales, particularmente respecto al contexto de la Universidad, en tanto ésta era vista por los sectores “peronizados” como una institución del régimen dictatorial y al servicio del imperialismo, de las Ciencias Sociales, detractadas por su perfil europeizante y/o norteamericanizante y alejado de la realidad, del resto del Movimiento Estudiantil, sobre todo por su tradición reformista pero también por su obnubilación frente al cientificismo y a las posibilidades que brindaba el financiamiento externo a la producción científica en nuestro país (visto como elemento “disciplinador” implementado por las fuerzas imperialistas como política de “control” sobre el “Tercer Mundo”).

En el discurso del movimiento estudiantil, y por sobre todo en el de los sectores en vías de peronización, aparece la constatación de que en un país subordinado económica y culturalmente debía encontrarse un camino propio en la educación, la investigación y la cultura, y de que existían temas que eran más adecuados para construir una ciencia al servicio del pueblo. En tal sentido se vislumbra una denuncia del intento de control por parte de los centros de poder y se entiende que la solución para quebrar esos intentos pasaba por una ciencia y una universidad “nacionales”, que pensarán los problemas y la realidad del país no desde esquemas, conceptos y teorías importadas, sino por un camino autónomo, que pasaba a su vez por el reconocimiento de las necesidades del pueblo.

Una tarea fundamental que tenemos planteada es dar la batalla en el plano de los contenidos de la enseñanza sacando a la luz su carácter instrumental, ajeno a los intereses de nuestro pueblo, de los planes educativos y basados en la producción de técnicos, científicos e ideólogos que justifique y refuercen los lazos de dependencia de nuestra Patria. Paralelamente debemos, en este camino, apropiarnos de la situación privilegiada que nos permite situarnos en el terreno

del conocimiento científico y poner a éste al servicio de las mayorías populares, en los marcos del proyecto de liberación nacional y social de la Argentina.²

Efectivamente, sectores diversos del movimiento estudiantil, sobre todo desde mediados de los años sesenta, pero incluso desde antes, reafirmaron el carácter de la cuestión universitaria como parte indisociable del problema nacional, consistente en el atraso, la penetración imperialista, las oligarquías asociadas al capital extranjero, los sectores medios indecisos sobre su posicionamiento frente a las clases trabajadoras, y el peronismo como expresión de las mayorías populares.

Por su parte, el FEN también postulaba una posición que seguía esta línea, y esgrimía su crítica a aquellas posturas que habían prosperado dentro del movimiento estudiantil y sobre todo dentro de la carrera de sociología, que era uno de los contextos de origen del FEN y donde sus principales militantes estaban insertos. Mientras que, a la vez, reaparece aquí la crítica a esa oposición entre movimiento estudiantil portador de la racionalidad científica y masas populares irracionales. En tal sentido, la postura del FEN residía justamente en no ir al movimiento obrero mirando desde lo alto de la torre, no intentar ser “la vanguardia iluminada de la clase obrera”, elitista, separada de la realidad, sino sumarse a las luchas populares.

Respecto a su crítica a la universidad y a las ciencias sociales que aparece en el discurso, ésta es parte de la denuncia al carácter dependiente del país y del cuestionamiento a un sistema político que los militantes del FEN consideran al servicio de los intereses imperialistas, ajeno a las demandas de las mayorías nacionales, y cada vez más represivo e injusto. De modo que para los estudiantes

² “En lucha. Contra la dictadura y sus planes universitarios de colonización cultural junto al pueblo por la liberación nacional”, FEN-MEM-Línea Nacional-Línea Antiimperialista Nacional-Acción Socialista Nacional. Bs. As. 1969

universitarios que empezaron a transitar el camino de la radicalización política abierto desde el Onganiato, la idea de transformación social ya no pasaba por el espacio autónomo donde los universitarios desde su distanciamiento intelectual podían pensar al país.

Por el contrario, la voluntad de cambiar la sociedad llevaba implícito no sólo el cuestionamiento del sistema político vigente, sino también la necesidad de romper con el carácter burgués de la universidad, que expresara un “compromiso militante” con los “intereses nacionales y populares”. Precisamente, se destacaba ese carácter separado y artificial de la universidad frente a las masas, porque el perfil europeizante de la universidad reformista había creado una intelectualidad inerte ante su propia realidad, alejada de los problemas del hombre común, con una actitud elitista que pretendía ser “la vanguardia descolgada del pueblo trabajador”, la que le pusiera “el sombrero ideológico” al peronismo.³

Los estudiantes que desde la Universidad hemos comprendido que ésta no es sino un engranaje de la maquinaria de dominación, que hemos comprendido que quienes en ella nos formamos estamos lejos de obtener los elementos transformadores de la realidad colonizada, que estamos acostumbrados pero no aceptamos el no ver en las aulas a los hijos de los obreros, que sentimos en carne propia el sometimiento cultural, queremos sumarnos a esa lucha. Nos sentimos parte de las fuerzas antiimperialistas y queremos sumarnos al combate de la clase trabajadora argentina y su pueblo.⁴

En tal sentido, la intervención a las Universidades significó la ruptura del caparazón, el fin de ese “mito reformista de la República de los Estudiantes”, y el comienzo de la búsqueda, por parte de estos sectores afectados, de

³ Frase utilizada por el líder del FEN, Roberto Grabois, en “La hora de los hornos” (Grupo Cine Liberación, Argentina, 1968, 264 min.)

⁴ “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”. FEN, Buenos Aires, 1967

reconstrucción de algún tipo de legalidad institucional, para lo cual se hacía necesario el encuentro con los otros proscritos, los otros perseguidos, que eran fundamentalmente los sectores obreros peronistas.

En este contexto que venimos describiendo surgió el FEN.

Va a ser durante el combate contra la dictadura de Onganía cuando un gran sector del movimiento estudiantil en base a esfuerzos ideológicos y políticos precursores, de el gran salto que romperá definitivamente con el antiperonismo que lo alejaba de la posibilidad real de comunicación y acción junto a los trabajadores. La constitución del FEN es parte de ese proceso.⁵

Son varios los autores que señalan la intervención de 1966 como hito en el proceso de radicalización política y de acercamiento del movimiento estudiantil al peronismo (Sarlo, 2007; Sigal, 2002; Suasnábar, 2004). Respecto a la formación de una franja contestataria dentro de la intelectualidad, Terán señala, como un proceso que comenzó en 1956 y tuvo su punto cúlmine en 1966, la gestación de una generación culturalmente crítica, inserta en un clima de ideas proclive a la nacionalización de preocupaciones, “que debía desembocar en la problematización del fenómeno peronista”, que los colocaba en la encrucijada de “una exigencia ideológica de compromiso con la realidad socio-política”, y por otro lado la presencia peronista como identidad popular. (Terán, 1993: 25) Esta generación denunciante y crítica, aunque de tradición mayormente liberal-reformista, sería la antesala al acercamiento al peronismo por parte de amplios sectores de clase media intelectualizada, profesional y universitaria.

⁵ “Periódico del FEN. El movimiento estudiantil junto a los trabajadores por la liberación nacional.” N° 1. FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 6

Sigal (2002: 46-47) señala que el golpe de 1966 logró cohesionar a una franja de intelectuales y actores universitarios que provenían de configuraciones políticas diversas (progresistas, marxistas, católicos), en una entidad colectiva, de manera que terminó reforzando su autonomía para actuar por fuera de las imposiciones e intervenciones de los regímenes dictatoriales, en un proceso de creciente radicalización. A partir de allí comenzó a plantearse qué universidad y qué juventud quería constituirse, y la respuesta fue la necesidad de “una universidad combativa en torno a los problemas nacionales y en torno a una salida socialista” que reemplazara a la universidad reformista de los años anteriores. (Sigal, 2002: 54)

Suasnábar considera que el golpe militar del 66 y la intervención modificaron las relaciones de la universidad con el resto de la sociedad y reconfiguraron el posicionamiento de sus actores. En este sentido, advierte que antes de este episodio la universidad había gozado de un lugar privilegiado de estabilidad y modernización, una especie de gueto democrático o de isla democrática, en contraposición a un conjunto social atravesado por la exclusión política y la mirada vigilante de los militares. (Suasnábar, 2004: 61) Precisamente, la experiencia del FEN se inserta dentro de estos procesos de reconfiguración y reposicionamientos, y de los debates, generados por este acontecimiento, entre seguir luchando por mantener la universidad-isla, un espacio privilegiado de democracia, modernización y calidad académica, o ampliar la mirada hacia la realidad socio-política del país, e insertar las demandas universitarias dentro de las luchas del conjunto del pueblo. Por su parte Sarlo, señala los procesos de politización y radicalización política desatada por las medidas represivas impuestas por la represión y la discusión acerca de la “función social” de la universidad:

“responder a la pregunta qué hacer con la universidad y qué hacer en la universidad exigía también responder a qué hacer en el país” (Sarlo, 2007: 87, 93)

Precisamente los procesos de radicalización y politización dan cuenta del clima de contestación y protesta que atravesó esos años, y de las modificaciones en los posicionamientos ideológicos de los actores que llevó al consecuente acercamiento a los sectores populares.

Radicalización, politización, peronización

Radicalización, politización y peronización en los años sesenta

En la Universidad, la creciente *radicalización*, bajo la forma de cuestionamiento al orden político y al modelo universitario vigentes, se vinculó, por un lado, a la acelerada *politización* de amplios sectores universitarios que, aun sin identificarse con el peronismo, compartían con ciertos sectores de éste una común voluntad de cambio, de construir una nueva sociedad, y, por otro lado, a la *peronización* de amplias capas del movimiento estudiantil.¹

Para Gillespie, los años sesenta fueron una década en la que “toda una generación de jóvenes argentinos se vio afectada por la desilusión y el descontento que les generaba el sistema político, tanto en la forma ostensiblemente constitucional, bajo los gobiernos radicales de Frondizi e Illia, como en su forma espuria bajo Onganía”. El autor destaca el

¹ Los sectores que atravesaron un proceso de peronización postulaban la necesidad de encontrar un *camino nacional* para arribar a una sociedad diferente. Incluso en el caso del FEN, el horizonte de una *sociedad socialista* aparecerá en el discurso supeditada a la vía nacional, es decir, a la estrategia de una revolución que aparecía como nacional y popular. La idea de construir una *sociedad socialista*, sin embargo, sólo se mantendrá como consigna dentro de ciertas vertientes del peronismo más tarde, ligadas, sobre todo, a la Tendencia revolucionaria. En cambio el FEN retomará, sobre todo alrededor de 1972, la consigna de la Patria Peronista, en contraposición a la Patria Socialista, mantenida por Montoneros.

carácter catalizador del Onganiato, en tanto ataque violento al universo de las clases medias: la universidad y la cultura; lo cual finalmente contribuyó a empujar a la juventud de clase media al campo de la oposición nacional y popular. (Gillespie, 1998: 88-90)

El proceso de *radicalización* política dentro del movimiento estudiantil se vincula con el hecho de que esa institución universitaria, como marco específico, no es contenedora del grueso de las energías del movimiento estudiantil, sino que éste lo trasciende. En este sentido, sostenemos aquí el supuesto de que los actores asumen la existencia de contradicciones en un sistema político que excluye, proscribire, reprime y no logra una salida o alternativa estabilizadora e integradora de todas las fuerzas sociales y políticas, incluido el peronismo, en un marco de creciente ilegitimidad del sistema político en su conjunto.²

Con respecto al proceso de radicalización operado dentro de la izquierda revolucionaria argentina, María Matilde Ollier (1998: 84) sostiene que es necesario comprender cómo se construyen, cambian y se resignifican las identidades políticas en el contexto social y político en que

² Creemos que, si bien el modelo universitario de la “modernización” post-peronista ya estaba en crisis antes de 1966, es a partir de esa fecha que se fueron configurando posicionamientos cada vez más radicales. Esa crisis ya estaba presente a través de la crítica a la universidad como reducto del imperialismo y sus manifestaciones: el cientificismo, el financiamiento externo, el alejamiento de la universidad respecto a las verdaderas necesidades del pueblo, etc. Este movimiento de denuncia no sólo era patrimonio de los sectores en vías de peronización sino también de otras corrientes dentro del movimiento universitario, más o menos contestatarios, no necesariamente pro-peronistas, pero sí preocupados por lograr una ciencia y una universidad más involucrada con los problemas del país. Es el caso de ciertos sectores-liberales-reformistas vinculados a una generación “denuncialista”, que transitaban el camino de una mayor intervención y “compromiso” intelectual. Sobre la base de esas críticas emergió una amplia gama de posicionamientos y modalidades de intervención sobre la realidad no sólo universitaria sino del país en su conjunto, alimentando una politización y radicalización crecientes (Terán, 1993; Sarlo, 2007; Sigal, 2002; Suasnábarr, 2004).

esas identidades se desarrollaron, y el consecuente proceso de aprendizaje ideológico-político que alimentó esta radicalización en la esfera privada, pública y política.

De manera que la *identidad política* es algo que se construye a partir de aprendizajes en todas las esferas de la vida, que es inseparable del contexto cultural, político e institucional de la sociedad en la que los individuos se forman y desarrollan, y que sólo es inteligible en relación a sus experiencias de vida y al colectivo político simbólico o real con el cual se identifican los actores (Ollier, 1998: 13,19 y 20). A su vez, la autora señala que el contenido de una identidad política está formado por el conjunto de valores, prácticas y el universo ideológico, y que ese “mundo ideológico” incluye básicamente las imágenes de la política y el mundo valorativo de los actores. De allí la vinculación que establecemos entre los quiebres ideológicos y los cambios, replanteos y reconfiguraciones que operan en la identidad política de los protagonistas, que atañen al proceso de peronización, pero que también se vinculan con los procesos de radicalización ideológica atravesada por estos sectores.

En tal sentido, la autora considera que los actores aprendieron una visión de la política como antinomia irresoluble (peronismo-antiperonismo, amigo-enemigo), la valoración de la justicia y la libertad, no alcanzables mediante los canales de la democracia burguesa, y un contexto de violencia institucionalizada (proscripciones, persecuciones, anulación del otro). Interpreta así el paso desde la radicalización ideológica, basada en la idea de una transformación radical de la sociedad a través de la violencia, hacia la radicalización política, fundada en el hecho de ingresar a un partido para producir dicha transformación. En este sentido, no todos los jóvenes que se radicalizaron ideológicamente lo hicieron también políticamente. Y en el caso del FEN podríamos decir que de alguna manera atravesó una radicalización ideológica, que forma parte de toda una corriente que lo ubica dentro una incipiente izquierda revolucionaria, por su procedencia marxista, la radicalización

de su discurso, etc., en un contexto de polarización política y violencia generalizada, pero que finalmente no abrazó la violencia insurreccional y en los años setenta se alejó de los sectores que siguieron la vía de la lucha armada (por lo cual fueron tildados de “derecha” por aquellos que sí se radicalizaron políticamente).

Al respecto, Beatriz Sarlo señala una “convergencia discursiva” en “el camino de la radicalización política”, una especie de emparentamiento, afinidad e incluso uniformización en los discursos de grupos diversos, ya sea provenientes de la izquierda marxista, como de alas ligadas al movimiento reformista, e incluso al radicalismo. Este proceso de radicalización habría llevado a “posiciones cada vez más políticas en términos generales y cada vez menos específicas en lo que se refiere a la universidad”, en congruencia con un “giro político” de los jóvenes. (Sarlo, 2007: 102, 117)

Por otro lado, la creciente *politización* implica una acción que excede el marco de las reivindicaciones meramente corporativas o académicas, y supone, por ende, la comprensión de su situación, no ya en el marco institucional particular, sino en el marco más global de la sociedad o la política nacional. La *politización* implica que es la política la que impregna todos los ámbitos de la vida y que lo privado y lo público son absorbidos en la esfera de la política. Ello, sumado a ciertas imágenes y valores incorporados en distintos espacios, fue alimentando la radicalización posterior.

Sarlo sitúa la *politización* del estudiantado como un proceso que se enmarca dentro acontecimientos más amplios que atraviesan a la sociedad, y como un producto no deseado –u ocurrido a pesar de– las medidas represivas impuestas por la intervención de 1966, que llevó a una posterior radicalización de los sectores estudiantiles (Sarlo, 2007: 87). Se trató de un movimiento estudiantil que planteaba el tema de la función social de la universidad en términos cada vez más radicalizados. A su vez, la autora

liga este fenómeno a un costado académico de la cuestión universitaria pero que está “ineluctablemente unido a posiciones políticas” (Sarlo, 2007: 91).

Al respecto, Silvia Sigal afirma que “es posible que la Revolución Argentina haya sido una condición necesaria de la politización intelectual que culminó en la lucha armada” y que los años posteriores transformaron definitivamente el horizonte político argentino (Sigal, 2002: 202). La autora señala que fue en los años sesenta que la política nacional comenzó a entrelazarse con la política universitaria, y que fue el fenómeno del peronismo el que dio paso a una tendencia estudiantil con referencia explícita a la política nacional.

En tal sentido, respecto a la *peronización*, algunos autores como Sigal y Verón (2003) y Barletta (2000) destacan la excepcionalidad del fenómeno de la peronización de vastos sectores provenientes del mundo universitario. Según Ana Barletta, lo “novedoso” reside en que se trata de algo diferente a la etapa institucional (1946-55), así como también diferente a las maneras de ser peronista en la universidad en el período 1989-99 (tomando en cuenta el gobierno menemista), ya que en ambas fases el peronismo no contó con una adhesión masiva dentro de la universidad, como la que sí tuvo en los años sesenta. De manera que ubica este fenómeno como una “ruptura” con las tradiciones antiperonistas que prevalecieron dentro de la universidad, que llevaría a los sectores académicos –estudiantiles, docentes e intelectuales– a introducir en su seno las problemáticas del movimiento peronista. Sin embargo, relativiza este quiebre y al respecto se pregunta cómo, por qué vías, por qué motivos, en qué momento entró el peronismo en la universidad, hasta qué punto implicó tal ruptura, y cómo el peronismo pudo generar un discurso universitario y difundirlo. Es decir, se sitúa desde el punto de vista del *peronismo ingresando a la universidad*, lo cual implica un enfoque completamente diferente al que planteamos en nuestro trabajo, ya que nuestra perspectiva es la de *la universidad ingresando al peronismo*.

Más allá de eso, nos interesa destacar la caracterización que realiza la autora respecto a la peronización en términos de “irrupción novedosa”, y la ubicación del origen de este proceso en la intervención de Onganía a las universidades en 1966, ya que antes de ello el peronismo en la universidad se limitaba sólo a apariciones violentas destinadas a perturbar la paz académica (Barletta, 2000: 8).

La postura de Silvia Sigal y Eliseo Verón también hace hincapié en la singularidad de ese proceso, en tanto sostiene que “convertirse en peronistas en los años sesenta tenía una connotación muy diferente a la lealtad peronista de la clase trabajadora durante veinte años” (Sigal y Verón, 2003: 137-138). En ese sentido, los autores hablan de una “juventud ideologizada” que “tenía su Perón propio” como resultado de una evolución en las condiciones de reconocimiento del discurso de Perón, de las distintas maneras como fue recepcionado el discurso del líder, todo dentro del marco de las nuevas condiciones socio-políticas. Y a su vez, los autores sitúan a esta juventud como un intento de insertarse dentro del dispositivo de enunciación peronista, que en el caso de la izquierda peronista y específicamente de Montoneros, fracasó. Si bien no es el caso que nos ocupa, y la trayectoria del FEN fue diferente a la de la experiencia montonera (incluso se ubicaron en lugares opuestos dentro del movimiento: unos como vanguardia y vía armada para la toma del poder, otros como retaguardia y contención a la violencia armada), nos resulta interesante el aporte de estos autores respecto a las estrategias de inserción en la matriz peronista, a la especificidad del fenómeno de los años sesenta, y a la idea de “conversión” al peronismo que aparece en su interpretación, que es precisamente un término con el que los propios actores definieron su experiencia.

Además, Sigal y Verón advierten que no todas las adhesiones al peronismo fueron “verdaderas”, sino que fue una mezcla de “creencia y mala fe”, atravesada por el problema de “la distancia entre los grupos políticos de vanguardia y la base popular”, la juventud de clase media intelectualizada y

el pueblo, que intentaron construir un discurso que les permitiera justificar su militancia peronista; es decir, la “solución” de estos sectores a aquel problema fue “la adhesión a un movimiento político específico (el peronismo) como modo de identificación con el pueblo”. Según los autores, “esta lógica describía la necesidad de adherir al peronismo como único acceso al universo de opciones políticas de la clase obrera” (Sigal y Verón, 2003: 146). Es decir, “si estas generaciones de jóvenes radicalizados se declaran peronistas es porque el Pueblo es peronista”. (Sigal y Verón, 2003: 148)

Por su parte, Ernesto Goldar también establece una diferencia entre los trabajadores que “permanecen aferrados al peronismo tradicional” y las “fantasías, modelitos, imaginación”, “intereses e ideales de las clases medias jóvenes, estudiantiles e intelectualizadas”. Sin embargo va más allá y se pregunta si no es posible considerar a “la peronización brusca de vastos sectores de la pequeña burguesía izquierdizada hacia el movimiento popular en la segunda mitad de los 60, como una variante renovada de entrismo”, si no se trata simplemente de “una moda irresistible de hacerse peronista que contagia a centenares de miles de jóvenes que descubren el folclore político nacional y popular” (Goldar, 1990: 29). Su concepto de peronización como una fantasía, una moda o una “comedia fingida” se vincula sobre todo a la idea de que la izquierda sigue siendo izquierda: “guevarista, latinoamericanista y tercermundista (...) aunque se emboce y acepte a Perón, aún cuando pose de ‘nacional y popular’” (Goldar, 1990: 35). Según esta postura, estos sectores “arrastran de herencia elementos de izquierda no peronista, vale decir, de antiperonismo, que introduce en el peronismo” y que a pesar de estar solapado o desteñido, en lo profundo el antiperonismo subyace en el proceso de peronización de las clases medias. En esta línea de análisis la peronización nunca existió, y en última instancia, sólo se buscó acercarse a un movimiento a la medida de sus fantasías y que reinterpretó la palabra de Perón de acuerdo

a dichas quimeras. Sin embargo, la peronización definida en los términos de Goldar se refiere específicamente a la experiencia de Montoneros, y a todas aquellas modalidades “vanguardistas”, “entristas” y “alternativistas” que algunos grupos implementaron en su acercamiento al peronismo, por lo que excluye la posibilidad de definir la peronización en términos, por ejemplo, de conversión o de transformación gradual –no brusca– como lo planteaba el FEN.

Sarlo sostiene que este “acercamiento radicalizado al peronismo”, no fue un simple compromiso intelectual ni de rebeldía pequeñoburguesa, sino más bien el “reconocimiento de una dirección general de lo social a cargo del proletariado –o eventualmente– del Pueblo”. (Sarlo, 2007: 143)

Precisamente, la cuestión de la peronización de los universitarios a fines de los años sesenta se refiere, en términos generales, al proceso de aproximación al peronismo por parte de sectores históricamente no ligados a él, e incluso opuestos, como era el caso del movimiento estudiantil y las capas medias profesionales. Y más específicamente nos referimos a un proceso que los actores definen no como un simple acercamiento, sino como una verdadera *conversión* al peronismo.

Ana Barletta ubica la peronización de los universitarios en los años 60 y 70 dentro de “un proceso de mayor envergadura” que tiene que ver con “un paulatino acercamiento al peronismo por parte de sectores no tradicionalmente involucrados con esta corriente política” (Barletta, 2000: 1).

Para los militantes del FEN, ese acercamiento debía implicar no incorporarse al peronismo que uno quería, la imagen creada del peronismo, sino “despersonalizarse”, olvidarse y romper con las viejas entidades e identidades, abandonar la soberbia intelectual, desterrar las fantasías vanguardistas, y sumarse. Esto suponía una actitud totalmente distinta: dejarse transformar por el peronismo.

Según Gillespie, el proceso de peronización de finales de los años sesenta no “era sólo una cuestión de romanticismo juvenil sino la necesidad de muchas personas de

‘probarse a sí mismos como peronistas’”. De manera que, para quienes atravesaron esta experiencia, el peronismo no era sólo una alternativa popular sino auténticamente revolucionaria (Gillespie, 1998: 98).

El proceso de *peronización* de ciertos sectores universitarios procedentes de la izquierda socialista durante la década del sesenta fue posible, por un lado, porque el discurso de la peronización fue una construcción que permitió a los actores legitimar su inserción en el peronismo, y por otro lado porque, si bien fue un fenómeno compartido por otras agrupaciones y no solamente un objetivo del FEN, muchas de estas estrategias derivaron luego en posturas vanguardistas o alternativistas, mientras que el FEN mantuvo la posición de “ir hacia el movimiento obrero” a través de un “acompañamiento” a la política de masas, no tratar de imponerle ideologías ajenas sino “dejarse transformar” por el peronismo, es decir, de “convertirse”.

Al respecto, intentamos relevar aquí las implicancias que ello conlleva, poner en cuestión esta concepción de conversión o, al menos, presentar posibles divergencias y miradas diferentes dentro del grupo, las distintas procedencias, trayectorias, etc. Uno de los interrogantes que surgen de inmediato es hasta qué punto fue una verdadera conversión, cuáles fueron las complejidades en términos de actores individuales y de quiebres, discusiones dentro del grupo.³

³ Somos conscientes de que se trata de cuestiones que atraviesan la subjetividad de los actores, y en este sentido, no pretendemos acceder en forma acabada a este universo a partir del trabajo con fuentes documentales –o al menos no sólo a través de estas fuentes–. Sino que, como lo adelantábamos en nuestra propuesta metodológica, lo abordaremos a partir de testimonios. Sin embargo, creemos que las fuentes analizadas puede proporcionarnos algunos indicios, rastros de ciertas transformaciones discursivas que pueden dar cuenta de cómo operó el discurso de la peronización.

Conversión, identificación y construcción de la identidad colectiva

Si bien a simple vista hablar de *peronizarse* parece indicar un proceso pasivo para los actores, de “adoptar” una ideología extraña, el peronismo –e incluso ésa es la postura de parte de la militancia–, entendemos que ese proceso también importa una transformación, una construcción propia de la identidad, una forma de legitimar su peronismo, teniendo en cuenta la impronta inevitable de las trayectorias previas. En un sentido que quisiera retomar aquí, Gerardo Aboy Carlés (2001: 64) resume esta idea a partir de la distinción entre *identidad* como reproducción de la acción o simple repetición, y *acto de identificación* como ruptura o desplazamiento, por el cual cobra centralidad la noción de acción y de sujeto, protagonista y productor de ese acto de identificación. El *sujeto* sería la dimensión de decisión, de desplazamiento significativo en una superficie discursiva, como opuesto a la reproducción de la acción. Y por otro lado, rescata la necesidad de concebir a la identidad como un *devenir* que vaya más allá de esa mera repetición y que por el contrario permita pensar en un acto de identificación “pleno” que aparezca como un horizonte, si no probable, al menos deseable, aunque, en términos de Laclau, esa plenitud se muestra como imposible. Según Laclau, en efecto, el límite entre la identidad y el acto de identificación está dado en aquel vacío, y se resuelve en una lógica de acción que subvierte las identidades originales en la que todo cierre de un sistema de identidades es provisorio y puede ser nuevamente subvertido por una nueva articulación hegemónica (Aboy Carlés, 2001: 52).

En aquel sentido, cobra importancia la categoría de *conversión*, ya que –como decíamos al principio– este grupo planteaba su acercamiento en estos términos, para lograr “abrazar” al peronismo auténtico. Para Laclau, una conversión en tanto identificación plena sería, como dijimos, imposible. Sin embargo es interesante ver cómo los miem-

bros del FEN insistían en postular su *peronización* en estos términos. La conversión implicaría un alejamiento, rechazo o crítica a su pertenencia anterior, y el consecuente descubrimiento o redescubrimiento de un campo político antes extraño o incluso opuesto, de manera que comienza a construir su nueva identidad, a “construirse a sí mismo a través de la conversión”. A propósito de las conversiones religiosas, según Hervieu-Léger “convertirse es, en principio, abrazar una identidad (religiosa) en su integridad” (Hervieu-Léger, 1999: 136-145). Y de allí que para la militancia del FEN sólo sea posible aceptar al peronismo “tal cual es”, en su totalidad.

Aquí inevitablemente aparecen las nociones de *identidad* e *identificación*. En este sentido, preferimos hablar de “recorridos de identificación” en tanto camino que los actores mismos construyen a partir de la diversidad de sus experiencias y trayectorias, de las cuales se conservan, se recuperan, o se modifican algunos elementos de pertenencias anteriores que se van abandonando. Nos reapropiamos del concepto de “recorridos de identificación” de Hervieu-Léger, si bien ésta utiliza más a menudo la categoría “trayectorias de identificación” para referirse a la construcción de las identidades religiosas. Aquí es reutilizado en términos de *recorridos* porque creemos que resulta pertinente para dar cuenta del proceso de construcción de la identidad política peronista implicada en la peronización de los actores involucrados. Y si bien esta idea es utilizada por la autora para analizar los procesos de conversión religiosa, creemos que algunos de los aspectos que toma en cuenta resultan pertinentes para nuestro análisis, como es el caso de las dimensiones que componen los procesos de identificación: la dimensión comunitaria, referida a las normas de inclusión de una institución u organización y que permiten distinguir “los que son de aquí de los que no lo son” (lo que implica una relación de alteridad), la dimensión ética, que refiere a los valores del mensaje de transmitido por una tradición (religiosa) particular, la dimensión cultural, que refiere a

la doctrina, prácticas, símbolos y rituales, y la dimensión emocional, que se refiere al sentimiento de “fusión de conciencias” y a los momentos en que se anuda una experiencia de comunión colectiva, por ejemplo a través de las grandes concentraciones de masas (Hervieu-Léger, 1999: 74-77), o a través de la “comunión con el pueblo” que significó para los actores el trabajo barrial. De esta manera, los procesos de identificación atraviesan con mayor o menor intensidad, con distintos grados de combinación, y con diferentes niveles de tensión, estas dimensiones. En este sentido, creemos que es de alguna manera posible retomar estas dimensiones para dar cuenta de los procesos de identificación política, pero que es particularmente interesante para abordar el caso del proceso de peronización atravesado por el FEN. Entendemos que tenemos algunas limitaciones para poder precisar grados de intervención de las diferentes dimensiones en la experiencia de la agrupación dentro de una perspectiva que, como postulamos en otro párrafo, tenga en cuenta el dinamismo. Sí podemos arriesgar algunas afirmaciones, en base a lo que se desprende de las fuentes documentales, que tienen que ver con los elementos de carácter cultural y ético que se valorizan en el discurso, y también algunos de tipo emocional. En este sentido, con respecto a lo que tiene que ver con lo cultural, puede leerse en algunas de sus publicaciones:

[Queremos] que se imponga el programa del pueblo sintetizado en el mensaje del 1º de Mayo de la CGT de los Argentinos, que plantea la recuperación del patrimonio nacional, la expulsión definitiva del imperialismo de todas las esferas y la socialización del capital monopolista y latifundista. Bases éstas, únicas sobre las que puede crearse la autentica Cultura Nacional.⁴

4 “Periódico del FEN...” FEN, Bs. As., 1970. Pág. 5.

La Patria y la Cultura está en las calles, entre la gente, junto a las fábricas y no en los paraninfos cerrados al pueblo, divorciados de la problemática nacional.⁵

Recogemos el legado histórico de los hechos populares en nuestro país, tomando particularmente la vigencia actual de los contenidos nacionales y antiimperialistas de las banderas del peronismo.⁶

Y en cuanto a los valores que se destacan respecto a la clase obrera peronista pueden señalarse: “la conciencia anticolonial de la clase obrera argentina”⁷; “toda esa experiencia de lucha” porque “nuestra clase obrera, joven aun, guarda no obstante todo un caudal de lucha antiimperialista”⁸; como “motor de la Revolución Popular Antiimperialista”.⁹

Con respecto a la dimensión emocional aparecen frases como la siguiente: “Comprendimos en las calles de la patria que el peronismo es entre otras cosas, un sentimiento popular que unifica a las masas tras ideales nacionalistas y antiimperialistas.”¹⁰

Aunque “medir” el grado de “comunidad” real entre el FEN y las masas peronistas requeriría de otro tipo de estudios y un análisis de aspectos extradiscursivos. Además se relaciona con la cuestión del pathos, que Aristóteles vincula con la emoción y con generar una situación de empatía con quienes se intenta construir un nexo de identificación. Sin embargo, sí podemos decir que varias de las dimensiones que según la autora serían decisivas en el proceso de identificación, pueden encontrarse en el discurso del FEN.

Por otro lado, Hervieu-Léger considera que la identidad aparece como el resultado siempre precario de una trayectoria o recorrido de identificación que se realiza en la

⁵ Ibidem. Pág. 1.

⁶ “Por un 17 combativo junto a los trabajadores argentinos”, FEN, Bs. As., 1969.

⁷ “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”, FEN, Bs. As., 1967. Pág. 1

⁸ “Homenaje a Felipe Vallese”, FEN, Bs. As., sin fecha.

⁹ “Che”, FEN, Bs. As. 1968.

¹⁰ “Periódico del FEN...”, FEN, Bs. As., 1970. Pág. 5.

duración. Además se destaca, con respecto a la precariedad de estos resultados, que pueden ocurrir recomposiciones de identidad con mayor o menor grado de “cierre”, en tanto los individuos preservan algo de las identidades que abandonaron o de las que realmente no tomaron posesión, o bien porque la nueva identidad no es completa, e incluso es susceptible de ser cuestionada nuevamente. E incluso el hecho de adoptar algunas dimensiones de la nueva identidad puede coexistir con la preservación de algunas adherencias que sostienen reorganizaciones precarias, transformables o transportables a otros conjuntos ideológicos. Estos elementos resultan interesantes para poder dar cuenta de la complejidad de los procesos que aquí se abordan, como así también del conjunto de heterogeneidades que los recorridos individuales ponen de manifiesto, que también permiten matizar esa idea de peronización en tanto conversión plena que aquí ponemos en cuestión.

Por otro lado, Hervieu-Léger sostiene que los individuos construyen su propia identidad a partir de diversos recursos simbólicos y de las diferentes experiencias que tienen que ver con el contexto en el que están insertos: esas trayectorias no son solo recorridos de creencias, sino un conjunto de elementos vinculados a prácticas, pertenencias vividas, concepciones del mundo, formas de inserción en esferas de acción, así como disposiciones, intereses y condiciones objetivas (sociales, políticas, culturales, institucionales, etc.) dentro de las cuales se desarrollan estas trayectorias (Hervieu-Léger, 1999: 72).

En tal sentido, lo que intentamos con esta noción es retomar este sentido de “temporalidad” o de “duración” que los actores tratan de imprimirle a la peronización como un proceso gradual de identificación cada vez mayor con el peronismo hasta lo que ellos postulan como una conversión total, que legitima su entrada al peronismo, si bien consideramos que el proceso de formación de identidades

colectivas no puede definirse como algo pleno y acabado sino como un énfasis en lo procesual, lo abierto, lo que esta en construcción.

Retomamos la idea de identificación para caracterizar este proceso, en tanto da cuenta de una construcción abierta, de algo nunca terminado: siempre *en proceso*. Siguiendo a Hall, (2003: 15) la identificación es, en definitiva, condicional y se afina en la contingencia, si bien no carece de condiciones determinadas de existencia necesarias para sostenerla, entre ellas, recursos materiales y aspectos simbólicos. De esta manera, la identificación es un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación, pero no una subsunción.

Desde este enfoque,

“precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos, en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas” (Hall y Du Gay, 2003: 15).

Y de allí la oportunidad de rastrear las huellas de este proceso a través del discurso.

En relación con estas identidades incompletas y contingentes creemos que cabe reflexionar sobre cierta “veta vanguardista” que aflora en algunos fragmentos del discurso del FEN. Ésta se revela esquiva y parece escapar a un discurso que pretende presentarse como homogéneo pero que, sin embargo, está atravesado por matices y contradicciones que ya hemos mencionado.

Es el caso, por ejemplo, del intento de “apuntalar” las luchas populares, de supeditarlas al objetivo de la “liberación nacional” o de integrarlas a un proyecto que aparece como superior y que se da por sentado que es también el objetivo del pueblo, una esencialización y objetivación del pueblo, así como la aparición de “nuevas concepciones” que parecen echar por tierra una “tradición de lucha” con

determinadas prácticas instituidas, y que intentan “organizar las luchas del campo popular”, o que pretenden lograr en el movimiento obrero una “superación de su nivel de conciencia”. Vemos algunos ejemplos en las siguientes secuencias del discurso (las cursivas de las citas son nuestras):

Es un deber de los estudiantes argentinos analizar el proceso histórico de lucha de nuestro pueblo y así interpretar el cúmulo de sus necesidades, sentimientos y grado de conciencia real para integrarnos a dicho proceso en la perspectiva de *apuntalar las actuales y futuras luchas por la Liberación Nacional y Social* de nuestra patria como paso infranqueable hacia una sociedad superior, hacia una universidad popular.¹¹

En este momento se gestan dentro del campo obrero y estudiantil nuevas concepciones de lucha y se proponen salidas que son capaces de *organizar con objetivos claros, las luchas del campo popular*, del cual el estudiantado es parte.¹²

La revolución es de todos los que sepan *colocarse a la cabeza* de las luchas de nuestro pueblo.¹³

Nuestra participación ha de servirnos para integrarnos a los problemas de nuestro pueblo y *aportar* en el plano concreto de la práctica, *a superar su actual grado de conciencia*.¹⁴

Aunque anteriormente reconoce y acepta en el mismo texto la orientación de la clase obrera:

“el movimiento estudiantil debe unificar su lucha junto a todos los sectores perjudicados por la dictadura para que, *orientados por la clase obrera*.”¹⁵

En definitiva, se trata de elementos que no invalidan el discurso de la peronización pero sí permiten visualizar dimensiones no tan definitivas respecto a una inserción

11 “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As. 1969.

12 “A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba”, FEN, Córdoba, 1968.

13 “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As., 1969.

14 Ibidem.

15 Ibidem.

y una transformación que consiste en un “proceso” y una “construcción” gradual de la identidad peronista, no un producto acabado y cerrado tal como pretende presentarlo el FEN, sino atravesado por contradicciones, cuestiones abiertas, etc. Sin embargo, entendemos que es una necesidad argumentativa mostrar al discurso como algo homogéneo, sin fisuras, que permita legitimar su incorporación al peronismo.

Por otra parte, entre las dimensiones de la identidad política que analiza Aboy Carlés (2001: 44, 64 y 67), se destacan la representación, la alteridad y la tradición, vinculada a un espacio de prácticas configuradoras de sentido capaces de definir sujetos colectivos, ya que la constitución de toda identidad encuentra prácticas sociales sedimentadas, que tienen que ver con lo preexistente.

Quisiéramos centrarnos en la cuestión de la *alteridad*, que tiene que ver con el antagonismo y la construcción del *otro*. De alguna manera, toda cultura supone un *nosotros*, como base de identidades sociales. Estas se fundan en los códigos compartidos, o sea, en formas simbólicas que permiten clasificar, categorizar, nominar y diferenciar. La identidad social opera por diferencia, todo *nosotros* supone un *otro*, en función de rasgos, percepciones y sensibilidades compartidas y una memoria colectiva común, que se hacen más notables frente a otros grupos diferentes. En términos de Laclau (2005: 94-95), la totalidad es inalcanzable, abarca siempre diferencias: diferencias internas que pertenecen a un mismo universo de significación, por contraposición a aquel *otro* diferente exterior, resultado de una exclusión. Por ejemplo, aquel elemento que una sociedad demoniza pero a partir del cual alcanza su propia cohesión. Es decir, frente a ese *otro* excluido, todas las otras diferencias son equivalentes entre sí, en su rechazo común a la identidad excluida. De manera que la plenitud es imposible y necesaria, porque la tensión entre equivalencia y diferencia es insuperable, pero, a la vez, algún tipo de cierre se requiere para posibilitar la significación y la identidad, una totalidad fallida. El *otro*,

entonces, resulta necesario para toda identidad colectiva, pero varía la distancia social y simbólica que nos separa, el grado de *otredad*, de extrañeza, y también la carga afectiva y la actitud apreciativa con que nos relacionamos con él.

La *otredad* no es sinónimo de una simple y sencilla diferenciación. O sea, no se trata de la constatación de que todo ser humano es un individuo único y de que siempre se pueden encontrar algunas diferencias. *Otredad* significa aquí un tipo particular de diferenciación. Tiene que ver con la experiencia de lo extraño.

El problema de la identidad, pero más que nada, entonces, de la *identificación* con el peronismo, tendría como eje la respuesta a las preguntas respecto al Otro y a sí mismos: ¿qué es ser peronista? y ¿por qué ser peronista? que se planteaba a los “recién llegados”.

Y aquí, uno de los principales puntos en la cuestión residía en la distancia entre sus orígenes sociales y las masas obreras, que eran peronistas. De modo que a partir del intento de encontrar un camino que anulara, disminuyera o superara esta distancia, hubo diferentes argumentos que constituyeron la base de la justificación de su militancia peronista. Superación o síntesis era la vía del acercamiento y el encuentro con el otro. Según Hilb y Lutzky, para estos grupos de jóvenes el acercamiento al peronismo representa sobre todo el acercamiento al *pueblo* peronista (Hilb y Lutzky, 1984: 20). Según sus protagonistas, se vinculaba a la constatación de “que había que anclarse en la gente”¹⁶, aunque en este caso se habla de “gente” y no de “pueblo”, se podría decir que la síntesis por la que legitimaban su propio peronismo consistía en que si el pueblo era peronista, y ellos estaban con el pueblo, entonces ellos debían ser peronistas.

¹⁶ Testimonio de Catalina, entrevistada por Ancho (2007: 45)

Se valoriza entonces, en ese *otro*, la experiencia de lucha, se incorpora el componente de confrontación con el sistema político imperante, y se la visualiza como elemento revolucionario. Es decir, ese *otro* peronista aparece como motor de la revolución nacional y social:

No es casual que los compañeros caídos sean trabajadores: la clase trabajadora argentina es en nuestra sociedad el motor de la Revolución Popular Antiimperialista, nucleando a su alrededor a los intelectuales y a los sectores medios urbanos y rurales.¹⁷

Ellos [los obreros peronistas] llevan en su seno los elementos necesarios para la construcción de la nueva sociedad. Es lo que pugna por aunar sentimiento y teoría, movimiento y organización para concretar una autentica revolución popular en el camino nacional hacia la construcción del socialismo: el peronismo revolucionario.¹⁸

En este cambio de perspectiva hacia el *otro* peronista, en este proceso de aproximación de sectores, consideramos que la Revolución Argentina de 1966 significó un punto de inflexión, en tanto implicó la proscripción de fuerzas políticas no peronistas, entre ellas el movimiento estudiantil, que pasaron a tener una existencia en condiciones semejantes a las que el peronismo vivía y padecía desde el 55, haciendo que la política penetrara en los claustros, terminando con aquello que se criticaba como universidad-isla democrática, exacerbando el grado de politización, acelerando el proceso de radicalización política, e influyendo en la confluencia entre movimiento estudiantil y movimiento obrero en el plano de las luchas y movilizaciones contra el Onganiato. Este fenómeno produjo involuntariamente la identificación por parte de ciertos sectores medios universitarios con ese *otro*, y el proyecto de formar parte del peronismo, como un Nosotros peronista:

¹⁷ "Che", FEN, Bs. As. 1968.

¹⁸ "Periódico del FEN...", FEN, Bs. As., 1970.

“El golpe del 66 sólo se encargó de institucionalizar algo que ya era vivido por el pueblo. Únicamente los estudiantes que parecíamos habernos separado definitivamente de él, continuábamos engañándonos, luchando por una falsa ‘isla democrática’”.¹⁹

En este contexto, un punto de partida interesante para comprender el proceso de *peronización* es una concepción predominante de la universidad como alejada del pueblo, que creemos que es la idea que da sustento al supuesto proceso de peronización de algunos sectores, que ven en el peronismo la posible conversión del universitario en la relación con el pueblo.

También pueden destacarse como hitos en el proceso de radicalización de la juventud, y en su posterior acercamiento al peronismo, las repercusiones de la Revolución Cubana de 1959, la experiencia del frondicismo y el desencanto respecto a su política, los quiebres y discusiones dentro del marxismo (posteriores al XX Congreso del PCUS) y dentro de la iglesia católica (a partir del Concilio Vaticano II), el surgimiento de un sector combativo dentro del sindicalismo peronista, la CGT de los Argentinos, que convocó a sectores de heterogéneas proveniencias, y además, como decíamos más arriba, la intervención de Onganía a la universidad en 1966, que habría quebrado el aislamiento de los universitarios.

La noche de los bastones largos se encargó de demostrar a quienes aún mantenían viejas ilusiones democráticas que la universidad no era nada distinto del conjunto de la vida política del país (...) Quedaba claro que no había en la Argentina resquicio alguno en que pudieran resguardarse los viejos juegos liberales (...) La realidad política del país había superado desde hacía tiempo las ilusiones democráticas.²⁰

¹⁹ “Cambalache”, FEN, Bs. As., sin fecha.

²⁰ Ibidem.

Gillespie se refiere al FEN entre las organizaciones que, a partir de 1966, ante la prohibición de grupos políticos en la universidad, vieron la oportunidad de llevar adelante una lucha semi-clandestina con los obreros peronistas. En FEN se definía en ese momento como “nacionalista, revolucionario, antiimperialista y partidario del peronismo revolucionario” (Gillespie, 1998: 96).

A través de la experiencia del FEN puede rastrearse el hilo que permite recorrer el camino que salía desde la universidad hacia la calle, y el intento de articulación entre la política de masas y la universidad, y entre ésta y el movimiento político, como derrotero que permite construir el discurso de la peronización para ingresar al peronismo. Y aquí la pertinencia, en este contexto, de la concepción de Laclau para comprender el proceso de formación de la identidad colectiva encaminada a la construcción de un pueblo. En este sentido, podemos ver así cómo, por ejemplo, una movilización estudiantil, que es un reclamo específico, puede ser vista por otros sectores como un enfrentamiento al sistema y de esta manera esa particularidad parece operar divisiones internas. Es decir, se produce una unidad que no está dada por la posición de un único sujeto, sino por una pluralidad de posiciones de sujetos que comienzan a establecer entre sí un cierto grado de solidaridades.

Debemos comprender que los recorridos que podemos observar a través de los testimonios de los protagonistas manifiestan una heterogeneidad y una temporalidad que probablemente se pierda al hablar del FEN en tanto organización o grupo. De todas maneras, más allá de estas complejidades, hemos priorizado en este trabajo la identidad del FEN como colectivo, haciendo referencia en términos generales a un proceso que la mayoría de sus miembros atravesó, y creemos que este recorrido nos permite comprender el proceso de construcción de su identidad como peronistas. En este sentido, el FEN se definió como un grupo nacional y popular, que seguía siendo marxista pero que comenzaba a acercarse al peronismo, y en ese tránsito se

fueron desprendiendo grupúsculos que “se decían nacionalistas pero seguían sin aceptar a Perón”. Toda la experiencia del FEN da cuenta de esta construcción de su identidad como peronistas, que es pasible de rastrear en su discurso. Es decir, se trata de la construcción del discurso de la peronización como fuente de legitimación, entendido éste como algo tanto material como simbólico, incluido en toda acción portadora de sentido.

El FEN aparecía como un “frente nacional”, en un momento en que el término *nacional* no sólo se refería a una estructura de alcance territorial, sino a un punto de vista político. Así fue acercándose a sectores que trabajaban dentro y fuera de la Universidad y, como los mismos protagonistas lo definirían, se trató de la primera expresión del tema de la nacionalización y el acercamiento al peronismo por parte del estudiantado.

A su vez, la idea de *frente* intentaba aglutinar, hacer converger las distintas fuerzas que constituían el campo del *nosotros* en oposición al *otro* antagónico. Según Hilb y Lutzky, a partir de la división en espacios irreconciliables entre la identidad del pueblo y sus enemigos, la creación de un *frente* tenía “el sentido de unificar orgánicamente el ‘campo propio’ bajo la dirección y hegemonía de los ‘representantes’ de la clase obrera, o el pueblo, según se definan los componentes de los campos sociales”. (Hilb y Lutzky, 1984: 45)

Reivindicaban el hecho de constituir un grupo autónomo, alejado de las fuerzas políticas tradicionales, producto de la “búsqueda de una nueva concepción de acercamiento al peronismo”:

Entendemos que tampoco la cuestión reside en asumirnos peronistas para quienes no lo somos sino en comprender lo que el peronismo significa para la clase obrera argentina. [El subrayado es original]

En resumen, comprender el carácter nacional que asume la lucha de clases en Argentina.²¹

Bien, pero ¿a través de qué estrategias podría producirse ese acercamiento?

Por un lado, los militantes del FEN manifiestan la idea de incorporar sus propias reivindicaciones al marco de las luchas populares, como parte de ellas, y en este sentido el acercamiento aparece como un sumarse al combate de la clase obrera. De manera que planteaban, como puede verse, la idea de no volcarse de pleno al peronismo sino de atravesar un acercamiento gradual al pueblo, porque una inserción plena y sin escalas era una actitud elitista, y lo que había que adoptar era una posición de humildad frente al pueblo.

La propuesta del FEN, en este sentido, tal como indicábamos al principio, intentó tomar distancia de posturas que pretendieran “vanguardarizar” al movimiento obrero, y en contraste proponían una política de masas superadora, que acompañara al movimiento obrero, y una plena “conversión” que les permitiera “arribar” al verdadero peronismo (aunque en ciertos momentos esa veta vanguardista estuvo presente, como ya dijimos).

Si retomamos a Laclau en este contexto, si bien el autor también plantea una práctica de masas que eluda la manipulación vanguardista, entiende sin embargo que una identificación con el peronismo bajo la forma de una identidad plena o en los términos de una conversión, sería imposible. Por el contrario, acordamos con el autor en que todo acto de identificación implica un acto de “reconstrucción”, bajo la forma de identidades precarias, que siempre implican relaciones de poder, decisiones y represión con respecto a otras alternativas (Laclau, 2006: 48). En estos términos resulta interesante la postulación de este proceso como algo que da lugar a la construcción de una nueva identidad social

²¹ “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As., 1969.

y política, y el hecho de que la unidad que postulan las identidades se construye, en realidad, dentro del juego de poder y exclusión y son el resultado, no de una totalidad natural e inevitable o primordial, sino del proceso de “cierre”, resultante de una articulación o “encadenamiento” exitoso dentro de estructuras de sentido. De ello resultan identidades precarias porque, como decíamos más arriba,

“la identificación –o decisión– no llega a nunca al punto de una identidad plena, sino que todo acto implica un acto de reconstrucción.” (Laclau, 2006: 40)

Nos resulta interesante analizar cómo estos actores necesitaban, sin embargo, construir un discurso de la peronización en términos de “conversión plena” para poder legitimar su ingreso al peronismo, y, paralelamente, presentar a la *peronización* como algo cualitativamente diferente y “nuevo”, en un sentido muy similar a lo que Laclau postula como “investidura radical”, que no es otra cosa que el resultado de una práctica hegemónica tendiente a construir un “pueblo” (Laclau, 2006: 142).

“La constitución de agentes nuevos se refiere al pueblo, es decir, cuando el proceso rebasa los aparatos institucionales más allá de cierto límite, comenzamos a tener el pueblo del populismo” (Laclau, 2006: 12).

Precisamente la *politización* implica una acción que excede el marco institucional particular, y que supone su comprensión en el marco más global de la sociedad o la política nacional. En este sentido, podemos hablar de la constitución de cadenas equivalenciales más allá de las reivindicaciones académicas.

Creemos impostergable la lucha unida y masiva del movimiento estudiantil junto a la clase obrera, contra la política general de la dictadura, contra la represión, por la libre expre-

sión del movimiento estudiantil y del movimiento popular, imponiendo los derechos y reivindicaciones estudiantiles como parte de los derechos y reivindicaciones populares.²²

Podemos vislumbrar así los postulados del FEN en el sentido de su voluntad de construir un pueblo, a través de la articulación con otros sectores, de la unificación con las luchas populares, y del intento de crear nexos equivalenciales entre las demandas del movimiento estudiantil y aquellas demandas del movimiento obrero, en base a su común enfrentamiento al régimen dictatorial:

“La lucha es por la expulsión del imperialismo, es por la liberación nacional, es por la construcción del socialismo transitando el camino nacional.”²³

Retomando la historia del FEN, para sus militantes, tal como lo habían planteado desde los orígenes y como lo hemos puesto de manifiesto en este trabajo, era necesario incorporarse al peronismo de modo *orgánico*, estaban dispuestos a *despersonalizarse* disolviendo el FEN para engrosar el movimiento. Esta entrada al peronismo implicó largos debates durante meses para acordar las características de tal incorporación del FEN al peronismo. Para los líderes del FEN, esto dependía del encuentro con el líder del movimiento, el general Perón, y por ende se pensaba en la inserción definitiva en el movimiento de masas. Porque si bien eran de alguna manera “recién llegados” al peronismo, también eran sumamente verticalistas con respecto a la figura del líder. Esto significaba, además, la sumisión a la palabra de Perón como indiscutida, y en tal sentido la renuncia a cualquier otro proyecto alternativo, que es la tesis central de Sigal y Verón. Aquí se da de la forma más concreta esta distancia del FEN con respecto a otras estrategias de

²² “El FEN junto al movimiento obrero en el paro del día 27”. FEN-MIM, Córdoba, 1969.

²³ “Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente”. FEN, Córdoba, 1970.

aproximación al peronismo ya que los términos en que fue planteado el proceso en tanto *conversión* permitieron a los actores legitimar su ingreso al peronismo.

Escenario de enunciación, destinación y contradestinación

El análisis del dispositivo enunciativo nos permite visualizar la puesta en escena de distintos personajes que intervienen en el discurso, las diferentes voces que pueden manifestarse a través de él, y las distintas posiciones del sujeto de enunciación. Según Ana Soledad Montero, en el caso del discurso político, “esta escena enunciativa constituye una dimensión fundamental para comprender los sentidos que allí se despliegan y, más importante aún, para estudiar el modo en que en ese discurso se configuran las identidades políticas” (Montero, 2009: 1). De allí la relevancia de este tipo de estudio para la tarea que hemos planteado en esta investigación. De manera que lo que pretendemos realizar en este capítulo es el análisis de la escena discursiva que el FEN puso de manifiesto, es decir, la configuración de los distintos destinatarios que allí aparecen, la imagen de sí mismo y del adversario que se construye, la articulación del colectivo de identificación y los mecanismos argumentativos puestos en juego para realizar estas definiciones.

Comenzando por el plano de la enunciación, que es “la instancia de instauración del sujeto de la enunciación (sujeto productor del discurso) que abarca la posición del enunciacador y el enunciatario” (Greimas y Courtes, 1990: 79), podemos decir que aquél “es el ser empírico, el sujeto hablante” (Ducrot, 1986: 204), una construcción abstracta que remite a la “imagen del que habla” (Verón, 1987: 16), y que, en tal sentido, éste se ancla en el Frente Estudiantil Nacional.

Todo discurso comporta la constitución de la imagen de su propio sujeto de enunciación. Aquí aparece ineludiblemente la referencia al *ethos*. En términos aristotélicos, éste tiene que ver con el carácter del orador, con la imagen que éste tiene ante el auditorio. Según Ruth Amossy (2005), ello implica elementos discursivos pero también extradiscursivos que se combinan: el plano de la enunciación, o sea, cómo se muestra, qué dice, qué escena presenta; el plano de lo social, es decir, qué posición tiene el enunciador en la estructura, y el plano de la retórica, en otras palabras, la construcción discursiva, la disposición de los elementos del discurso. Según Oswald Ducrot (1986), el *ethos* está vinculado no a lo que se dice sino a cómo se dice, al modo de hablar, a la apariencia que le confiere a lo que se dice, a la imagen que se presenta. Y por otro lado, Dominique Maingueneau (1996) sostiene que el *ethos* tiene que ver con determinadas elecciones discursivas y *modos* de decir.

En general, el enunciador aparece mediante la primera persona del plural. Sobre todo aparece ligado a determinar cuál es el lugar del estudiantado dentro de la política nacional, es decir, bajo la figura “nosotros, los estudiantes”, “nosotros el movimiento estudiantil”, “nosotros desde la universidad debemos ligarnos a los sectores obreros que llevan adelante esta línea”¹, “los estudiantes que hemos comprendido”, “que nos sentimos parte de las fuerzas anti-imperialistas”², “aspiramos” a rescatar y tomar los principios y prácticas del Che, y la ubicación de sí mismos como parte del “estudiantado revolucionario”³, “debemos ofrecer nuestra propia acción”⁴.

1 “Sobre algunos problemas que se planean en la construcción de una Tendencia Estudiantil que lleve al seno del mismo la ideología del proletariado”, Documento de la Comisión Directiva saliente, TAU, Buenos Aires, 1965.

2 “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”, FEN, Buenos Aires, 1967.

3 “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

4 “El significado del 1º de mayo”, FEN-MIM, Córdoba, 1968.

En algunos pasajes el enunciador aparece asociado específicamente a su inscripción político-ideológica: por ejemplo, cuando ubica al estudiantado como “parte de las luchas del campo popular”, y posiciona al FEN como “tendencia estudiantil que se plantea la confluencia del estudiantado con esas luchas”⁵; situando “nuestras luchas junto a la clase obrera”⁶; integrarnos “como un frente más” a un proceso “que nos abarca y nos incluye”⁷. Es decir, reafirma que “los estudiantes comenzamos una trayectoria de unidad con los trabajadores”⁸, que “el eje pasa para nosotros por una superación político-orgánica” que “nos permita contribuir a generar una conciencia nacional”, y que “los estudiantes debemos manifestar nuestro repudio a la dictadura”.⁹

En uno de los documentos de 1969 aparecen dos aclaraciones claves para comprender la posición del sujeto que enuncia el discurso: por un lado, afirman que la cuestión no reside “en asumirnos peronistas para quienes no lo somos”. Esto muestra claramente esta idea de no volcarse “de cabeza” al peronismo sin asumirse peronistas primero, es decir, no tomar una actitud vanguardista, sino incorporarse al movimiento popular gradualmente, dejándose transformar por el peronismo. La clave reside entonces en “comprender el carácter nacional que asume la lucha de clases en Argentina”, es decir, que en nuestro país esa lucha de clases es llevada adelante por el peronismo, y entender lo que ese peronismo “significa para la clase obrera”. Y la segunda aclaración se vincula con la definición de revolución como algo que “no es patrimonio exclusivo de los peronistas

5 “A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba”, FEN, Córdoba, 1968

6 “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

7 “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)- Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

8 “Ante el paro del 23. ¿Quiénes son? ¿Por qué? ¿Qué buscan? ¿Qué hacer? El legado peronista”. FEN, Buenos Aires, 1970.

9 “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Buenos Aires, sin fecha.

revolucionarios”, es decir que, a pesar de reconocer la experiencia de lucha de la clase obrera y de situarla como “motor de la revolución”, esa revolución es de “todos los que sepan colocarse a la cabeza de las luchas de nuestro pueblo”¹⁰.

En muchos casos, en cambio, quien enuncia el discurso utiliza la tercera persona (“ellos”, “los estudiantes”), o bien una forma impersonal, distanciándose de sus evaluaciones, muchas veces presentándolas como una verdad indiscutible acerca de la historia política argentina de los últimos años, sobre todo en las zonas descriptivas del discurso y en aquellos pasajes en que hay un fuerte componente didáctico, por el cual se formulan principios generales de lectura de esa realidad como algo externo a la subjetividad del enunciador.

Pero la constitución de la imagen de sí mismo es siempre relacional, y la posición del enunciador se define en su vínculo con los destinatarios del mensaje, relaciones que van configurando la identidad del discurso.

Tomamos la idea de que “lo que caracteriza la especificidad del discurso político es cierta configuración de operaciones discursivas” (Verón, 1987: 24), sobre todo vinculadas al “enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores” (Verón, 1987: 16). Por lo que desde este punto de vista, la enunciación política sería inseparable de la construcción de un adversario. En este sentido, según María Marta García Negroni (1992: 35), el enunciador del discurso crea dos espacios diferenciados de destinatarios: aquellos que incluye en su colectivo de identificación y aquellos que quedan fuera de él. La destinación negativa, mediante la amenaza, descalificación, refutación, etc., en última instancia contribuye a reforzar el colectivo de identificación, es decir, a dar forma al “destinatario del mensaje”, que es aquel que al tomar el total del discurso queda constituido en el mismo universo que el enunciador, a través del “nosotros inclusivo” (García Negroni, 1992: 39).

¹⁰ “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

Según Eliseo Verón, el discurso político es un tipo de discurso con múltiples destinatarios y funciones. En este sentido, podemos distinguir un destinatario negativo o “contradestinatario” que corresponde a la figura del adversario político o el enemigo, con el cual se polemiza y a quien se intenta destruir discursivamente en términos de desarmar sus argumentos. Pero también se construye un destinatario positivo o “prodestinatario” que es aquel que adhiere a las ideas y creencias del enunciador, y con quien se construye un “colectivo de identificación”. Y por otro lado, aparece un paradestinatario o indeciso, al cual se intenta persuadir, que parecen “flotar” en el espectro político. A cada uno de ellos corresponden las funciones de polémica, refuerzo y persuasión que aparecen simultáneamente en el discurso, aunque con diferentes niveles de incidencia (Verón, 1987: 16-18).

En el discurso del FEN hay claramente un destinatario negativo, que si bien no es interpelado directamente en el discurso, sí es señalado constantemente, bajo diferentes nombres, formas metafóricas, fórmulas predeterminadas y otras nominalizaciones. A lo largo del discurso se va conformando la imagen del enemigo, que puede resumirse en tres grandes categorías: el imperialismo, las clases dominantes (a su servicio) y la dictadura (junto a los sucesivos gobiernos que desde 1955 avalaron la proscripción del peronismo).

El campo del imperialismo incluye a todas sus manifestaciones y representantes dentro del territorio nacional: “el Tío Sam”¹¹ en referencia a Estados Unidos, “la opresión imperialista”, “el colonialismo”¹² o “el imperialismo y sus lacayos”¹³, “el capital financiero nacional e internacional”¹⁴ o “los capitales extranjeros” identificados en Deltec,

¹¹ “¿Qué pasa? ¿Qué pasó? ¿Qué debemos hacer que pase?” FEN, Rosario, 1970.

¹² “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

¹³ “Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente”, FEN, Córdoba, 1970.

¹⁴ “Programa de principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

Coca Cola y la General Motors¹⁵, “los trusts monopolistas”¹⁶ o “los monopolios extranjeros y sus socios nativos”¹⁷, “los executives, banqueros y demás aliados (concientes e inconcientes)”¹⁸, pero también “las Foundations”, los “centros de subsidios del imperialismo” y las sedes de “espionaje socio-lógico financiado por la Ford”¹⁹.

El segundo espacio de antagonismo, correspondiente las clases dominantes locales, se configura en torno a “las fuerzas reaccionarias del país, o sea, las clases dominantes nativas”²⁰, “la burguesía industrial monopolista”, “la alta burguesía industrial, agraria y comercial”, “la oligarquía terrateniente tradicional”²¹, “las clases dominantes con sus ropajes modernistas”²².

En cuanto a la dictadura, ésta es definida como un “gobierno elegido por los monopolios extranjeros”, e incluye a sus instituciones y fuerzas represivas: el “aparato represivo”, “los policías y los tanques que apuntan a la clase obrera”, “las policías bravas” y “los ejércitos mercenarios”²³, “el brazo armado del sistema de opresión” que “proscribe, asesina, reprime, tortura”²⁴, el “ejército de ocupación” al que considera “verdugo del pueblo”²⁵, “las fuerzas armadas

¹⁵ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

¹⁶ “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

¹⁷ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

¹⁸ “En el cielo las estrellas”, FEN de Medicina, Córdoba, sin fecha.

¹⁹ “Boletín de Sociología N° 1. La carrera es nuestra, los concursos son ajenos”, FEN, sin fecha.

²⁰ “Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente”, FEN, Córdoba, 1970.

²¹ “Programa de principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

²² “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

²³ “Cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía”, FEN, Buenos Aires, 1972.

²⁴ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

²⁵ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

controladas por el Pentágono”²⁶, “los tanques del ejército” y “la pandilla de tráfugas” de “la dictadura gorila de Onganía”²⁷, la “administración neocolonial”²⁸, “los gabinetes de la burguesía”²⁹; “los planificadores de la eficiencia”³⁰, “los jerarcas políticos o sindicales que negocian con la dictadura gorila”³¹. Las instituciones del régimen son definidas como “las formas concretas en que se plasma la política y la ideología de las clases dominantes”; ellas “sistematizan el saber, manejan la información, organizan la moral, reglan las relaciones económicas y juzgan lo legal y lo ilegal en función de intereses de clase”. Entre esos organismos y establecimientos, la universidad aparece como “institución donde se elaboran en su forma más acabada las ideologías que justifican el sistema de explotación y donde se forman los cuadros intelectuales al servicio de las clases dominantes”³², y como tal no escapa a ser considerada como parte del polo negativo de la confrontación. Dentro de ella las agrupaciones reformistas aparecen como parte de la “alianza con las clases dominantes” en la medida en que “no apuntan a destruir el sistema y por ende sus instituciones”,³³ por “su complicidad tácita con los enemigos del pueblo”.³⁴

El enemigo utiliza la violencia para lograr “el control del movimiento popular”: en lo político se expresa en la “persecución y avasallamiento”, “proscripción”, “los estudiantes son apaleados, encarcelados y aun asesinados”; en lo social se asienta en “el control directo de la sociedad civil por parte de las fuerzas armadas”, es decir, “la militarización de la sociedad”, y la “represión a través del eje

26 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

27 “Ante el paro del 23...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

28 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

29 “Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente”, FEN, Córdoba, 1970.

30 “¿Qué pasa? ¿Qué pasó? ¿Qué debemos hacer que pase?”, FEN, Rosario, 1970.

31 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

32 “Programa de principios”, TAU, 1965.

33 “Cuando la limosna es grande...”, FEN, Buenos Aires, 1972.

34 “En el cielo las estrellas”, FEN de Medicina, Córdoba, sin fecha.

CONASE-CONADE”.³⁵ Aparece la violencia del sistema, “violencia represiva de la dictadura”, implementada a través de “allanamientos”, “detenciones masivas”, “torturas crueles”, “asesinatos impunes”, todo lo cual “apunta a la persecución del peronismo revolucionario” y a la “liquidación de la organización del movimiento popular”.³⁶

Pero no sólo el gobierno dictatorial constituye ese polo negativo, sino los “sucesivos gobiernos” que desde 1955 intentaron “domesticar al movimiento sindical”³⁷, es decir: “el desarrollismo”, “todos los partidos tradicionales y gorilas acaudillados por Aramburu”³⁸, el “gorilismo arambuista de la Libertadora”, así como al “desarrollismo de Frondizi” y al “fraudulento Illia”, culpables de perseguir y asesinar al “movimiento peronista”³⁹.

También se configura la imagen del adversario que de alguna manera está limitado a la contienda electoral o a cuestiones coyunturales, aunque en determinados momentos aparece como parte del enemigo irreconciliable del pueblo. Se trata de las fuerzas políticas que actúan dentro de la universidad, y en general su recurrencia en el discurso se da en términos de descalificación, ligada a la idea de desacreditarlo como opción política para el estudiantado y de dejar al enunciador como única vía legítima de representación: el reformismo “pequeñoburgués” y el “ultraizquierdismo”, el “academicismo oligárquico”, “la pequeña burguesía profesoral y estudiantil” y el “cientificismo”, “el iluminismo político”⁴⁰, el campo “pseudo revolucionario” dentro del que ubican al “PC argentino” y a “los grupitos trotskistas”⁴¹, el “ariete reaccionario antipopular” y “el ala izquierda del

35 “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

36 “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Buenos Aires, sin fecha.

37 “Ante el paro del 23...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

38 “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

39 “Homenaje a Felipe Vallese”, FEN, Buenos Aires, sin fecha.

40 “La reforma, los estudiantes y las luchas populares”, FEN, Buenos Aires, 1968.

41 “Habla Fidel acerca de la situación en Checoslovaquia”, FEN, 1968.

cientificismo”⁴², así como “el oportunismo de derecha”⁴³, “el academicismo”, “el racionalismo”, “las Foundations”, “el marxismo sociologizante”⁴⁴, “el paternalismo” y “el vanguardismo estudiantil” y todos aquellos que tienen “una concepción elitista” de la educación superior basada en la “eficiencia” para formar “técnicos, ideólogos y administradores del régimen”⁴⁵.

Entre estos adversarios, se encuentra “la oposición de izquierda”, que dice ser “representantes estudiantiles del proletariado” pero que enmarca su lucha en “la inmediatez de la institución universitaria” encarnada en la FUA⁴⁶. Vemos, por otro lado, que el “cientificismo” es definido como “el enemigo fundamental de la clase obrera dentro de la universidad”, porque es la “expresión del proimperialismo de nuestra burguesía”⁴⁷, es decir, por su carácter pro-imperialista. Y más adelante aclara que “los verdaderos términos del enfrentamiento” no pasan por la confrontación entre reformismo y antirreformismo sino entre “proimperialismo y antiimperialismo”. Aparece el intento de enmarcar las luchas estudiantiles dentro de las luchas populares, en esta idea de que “los problemas de la universidad encuentran correlato en el campo del pueblo”: el limítacionismo, el cientificismo, la represión, la discriminación ideológica en el ámbito académico, a la par del aumento del costo de vida y la desocupación, en el campo popular. Todos estos “problemas” tienen como fuente “al enemigo común”: la dictadura militar, los monopolistas yanquis, el

42 “Programa de principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

43 “Sobre algunos problemas...”, TAU, Buenos Aires, 1965.

44 “Cambalache”, FEN, Buenos Aires, sin fecha.

45 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

46 “La reforma, los estudiantes y las luchas populares”, FEN, Buenos Aires, 1968.

47 “Programa de principios”, TAU, 1965.

imperialismo.⁴⁸ De manera que ese adversario u opositor circunstancial o coyuntural es elevado al rango de enemigo irreconciliable como parte del polo imperialista.

En definitiva podemos decir que los tres niveles de enfrentamiento mencionados (imperialismo, clases dominantes y dictadura) en torno a los cuales se va configurando la imagen del enemigo del discurso, se reducen a uno solo, a saber, el imperialismo y todo lo que termina siendo pro-imperialista: “el imperialismo y sus aliados”⁴⁹ que “manejan como títeres al gobierno nacional”⁵⁰, “la dominación yanqui”⁵¹, “la oligarquía” vinculada a “las metrópolis imperialistas”⁵² o “los oligarcas pro-imperialistas”⁵³, “la dirección burocrática del peronismo” que terminó colocando “al movimiento obrero al servicio del imperialismo”⁵⁴, el gobierno de la Unión Cívica Radical del Pueblo “sumiso” a los intereses imperialistas⁵⁵, la universidad como “engranaje de la maquinaria de dominación”⁵⁶, el “cientificismo” que es la “expresión del pro-imperialismo de nuestra burguesía”⁵⁷, “la dictadura, fiel ejecutora de los planes del neocolonialismo”⁵⁸ y todo aquel que “avasalla nuestra economía, nuestra soberanía política y nuestra cultura”⁵⁹.

48 “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Buenos Aires, sin fecha.

49 “Sobre algunos problemas...”, TAU, Buenos Aires, 1965.

50 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

51 “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

52 “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

53 “Por la prosecución de nuestras luchas junto a la clase obrera”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969.

54 “Programa de Principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

55 “Sobre algunos problemas...”, TAU, Buenos Aires, 1965.

56 “8 de Octubre de 1967-17 de Octubre de 1945”, FEN, Buenos Aires, 1967.

57 “Sobre algunos problemas...”, TAU, Buenos Aires, 1965.

58 “Periódico del FEN. El movimiento estudiantil junto a los trabajadores por la liberación nacional” N° 1, FEN, Buenos Aires, 1970.

59 “A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba”, FEN, Córdoba, 1968.

Las referencias al enemigo están repletas de descalificaciones, ya que el descrédito es utilizado para degradarlo, quitarle poder y *status*, presentarlo como una entidad inferior a la posición del enunciador que lo dejan fuera de la posibilidad de responder: el enemigo no está a la altura de la contienda, es un “tramposo”, “farsante”, “pequeñoburgués”, “sumiso”, “fascista”, “gorila”, “pseudo-revolucionario”; también se los califica de “claudicantes y traidores”, “serviles”, “infames”, “entregadores”, etc.

Con respecto a la perspectiva temporal, la figura del enemigo se mantiene a lo largo de todo el cuerpo discursivo, llega a complejizarse o diversificarse en algunos momentos, pero no varía. Sin embargo, no aparece en ningún momento como un contradestinatario directo, es decir, no es directamente interpelado en el discurso, no es convocado a polemizar con el enunciador, no se le da la voz y la palabra, sino que podemos identificarlo bajo la forma de un “contradestinatario encubierto” o “indirecto” (García Negroni, 1992: 36-39). El destinatario encubierto que prevalece en el discurso del FEN aparece como un Tercero Discursivo a lo largo de la enunciación, a través de la tercera persona (“aquellos que”, “los que”, “ese/esos”, “algunos”, “ellos”, etc.), y constituye una zona ambigua, generalmente acompañada por marcas de descalificación o desautorización de la persona y su decir, que dan cuenta del carácter controversial del discurso: “los planificadores y asesores”, “los ideólogos del sistema”, “los iluminados”, “esos consejeros”, “la oligarquía y quienes posibilitan la entrega de la Patria”, “los que se definen como revolucionarios”, etc.⁶⁰

El destinatario indirecto es menos explícito, no designa claramente a un referente (por ejemplo, no aparecen las marcas en tercera persona) y se lo puede percibir a través de ciertos indicios que son marcas polifónicas, como la negación, a partir de la evocación de voces que trae a la escena discursiva y a las cuales desacredita sin siquiera

⁶⁰ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

mencionarlos. El enunciador puede no dirigirse explícitamente a ellos pero sí tenerlos en cuenta, puede incluir o convocar a estas figuras sin hacerse necesariamente responsable de las palabras que les destina.

Veamos algunos ejemplos de la negación del enemigo:

La unidad no se gestó contraponiendo el programa del movimiento estudiantil al del movimiento obrero sino apoyando desde éste las luchas de los trabajadores⁶¹,

en contraposición a los adversarios políticos cuya estrategia consistiría en imponer sus concepciones a los trabajadores e intentar “vanguardarizar” la lucha.

Los dichos del adversario, en este caso el reformismo, al que se cita aunque sin nombrarlo directamente: “la declaración de estar ‘junto a la clase obrera y el pueblo’ no puede ser más que abstracta”⁶², aquí se descalifican. En este caso, la frase en boca del reformismo sería una abstracción.

Entendemos que tampoco la cuestión reside en asumirnos peronistas para quienes no los somos, sino en comprender lo que el peronismo significa para la clase obrera argentina⁶³,

como sí lo harían los sectores que se proponían ingresar de lleno y de un día para otro al movimiento obrero, sin atravesar la experiencia de “conversión” al peronismo.

¡Esto no es una Nación! Es una enorme colonia disfrazada.⁶⁴

La aspiración es la universalización de la educación, que en caso de la universidad no significa ‘abrir la universidad al pueblo’ sino diluirla en el pueblo⁶⁵.

61 “El FEN junto al movimiento obrero en el paro del día 27”, FEN-MIM, Córdoba, 1969.

62 “La reforma, los estudiantes y las luchas populares”, FEN, Buenos Aires, 1968

63 “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

64 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

65 Desde 1955 el movimiento peronista viene desarrollando una guerra integral, FEN-JP, Buenos Aires, 1973.

Lo que implica diferenciarse de las propuestas de otras agrupaciones. O bien la resemantización de lo que significa transformar la universidad:

La transformación de la universidad no es, entonces, la reforma de la institución, sino por el contrario, la incorporación de sus componentes a la revolución.⁶⁶

Despolitización es entendido por ellos como un ‘no proselitismo’ y ‘no militancia’, es decir, no encarar la transformación de la universidad mediante la participación en la lucha popular.⁶⁷

El “ellos” a los que alude el texto se refiere al enemigo, es decir, a quienes intentan implementar los planes dictatoriales dentro de la universidad.

Y como se afirma en el mismo documento: “El desarrollo esencial de la lucha de dieciocho años no se agota en estas reivindicaciones mínimas”, o sea, el significado de la lucha va más allá de logros coyunturales, como pretenden conformarse algunos sectores dirigenciales del peronismo.

Nuestra unidad no puede ser formal [...] nuestra participación no pasa hoy por elecciones de centro sino por la unidad concreta⁶⁸.

Se utiliza aquí la negación para resignificar lo que implica la unidad de los estudiantes: no un hecho circunstancial, como pretenden los adversarios políticos, sino real y duradera.

Otras operaciones de resemantización aparecen en torno al tercer mundo y a las definiciones del imperialismo: “Zonas calientes, se las llama. Nosotros le decimos: Tercer Mundo.”⁶⁹

⁶⁶ “Retorno incondicional de Perón a la patria y al poder”, FEN-OUP, 1973.

⁶⁷ Ibidem.

⁶⁸ “En el cielo las estrellas”, FEN de Medicina, Córdoba, sin fecha.

⁶⁹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

El “se las llama”, si bien aparece en sentido impersonal, en realidad se refiere a cómo se las designa desde los centros de poder, y el “nosotros le decimos” aparece en un sentido de cómo deben ser llamadas en realidad: esas zonas calientes o zonas rojas, porque son lugares de conflicto para el imperialismo, forman parte del mundo explotado y dominado por él.

Bajo estas diferentes modalidades, los destinatarios negativos “no entran en el circuito comunicativo, no se les da voz ni derecho a réplica pues, en la superficie del enunciado, no se les está hablando” (García Negroni, 1992: 36).

En cuanto a las entidades del imaginario discursivo, aquellos a quienes la agrupación intenta “ganarse”, sumar a su colectivo de identificación, son los estudiantes. Nos ocupamos aquí de cómo esa función de persuasión opera dentro del discurso, más allá de que extra-discursivamente se pudiera recurrir a otras modalidades, así como seguramente hubo otras estrategias de relación con el enemigo, más allá de dejarlo “sin posibilidad de respuesta”.

Tomando el *corpus* total de discursos del FEN, la figura del destinatario que queda constituida al final es la del estudiantado. Entran en esta categoría de paradestinatario aquellos que no participan de la militancia estudiantil, a quienes se compele a no permanecer inermes ante la realidad y sumarse al movimiento estudiantil, específicamente a la línea propugnada por el FEN, y también a quienes se convoca en tanto se les pide ayuda y colaboración en la lucha.

Como veremos en otro apartado, el estudiantado es una categoría compleja, y en ciertas partes el enunciador establece algunas distinciones dentro del campo estudiantil: por un lado, quienes participan en otras agrupaciones políticas, y por el otro, los estudiantes que no forman parte del movimiento estudiantil. Estos últimos son potencialmente cooptables por la dictadura, y de esta manera se convierten para el discurso del FEN en paradestinatarios del mismo, es decir, ese destinatario al que hay que persuadir de unirse al movimiento estudiantil combativo, y disuadir o alejar de

los planes de la dictadura que intenta formar “una cohesión pasiva de la masa estudiantil”. Es decir, aparece el “movimiento estudiantil” como eje politizado, comprometido y combativo, a diferencia del “conjunto de los estudiantes”, sin participación política o con una participación marginal en cuestiones meramente reivindicativas. Para ambos “está presente en última instancia como última medida la represión abierta” y en este sentido, para ambos la dictadura es el enemigo⁷⁰. “Los estudiantes” a secas, aquellos no pertenecientes al movimiento estudiantil, son mal mirados por “la indiferencia” y “la pasividad”.⁷¹ Dentro de esta distinción, el enunciador contrapone dos imágenes: la de la “juventud alegre y despreocupada” y la del “estudiante comprometido con las luchas populares”.

Por otra parte, algunos discursos se dirigen a ellos directamente, interpelándolos, ya sea positiva o negativamente, es decir, criticando ciertas posturas político-ideológicas históricas o actuales de los estudiantes, para producir un efecto de “sacudimiento”, o elogiando ciertos cambios que el enunciador considera cercanos a su propuesta. En este sentido, se reconoce “el surgimiento de una serie de agresiones antiimperialistas que tratan de superar el marco de la reforma, oponiéndose al control cientificista de la universidad y planteándose el acercamiento a la clase obrera” y plantea la necesidad de “una política que nucleee a todos los agrupamientos antiimperialistas” en pos de “una política revolucionaria a nivel estudiantil”.⁷²

⁷⁰ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Antiimperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

⁷¹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

⁷² “Programa de principios”, TAU, 1965.

Algunos llamados directos aparecen bajo el colectivo “compañeros”: “Compañeros: el FEN llama a los estudiantes a incorporarse”⁷³; “compañeros estudiantes”⁷⁴. En esta interpelación al estudiantado se percibe la presencia de la contradicción amigo-enemigo, y de allí el efecto de persuasión que el FEN-Línea Nacional (LN) intenta ejercer sobre el estudiantado: o se está con la clase obrera, o se está contra ella y consecuentemente, con el enemigo: “quienes se marginan de la comprensión real de la historia del país juegan a favor de la oligarquía”⁷⁵. El papel del estudiantado pasa por “interpretar correctamente la lucha”, y “apuntalar lo más progresivo”⁷⁶.

Aún cuando el paradesinatario muchas veces no aparecen de manera explícita, aún cuando parece ausente, borrado o diluido, puede decirse que las operaciones de polémica y refuerzo se dirigen también a él, aunque sea de manera indirecta o poniendo en escena una batalla entre amigos y enemigos.

Como afirma García Negroni (1992), tanto la función polémica como la de refuerzo están en última instancia al servicio de la persuasión. En definitiva, se trata de un discurso panfletario, no sólo dirigido a polemizar con el adversario sino también a convencer al estudiantado de sumarse a las luchas nacionales y populares, y a construir un colectivo de identificación con los sectores peronistas.

Aparece aquí una figura positiva, a la que constantemente se elogia y a la que se le reconoce un carácter revolucionario, que es la clase obrera peronista. El FEN intenta incluirla en un colectivo de identificación, aunque es difícil

⁷³ “Los estudiantes y la ley de hidrocarburos”, FEN-Regional Córdoba, sin fecha.

⁷⁴ “A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba”, FEN, Córdoba, 1968.

⁷⁵ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

⁷⁶ Ibidem.

hablar de un prodestinatario directo –ya que el discurso no se dirige específicamente al peronismo o a la clase obrera, ni los interpela–. No obstante, sí podemos considerar la presencia de una entidad positiva aunque aparezca de manera difusa o indirecta.

En tal sentido, si tenemos en cuenta el ámbito de producción y circulación del *corpus* que se analiza, podemos decir que el discurso del FEN, bajo la forma de panfletos, folletos o informes de situación, no estaba pensado para ser distribuido entre los obreros ni dentro del movimiento peronista, sino entre los estudiantes, dentro de la universidad, como una manera de generar una conciencia nacional y sumar voluntades políticas.

Dentro del campo del Otro positivo del discurso, toma cuerpo entonces esta figura que pertenece al mismo universo de creencias que el enunciador. Las operaciones de refuerzo y constitución del Nosotros inclusivo se puede realizar tanto a partir del elogio de las propias hazañas, para mostrar la propia fuerza, las propias ideas, los propios puntos de vista, como también a través de la crítica y la descalificación del adversario.

Desde el principio, incluso en los documentos de TAU, ya aparece “el proletariado” como “la única clase consecuentemente revolucionaria” y, por lo tanto, “la única capaz de iniciar, desarrollar y dirigir la lucha contra el imperialismo y sus aliados”.⁷⁷ Sin embargo, en esta etapa, el peronismo aún es visto negativamente: aparece como “expresión política del frente de clases burguesía-proletariado” y como responsable de “la enajenación de su conciencia de clase [del proletariado] en la ideología burguesa del peronismo”.⁷⁸ Es decir, TAU ve al peronismo como un obstáculo para el desarrollo de ese espíritu revolucionario de la clase obrera y para la evolución de su conciencia de clase. Sin

⁷⁷ “Programa de principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

⁷⁸ Ibidem.

embargo se valora los sectores radicalizados y combativos” dentro del movimiento, frente a “la dirección burocrática” del mismo⁷⁹.

En los documentos posteriores a la formación del FEN, por ejemplo en uno de 1967, se vuelve a destacar a “los peronistas combatientes encarcelados y torturados” como los elementos que permiten identificar a esa clase obrera combativa. Esta idea se encadena con la de “sumarnos” a la lucha de “la clase trabajadora argentina y su pueblo.” Así, el enunciador establece un colectivo de identificación con la clase obrera, conformando un Nosotros más amplio que incluye a todos los que forman parte de ese combate: “nos sentimos parte de las fuerzas antiimperialistas”.⁸⁰ Y más adelante nuevamente se recuerda a “todos los caídos” en la lucha como parte de esa clase trabajadora: “los compañeros caídos son trabajadores”, los “trabajadores y estudiantes argentinos” a quienes se equipara con el Che. La clase obrera aparece como “motor de la revolución” y quien “garantiza el triunfo del pueblo”. Pero es además centro y núcleo que convoca a los demás sectores: “intelectuales y sectores medios urbanos y rurales”, de manera que la clase obrera actuaría como colectivo de identificación de todos estos sectores.⁸¹

El “peronismo” no aparece interpelado directamente, pero sí se alude a él en forma explícita, y más particularmente a la “clase obrera peronista”, a la que se nombra y reconoce constantemente, y se intenta construir con ella un espacio discursivo propio, un Nosotros inclusivo. De alguna manera, se podría decir que se trata de un “pro-destinatario encubierto”, al que se alude de manera indirecta pero que está presente todo el tiempo en el discurso, sobre todo mediante operaciones de elogio, reconocimiento, valorización.

⁷⁹ Ibidem.

⁸⁰ “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”, FEN, Buenos Aires, 1967.

⁸¹ “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

Se menciona al otro positivo con nominalizaciones como: “los trabajadores peronistas”, “los sectores populares”, “los trabajadores”, “las mayorías populares”, “nuestro pueblo”, “la clase obrera” y “el pueblo-nación”, siempre refiriendo a aquel hacia el cual se va, hacia el cual se intenta sumarse, “peronizarse”, estar “junto a los que edifican realmente a la Nación”. Se equipara a ese “pueblo trabajador” con “la problemática nacional”⁸² y se ve a “la clase trabajadora” como “columna vertebral del movimiento nacional”.⁸³

De manera que el enunciador discursivo FEN se dirige a sus destinatarios positivos de manera indirecta (mediante la tercera persona) a través de algunos sintagmas nominales recurrentes, como por ejemplo la categoría de pueblo, que es una de las formas típicas de construcción de una entidad colectiva.

Enunciador y prodestinatario se irían conformando así como parte de una misma entidad, una especie de fusión con las demandas, deseos, dificultades, expectativas y tragedias del pueblo.

El pueblo aparece nombrado de manera recurrente: en el clásico *slogan* de la agrupación “Nada ni nadie podrá separar al movimiento estudiantil de la clase obrera y el pueblo”⁸⁴, o en formulaciones como “hoy es imposible desligar a los estudiantes del pueblo”, marchar “integrados en el proceso total del pueblo”⁸⁵, luchar por “el triunfo del pueblo”⁸⁶, acompañar las luchas de “las masas populares” y lograr “la estrecha unidad con el movimiento popular”⁸⁷,

⁸² “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

⁸³ “Retorno incondicional de Perón a la Patria y al Poder”, FEN-OUP, Buenos Aires, 1973.

⁸⁴ “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”, FEN, Buenos Aires, 1967.

⁸⁵ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

⁸⁶ “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

⁸⁷ “La reforma, los estudiantes y las luchas populares”, FEN, Buenos Aires, 1968.

“rescatar el poder para el pueblo”⁸⁸, para que “el pueblo obtenga el goce pleno de sus derechos”⁸⁹, “la potencialidad de lucha de nuestro pueblo” y “las luchas populares desarrolladas por nuestro pueblo”⁹⁰, “con el pueblo en las calles” y “con el pueblo en los balcones”, y “los estudiantes como parte del pueblo”⁹¹.

En otros fragmentos del discurso el enunciador inserta un colectivo de identificación mucho más amplio que hasta ahora, cuando habla de “nuestra Argentina”, de la cual forman parte “todos”, porque todos pueden aportar al “combate nacional”. Sin embargo, parece restringirse, porque en definitiva ese “todos” incluye aquí a “obreros, estudiantes y combatientes”, pero mas que nada al “estudiante”, porque lo que interesa resaltar es justamente que ese estudiante, como parte del colectivo, es el que debe sumarse a la lucha y, como dirá mas adelante, los estudiantes deben convertirse en “sujeto activo de la Liberación”⁹².

Por otra parte, el “nosotros” se amplía para incluir también no solo la lucha estudiantil, no solo las luchas obreras, sino además las luchas del “Tercer Mundo” por “la liberación total del hombre”. Y se incluye hablando de “nuestra lucha”, “nuestras metas” junto a la del tercer mundo. La idea es ampliar el colectivo de identificación, de manera que la lucha del movimiento estudiantil se equipare y/o se integre a las luchas nacionales, latinoamericanas o del “cono sur” y del tercer mundo.⁹³

La importancia de las operaciones propias del discurso epidíctico, en términos de Aristóteles, es decir, de aquel discurso que se dedica al enaltecimiento y la glorificación

⁸⁸ “Por la prosecución de nuestras luchas...”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969.

⁸⁹ “Ante el paro del 23...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

⁹⁰ “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

⁹¹ “¿Qué pasa? ¿Qué pasó? ¿Qué debemos hacer que pase?”, FEN, Rosario, 1970.

⁹² “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

⁹³ Ibidem.

de las grandes hazañas (Aristóteles, 2005), tiene que ver con una revalorización de la clase obrera peronista que es parte esencial de la estrategia discursiva del FEN, en tránsito a insertarse en el movimiento de masas.

Otro de los mecanismos a partir de los cuales se intenta reforzar la adhesión es la recurrencia a las presuposiciones y la movilización de elementos preconstituídos, que tienen un efecto de evidencia incontestable, y que se relacionan a su vez, con el plano de lo no dicho o de lo implícito.

Según Ducrot (1986), los presupuestos no pueden ser negados ni cuestionados, porque se presenta como lo ya conocido, lo exterior y evidente, no plausible de ser refutado, e imponen un marco al discurso, que delimita el espacio de lo decible. En tal sentido, la presuposición se vincula con la noción de preconstituído de Michel Pêcheux (1975), en referencia a discursos ya dichos que dentro del cuerpo del enunciado generan un efecto de evidencia y confirmación que no deja lugar a dudas: lo ya sabido.

Algunos ejemplos del plano de la presuposición y evidencia son: *“como lo han demostrado estos últimos años y especialmente a partir del año 66”*⁹⁴, *“no podría ser de otra forma”*⁹⁵, *“evidentemente no fue una revolución”*⁹⁶, *“hoy está claro que no hay normalización”*⁹⁷, *“es indudable”*, *“creemos que es evidente que los estudiantes no nos vamos a organizar sólo para lograr reivindicaciones propias”*⁹⁸, etc.

Sobre todo el sentido de estos enunciados reside en la forma en que los objetos del discurso son mostrados: se muestran como conocidos, evidentes e indiscutibles, exponen los propios logros, quién es el adversario, cuáles son los

⁹⁴ “El significado del 1º de mayo”, MIM-FEN, Córdoba, 1968.

⁹⁵ “La reforma, los estudiantes y las luchas populares”, FEN, Buenos Aires, 1968.

⁹⁶ “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

⁹⁷ “En lucha...”, FEN-MEM (Mendoza)-Línea Nacional (San Juan)-Línea Anti-imperialista Nacional (Mar del Plata)-Acción Socialista Nacional (Tucumán), 1970.

⁹⁸ “En el cielo las estrellas”, FEN de Medicina, Córdoba, sin fecha.

peligros, cómo es la realidad. Principalmente las presuposiciones de existencia evocan y construyen discursivamente situaciones que se presentan como conocidas porque se trata de experiencias y sufrimientos compartidos tanto por el enunciador como por el destinatario, como por ejemplo alusiones a la persecución y la violencia del régimen, y a las formas de la lucha contra la dictadura: “nos golpea una evidencia: la patria y la cultura están en las calles”, “así lo vimos declamar a Onganía”, “ya vimos que las grandes luchas obreras y populares pueden desbordar los mecanismos de control que supone el sindicalismo participacionista”.⁹⁹

La relevancia de la inclusión de estos presupuestos en el discurso radica en otorgar el marco dentro del cual el discurso elabora sus propios saberes y creencias compartidos, instalando ciertos objetos del discurso, dándoles existencia y presentándolos como algo ya sabido. Su función reside en construir y reforzar a un tiempo los valores y convicciones de ese Nosotros inclusivo: “conocido es que hasta el gobierno peronista la universidad correspondía a la imagen de una universidad oligárquica, elitista y cerrada”, “a partir de esta comprensión producto de la práctica el movimiento obrero deja de ser una abstracción”.¹⁰⁰

La importancia del prodestinatario en el discurso del FEN se basa precisamente en la operación de intentar conformar un Nosotros en el que estén incluidos los obreros peronistas y los estudiantes, en el intento de insertarse en el dispositivo peronista. El prodestinatario remite, en última instancia, a Perón. Es a partir de la búsqueda de su aprobación que la estrategia del FEN será exitosa.

Por ejemplo, en alguno de los textos tardíos del FEN, ya entrados los años setenta, podemos visualizar una conceptualización de Perón como quien “resume e interpreta la conciencia de millones de argentinos”, “la conciencia histórica y colectiva de la Nación en su camino hacia

⁹⁹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

¹⁰⁰ Ibidem.

la construcción del Socialismo Nacional”, y más adelante como “Conductor del Pueblo Argentino”¹⁰¹. Aparece también una cita textual de las palabras de Perón: “la necesidad de ir derrotando mediante batallas sucesivas a los enemigos de la Nación, en la forma indicada por el General Perón: ‘Lo primero que hay que hacer es liberar al país, pero primero de este flagelo que es el partido militar; después hay que librarlo del imperialismo, y recién después se podrá pensar en reconstruir lo que han destruido, y desarrollar al país mediante un plan bien articulado’”¹⁰².

Si bien el discurso político es esencialmente polémico y toda configuración de una identidad colectiva se establece en relación a otro diferente e incluso antagónico, en particular el discurso populista se caracteriza por la oposición entre dos campos irreconciliables entre sí, una dicotomización radical de la comunidad política, entre el pueblo y los enemigos del pueblo. De manera que, en su intento de insertarse en la matriz discursiva peronista, el discurso del FEN no escapa a esa característica polarizante, la dicotomización de las fuerzas sociales. Según Pierre Zima (2005: 28), citado por Elvira Narvaja de Arnoux (2008: 34), es propio de la ideología este dualismo o dicotomía, “el antagonismo narrativo entre un sujeto y un anti-sujeto”, donde el sujeto tiende a considerar su discurso como el único posible, como verdadero, natural, etc., lo cual tiene que ver con cuestiones fundamentales referidas a la transformación de la sociedad, el carácter universal de ciertos valores y conceptos, la actitud de un sujeto que se convierte en agente de la liberación (Arnoux, 2008: 35). Pero como señala Pierre Ansart (1980: 67), la ideología “no sólo suministra polos de amor y de hostilidad sino que construye la coherencia de un sentido”. El autor resalta la importancia de la coherencia ideológica en la constitución de identidades, en tanto al adherir a una

¹⁰¹ “Retorno incondicional de Perón a la Patria y al Poder”, FEN-OUP, Buenos Aires, 1973.

¹⁰² Ibidem.

ideología se encuentran modelos identificatorios, se puede definir una posición y sus fundamentos, se toman ciertos valores como indiscutibles, etc.

El discurso del FEN configura su identidad construyendo la imagen de amigos y enemigos. En otras palabras, busca legitimar su palabra denunciando al enemigo, siempre presente, claramente identificado, constantemente descalificado y nunca interpelado directamente, con lo cual se le quita la posibilidad de respuesta, se lo expulsa del circuito discursivo. Hay por otra parte una figura positiva, indirecta, difusa, pero muy presente a través de operaciones de elogio y reconocimiento, con quien se intenta construir un nexo de identificación. Las operaciones de valoración y reafirmación de sus proezas y su experiencia de lucha sirven al enunciador para legitimar el proceso de ingreso al peronismo y ubicarse a su lado en el campo de disputa. Y por último, la figura de quienes permanecen flotantes, a quienes se intenta persuadir de sumarse a la propuesta del enunciador. Esta figura incluye tanto a quienes no tienen ningún tipo de participación dentro del movimiento estudiantil como a aquellos que por “error” o “inconciencia” están ubicados en las filas incorrectas, como también a las incipientes formas de lucha antiimperialista que están emergiendo en el espacio universitario. Las operaciones de persuasión consisten tanto en el elogio de estas últimas como en el exhorto a participar, y en la reprimenda a quienes aún permanecen “pasivos” e “inermes” ante la realidad. La puesta en escena de estas figuras da cuenta de la necesaria legitimación discursiva y simbólica del vínculo con el pueblo.

Dialogismo, polifonía, interdiscurso y memoria discursiva

Como afirmábamos al principio, consideramos a partir de Mijail Bajtín (1999) que todo discurso es esencialmente dialógico, que en él se cuelan voces, palabras y discursos ajenos que atraviesan al propio e irrumpen en su homogeneidad. Según este autor el dialogismo tiene que ver con la idea de posibles respuestas de un discurso frente a otro, del diálogo, pero también con *ecos* que resuenan en el propio discurso. Esta última dimensión aparece como un aspecto constitutivo y del orden de lo impensable, tan inconsciente como la ideología. Es decir, el sujeto no es uniforme ni unívoco, sino que adopta diferentes posicionamientos, distintos puntos de vista, está habitado por voces históricas y también, en el plano de la actualidad, por otros discursos que emergen y transitan en determinada época, así como respecto al futuro, en términos de posibles respuestas.

Esta introducción del discurso ajeno en el propio puede ser más o menos consciente.

Por ejemplo, en el caso de uno de los documentos, el Periódico del FEN, aparece el discurso tercermundista impregnando la propia voz. Por un lado, allí se expresa la posición del enunciador frente a la guerra, a la que considera “un negocio para unos y una realidad sangrienta para muchos”. Los “unos”, como dirá mas tarde, refieren al “opresor imperial”, y los “muchos”, a sus víctimas. Define así al enemigo, alineándose por el contrario con “el pueblo colonizado”: “Asia, África, América Latina”, “el Tercer Mundo”, y ratifican tal alineamiento al decir “Argentina, nuestra lucha,

es parte de este proceso". Vemos nuevamente la incorporación de una metáfora: "las zonas calientes" para referirse al Tercer Mundo. Continuando, "el opresor imperial" aparece en el lugar del contradestinatario, el "tercer mundo" aparece como el prodestinatario con quien el enunciador "nosotros-el estudiantado" se alinea e intenta construir un colectivo de identificación. Esta identificación puede advertirse claramente cuando leemos que "el estudiantado" es parte y está dentro de "los movimientos de Liberación Nacional de los pueblos del Tercer Mundo". Se reiteran además las formulas de "la Liberación", "el colonialismo", "la opresión", "la resistencia nacional", "la Historia", mezclados con citas de Frantz Fanon alusivas a la relación opresores-oprimidos, y citas de un dirigente negro en referencia al nacionalismo revolucionario. De manera que la dicotomía amigo-enemigo, se inscribe en este caso, a través del antagonismo oprimido-opresor, retomando a Fanon, y de "nacionalismo reaccionario-nacionalismo revolucionario". Puede verse de esta forma cómo esa dicotomía opresor-oprimido, nacionalismo blanco-nacionalismo revolucionario opera dentro del discurso definiendo al prodestinatario, que es tanto "el tercer mundo" como "el peronismo revolucionario", y al contradestinatario, el enemigo, "la opresión imperialista", "el Imperialismo y el Neocolonialismo de los yanquis y sus aliados".

Vemos en este caso la introducción deliberada de ciertas citas que sirven para apoyar la propia argumentación, ligadas a la estrategia de situar a la Argentina dentro del mundo oprimido y colonizado, y de unificar voluntades dentro del colectivo tercermundista contra el imperialismo, para lo cual se introduce a Franz Fanon:

Las grandes figuras del pueblo colonizado son siempre las que han dirigido la resistencia nacional a la invasión... (Ellas) reviven con singular intensidad en el período que precede a

la acción. Es la prueba de que el pueblo se dispone a reanudar la marcha, a interrumpir el tiempo muerto introducido por el colonialismo, a hacer la Historia (Fanon).¹

Y por otro lado, recurre a un líder que define dos tipos de nacionalismo: uno que oprime y otro que libera, uno que pone en práctica el enemigo, y otro que simboliza el camino que debe tomar el tercer mundo para su liberación:

Un tipo suprime y oprime, esto es, una nación o grupo particular obtiene ganancias y progresa materialmente a expensas de la explotación, la esclavitud o la tortura de otro grupo o nación. En el mundo actual ese nacionalismo expresa la cooperación de las naciones occidentales para mantener en cadenas al nuevo mundo oprimido que emerge. Es el nacionalismo capitalista o reaccionario (también es el nacionalismo blanco).

El otro tipo de nacionalismo quiere liberarse de la explotación. Es la fuerza de cohesión de un país o grupo particular que le sirve para liberarse de un grupo o nación que lo oprime. En este país y en el mundo actual, llamamos a este, nacionalismo revolucionario. (Max Stanford, dirigente negro).²

Sin embargo otras referencias o filtraciones del discurso ajeno no son tan conscientes o estratégicas. Podemos hablar en este sentido del discurso de la guerra o de la violencia, así como del discurso de la liberación y de la consigna de unidad obrero-estudiantil, como elementos que circulaban en el espacio pluridiscursivo de la época y a los que el discurso del FEN no fue ajeno, sino que lo atraviesan. Por ejemplo, hablar de la violencia de las masas en términos de una respuesta a “la violencia subterránea, hipodérmica, del sistema”. Es decir, “el pueblo es receptor cotidiano de esa violencia disfrazada, disimulada, pero no por eso menos directa, y no tiene otra manera de responder si no es en

¹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

² Ibidem.

forma colectiva y con una desesperación casi animal, enfermiza, patológica, a los ojos de quienes no pueden reconocer la esencia violenta, de por sí, del sistema capitalista.”³

Conjugado con el tema de la violencia aparece el discurso liberacionista, bajo la certeza de que “la única vía para lograr la Liberación Nacional y social es oponer a la violencia del régimen, la violencia del pueblo.”⁴ Pero también se entrecruzan elementos guevaristas, con la idea del hombre nuevo, y de la revolución como camino para la “liberación total del hombre nuevo”⁵, en manos del estudiantado y los trabajadores juntos:

[El FEN] pretende rescatar la significación revolucionaria del pensamiento y la práctica del Comandante Che Guevara. Aspiramos a aplicar este pensamiento y esa práctica a la lucha del estudiantado revolucionario que, confluyendo con el pueblo en el enfrentamiento al enemigo común vaya abriendo la perspectiva de la liberación nacional.⁶

Ruth Amossy (2005) habla de dos niveles de la presencia de la alteridad en el discurso: la idea de dialogismo de Mijail Bajtín (1999), de interdiscurso de Michel Pêcheux (1990) y de memoria discursiva de Jean Jacques Courtine (1981) hacen referencia a algo constitutivo, inconsciente, inanalizable lingüísticamente, mientras que la idea de polifonía de Oswald Ducrot (1986) aparece como algo lingüísticamente aprehensible a través de marcas materiales en el discurso y hay un nivel de consciencia diferente.

Estas consideraciones dan lugar a dos concepciones de sujeto. Por un lado, a la idea de un sujeto que habla sin saberlo a través de las voces de otro, es un sujeto atrapado por la ideología que no escapa a las palabras de su época, de su formación discursiva. Por otro lado, a la noción de

³ Ibidem.

⁴ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

⁵ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

⁶ “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

un sujeto ligado a la imagen de un director de orquesta que pone en escena diferentes voces, de modo que hay un mayor grado de estrategia, decisión, dominio sobre el lenguaje. En este trabajo, como lo decíamos anteriormente, creemos que ambas instancias están presentes en el discurso del FEN; en otras palabras, que el sujeto FEN, por un lado, es permeable a los discursos de la época y de la historia, y, por otro lado, trae a la escena determinados elementos de la matriz peronista para legitimar sus argumentos, con mayor o menor grado de deliberación y estrategia. Es decir, el enunciador es una figura constituida histórica, política e ideológicamente, inserto en una formación discursiva, constreñido por tal inscripción, pero es también un sujeto capaz de decisión y de acción, que puede dislocar la estructura, configurar modos de ver el mundo, poner en escena determinados objetos, instalar temas y motivos, anclar sus argumentos en ciertos lugares, siempre en una relación de alteridad e incluso de antagonismo propios de la práctica política.

Es decir, el enunciador del discurso se posiciona como estudiante, como parte de la juventud, como parte de la clase media, pero también como parte del movimiento popular, como un sujeto en tránsito hacia la confluencia con el movimiento obrero: “nosotros desde la universidad debemos ligarnos a los sectores obreros que llevan adelante esta línea”⁷, “nos sentimos parte de las fuerzas antiimperialistas”⁸; y, ligado a la idea de un sujeto que decide, ubicando “nuestras luchas junto a la clase obrera”⁹, “los estudiantes debemos manifestar nuestro repudio a la dictadura”¹⁰.

Respecto a las formas en que ese sujeto se posiciona, decide o introduce las palabras del otro, o bien está permeado por las voces ajenas, y es atravesado por otros

7 “Sobre algunos problemas...”, Documento de la Comisión Directiva saliente, TAU, Buenos Aires, 1965.

8 “8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945”, FEN, Buenos Aires, 1967.

9 “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

10 “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Buenos Aires, sin fecha.

discursos, con mayor o menor grado de consciencia, Jacqueline Authier (1984) también habla de un vínculo entre dos tipos de heterogeneidad en el discurso: una constitutiva e inconsciente, y otra mostrada y explícita. Ésta última aparece como un intento del sujeto de dominar a la primera, de dominar la otredad, de mostrarse como dueño del lenguaje, subrayando o poniendo de manifiesto aquellos elementos que son heterogéneos, que son ajenos al propio discurso.

La polifonía puede ser mostrada, marcada, exhibida y explicitada, de manera que el enunciador trae a escena otras voces, citándolas o simulando un diálogo, y frente a las cuales toma distintas posiciones enunciativas, que remiten también a posturas ideológicas. Según Erving Goffman, el posicionamiento discursivo está ligado a posiciones sociales, es decir, las tramas sociales actúan todo el tiempo sobre los comportamientos discursivos. (Goffman, 1981)

Un ejemplo de ello es la introducción de una voz que el enunciador evoca escenificando un diálogo polémico en términos irónicos o refutativos, o teatralizando una escena como si se tratara de una obra, en general como estrategias para desacreditar al enemigo:

Hombre voluntarioso y activo (...) ya había cursado las correspondientes invitaciones a los centros estudiantiles de su provincia (...) Grande habrá sido su rabia porque él contaba principalmente, como cosa muy importante, con la participación de Económicas. Y seguramente tomó el teléfono de su despacho para retar a los oficiales porteños por no haberse llevado 'antes' a Hernán Pereyra (...) Y entonces el rector pensó que era mejor silenciar un tanto su show, quizás pensó que los muchachos reflexionarían y... Y nada. Nada con quien con sonrisas por un lado, encubre la violencia y las detenciones, y que por otro llama a participar...¹¹

¹¹ "Periódico del FEN...", FEN, Buenos Aires, 1970.

En tal caso, se representa una escena en forma irónica, en la que el rector de la Universidad de Mendoza, encargado de llevar adelante la iniciativa de la participación estudiantil dentro de los marcos impuestos por la dictadura, choca con una movilización estudiantil autónoma que rechaza los planes dictatoriales. En esta escena el enunciador presenta un posible diálogo, evoca los supuestos pensamientos de su enemigo, lo ubica en una situación incómoda, para terminar desacreditándolo. Lo hace a través de una operación consciente y deliberada.

En cambio, la idea de interdiscurso de Pêcheux se vincula con algo “exterior y anterior al discurso”, como algo preexistente, como las condiciones en las que ese discurso existe, que delimitan lo que se puede ver y decir. Se trata de un conjunto complejo de formaciones discursivas diferentes con las que el propio discurso convive, donde hay algunas que dominan, otras que se contraponen, es decir, hay dominación y contradicción. Más adelante el autor reelaborará estas ideas en un concepto de interdiscurso vinculado a un “conjunto de huellas materiales” que es posible visualizar en el discurso, es decir que es algo aprehensible, más allá de que sea preexistente. Dentro de esta perspectiva ubicamos nuestra investigación, en la idea de que existen determinadas marcas discursivas en la producción del FEN, a partir de las cuales es posible rastrear el proceso de peronización, pistas o vestigios de la estrategia de inscripción dentro del dispositivo peronista así como de discursos compartidos.

A partir de allí, precisamente, se introduce la noción de memoria discursiva de Courtine, por la cual los discursos se van reformulando, reapropiando históricamente, y se vinculan entre sí dentro de una “red” a través de ciertos nodos o tópicos.

En el caso del discurso en vías de peronización, podemos señalar la aparición de la idea de “pueblo”, más vinculada a la matriz nacional-popular, que comienza a reemplazar –si bien no totalmente– a la categoría de “proletariado”, e incluso a la noción de “clase”. Según Homi Bhabha (2002:

182), citado por Arnoux (2008: 69), la idea de pueblo no es un “simple hecho histórico o parte de un cuerpo político patriótico”, sino también “una compleja estrategia retórica de referencia social”, y son también “los sujetos de un proceso de significación”. En este caso, la referencia al pueblo aparece no sólo señalando un origen históricamente constituido en el pasado (el “pueblo peronista”, el “pueblo oprimido”), sino también como parte de la contemporaneidad, retomado, revalorizado en el presente como símbolo de lucha.

Pero además, en el discurso del FEN, la idea de pueblo no se vinculaba con el trabajo en villas ni en sindicatos, sino con la idea de “comunidad organizada” anclada en los barrios y en las “familias trabajadoras”. Sobre todo después de la unión con GH, cuando el FEN comenzó a llevar adelante un trabajo barrial, el rol de la organización fue focalizándose cada ven en el objetivo de preparar al pueblo para el regreso de Perón, organizando la “retaguardia” en los barrios para poder llevar adelante la revolución que encarnaba Perón y que sería realizada por el movimiento peronista.

En el Periódico del FEN encontramos algunos meta-colectivos singulares como, por ejemplo, las categorías de Nación, Patria, Pueblo, Estado. Ejemplo de ello son las siguientes frases: “¡Esto no es una Nación!”; “la Patria y la Cultura están en las calles, entre la gente, junto a las fábricas y no en los paraninfos cerrados al pueblo, divorciados de la problemática nacional”; “queremos construirnos como hombres junto a los que edifican realmente la Nación”; “queremos la Universidad del Pueblo en una Patria Liberada; “los intereses de los eficientes monopolios que manejan como títere al Estado “nacional”; “la ciencia y la técnica estarán al servicio del pueblo y no de su explotación”; “el movimiento estudiantil estaría sellado definitivamente junto al pueblo” y “¡Patria, sí! ¡Colonia, no!”¹²

¹² “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

La relación que construye el enunciador con estos metacolectivos podrían resumirse en dos cuestiones: por un lado hay un continuo entre Patria, Nación y Pueblo, con el que el enunciador se identifica. En este sentido el movimiento estudiantil intenta construir un colectivo con el Pueblo, que es quien construye la Nación, crear una verdadera Nación, que no sea una colonia, sino una nueva Patria liberada. Y por otro lado, la relación que construye con el Estado es de ajenidad: se trata de un Estado ajeno, títere de los monopolios extranjeros.

En otros documentos la categoría de Pueblo no se introduce como un metacolectivo singular, sino que se hace una operación de disgregación del mismo: aparece fuertemente unido “a sus sectores más destacados”, es decir, no todo el pueblo, sino el “peronismo combativo”. Y por último aparece un componente programático que contiene una promesa, que reside en que “la universidad popular” se logrará cuando ese pueblo “tome el poder”¹³.

Respecto a estas categorías, Marc Angenot (1998) introduce la noción de ideologema (en relación a los trabajos de Bajtín que utilizaban este concepto para los estudios literarios). Se trataría de aquellos temas, ideas consagradas por la tradición discursiva, topos, etc., que no aparecen en cualquier lugar o momento. El caso de la idea de “pueblo”, de lo popular, de lo nacional, se vincula con esta noción de un término o tema que emerge dentro de un “marco ideológico” que lo determina y lo construye.

Según el autor, el ideologema es una máxima que toma cuerpo en formas cristalizadas, cercanas al estereotipo, que no significa siempre lo mismo pero que constituye un lugar sobre el que se asienta recurrentemente un discurso, y que puede ser recontextualizado, resemantizado, etc. De manera que lo interesante reside en las variaciones y transformaciones discursivas de un enunciado cristalizado, de un

¹³ “Por la prosecución de nuestras luchas...”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969.

contexto a otro (Amossy, 2005: 70). “En un estado del discurso social, el ideograma no es monosémico o monovalente; es maleable, dialógico y polifónico. Su sentido y su aceptabilidad resultan de sus migraciones a través de las formaciones discursivas e ideológicas que se diferencian y se enfrentan. Se realiza en las innumerables descontextualizaciones y recontextualizaciones a las que se lo somete.” (Angenot, 1982: 894)

Analizando el discurso del FEN podemos hacer un rastreo por algunas categorías propias del registro marxista que aparecen en los primeros escritos. Es decir, hay un marco ideológico que determina la utilización de determinados conceptos. En el caso de los textos de TAU, aparecen términos como “proletariado”, “lucha de clases”, “conciencia de clase”, “enajenación”, “vanguardia”, “relaciones de producción capitalista”. También algunas categorías propias de la teoría gramsciana, como el concepto de “hegemonía”, o hablar de “superestructura cultural”. Y además concepciones propias de esa matriz marxista, que tiene que ver con una visualización del peronismo como “ideología burguesa”¹⁴. Pero también un elemento significativo, que es la visión del peronismo como “cómplice del imperialismo”, que ha pasado “de ser oposición al régimen a ser un miembro más de este régimen legalizado”.¹⁵

En un texto posterior, de 1968, aparece la noción de Revolución, ligada sobre todo a una idea guevarista de revolución, es decir, retoma “la significación revolucionaria del pensamiento del Che”. Y por otro lado, esta idea de revolución está asimismo ligada a la idea de unidad obrero-estudiantil “en el enfrentamiento al enemigo común”, en la lucha por la Liberación.¹⁶

¹⁴ “Declaración de Principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

¹⁵ “Sobre algunos problemas...”, Documento de la Comisión Directiva saliente, TAU, 1965.

¹⁶ “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

En otro texto del mismo año se utiliza la palabra “alienación”, típica del lenguaje marxista. Puede ser parte de un registro que aún no ha madurado en su expresión peronista sino que es parte de este proceso de peronización; sin embargo, debe considerarse también que es parte del lenguaje de una época, más allá del discurso del FEN, que es compartido por la mayoría de las organizaciones de la época, tanto como “sistema” o “liberación”. En el caso particular de este documento, se refiere a un momento que se presenta como oportunidad de los estudiantes de actuar, que “debe servir para repudiar todos los órdenes de la vida intelectual y cultural” impregnada por “el imperialismo”, por “la alienación que genera el sistema” y “la corrupción del arte y la ciencia”.¹⁷

Por otro lado, la designación del enemigo en términos de lucha entre proletariado y burguesía. Según Ernesto Goldar, la izquierda peronizada arrastra un bagaje de categorías, como la de burgués, que son desconocidas por las clases trabajadoras. El peronismo señala al enemigo con términos como “oligarquía” e “imperialismo”, no con la palabra “burguesía”. Estas categorías provienen del arsenal teórico de la izquierda no peronista, particularmente del marxismo. (Goldar, 1990: 36)

Es interesante la utilización del término “proletariado”¹⁸, que no corresponde al registro peronista sino que tiene que ver más con la vertiente marxista de la agrupación, y sin embargo, a pesar de esta utilización, el no reconocimiento de la experiencia de lucha de los obreros socialistas, comunistas y anarquistas, no sólo a principios del siglo XX, sino incluso después de la caída del peronismo. En este sentido, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider señalan con respecto a esos años, que se empezó a gestar un acercamiento entre los sectores obreros y los sectores de izquierda, y muchos antiguos militantes comunistas y socialistas,

¹⁷ “El significado del 1º de mayo”, MIM-FEN, Córdoba, 1968.

¹⁸ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

con una larga experiencia en las actividades clandestinas aportaron sus conocimientos de campo a los comandos de la resistencia y a las agrupaciones sindicales, sobre todo “el saber escuchar y atender” más allá de los prejuicios. (Pozzi y Schneider, 2000: 35)

La idea que prevalece en ese mismo documento es la de recuperar ese contenido de “gesta popular” del 17 de octubre, en el sentido de tomarlo como “bandera” o como símbolo para la práctica en el presente, “con el objetivo de enfrentar a la dictadura militar”. La violencia “del pueblo” aparece como única opción para enfrentar la violencia “del régimen”, y para “la conquista de un gobierno popular”, de una “Universidad abierta al pueblo” y una “cultura auténticamente nacional y popular”.¹⁹

Más adelante, un documento en el que se evalúa el significado del 17 de octubre, por un lado, valoriza el papel de la clase obrera “volcada a las calles para defender a Perón”, aunque en realidad utiliza el término “proletariado” para referirse a ella.²⁰ Es interesante esta nominación porque se trata de un texto de 1969, es decir, no de los primeros escritos del FEN, por lo cual la utilización de un término típicamente marxista puede entenderse como parte de un clima de discursos compartidos que circulaban en la época más que como un resabio de los orígenes marxistas de la agrupación. Pero más interesante aún es la evaluación que el documento realiza del 17 de octubre en relación con la noción de revolución. Allí afirma claramente: “evidentemente *no fue una revolución*, ya que el objetivo perseguido no era el derrocamiento del sistema”. Pero a continuación matiza esta afirmación: “pero la revolución no es un acto sino un proceso que comienza muchísimo antes de la toma del poder por los trabajadores”, de manera que ubica a ese 17 de octubre como el primer eslabón de ese proceso que

¹⁹ Ibidem.

²⁰ “Por un 17 combativo junto a los trabajadores argentinos”, FEN, Buenos Aires, 1969.

culminaría con la clase obrera en el poder, al sostener que “constituyó dentro del proceso revolucionario argentino un enorme paso adelante en lo que respecta a la asunción de la clase obrera de su propia conciencia”. El acento que ponemos en esta evaluación que realiza el enunciador acerca del 17 de octubre tiene que ver con el hecho de presentarlo no como una revolución en sí pero sí como primer escalón en el proceso revolucionario de la clase obrera. ¿Por qué decimos esto? Porque precisamente el FEN fue adoptando con los años una idea de revolución muy ligada a la recuperación de lo que el peronismo había hecho en el poder, luego de ese 17 de octubre. Una noción de “revolución hacia atrás”, que aparece sobre todo en el discurso oral, pero que comienza a vislumbrarse en el discurso escrito a partir de estos rastros discursivos: la valorización del 17 de octubre como paso inicial e importante dentro del proceso revolucionario, la valorización de la experiencia de lucha de la clase obrera, la definición de la misma como motor de la revolución. Precisamente en un texto del año anterior (Che, 1968) la clase obrera aparece como “motor de la revolución” y quien “garantiza el triunfo del pueblo”.

Por estas razones, el documento asume la definición del 17 de octubre como “una gesta popular de contenido netamente nacional y antiimperialista”, contenido que lo liga claramente a las nociones de revolución y de luchas de liberación, ese “17 combativo” que figura en el título.

Y para reforzar esta afirmación sostiene que desde ese acontecimiento, es decir, desde el 17 de octubre, “el peronismo es parte del polo popular”. Es decir que es este hecho el que le otorga al peronismo su carácter popular.

Esto se vincula con una revaloración de las gestas peronistas, con recordar a sus caídos, rememorar fechas significativas, glorificar a sus héroes.

Por ejemplo, aparece la operación discursiva de enumerar todas aquellas “gestas” del peronismo que lo sitúan dentro de la línea revolucionaria y aquellas “expresiones de lucha del peronismo”: “la Resistencia del 55 al 58”, “los

comités del 62 y 61”, el papel jugado en la caída de Frondizi y de Illia, la guerrilla de Uturuncos y Taco Ralo, los “mártires populares” como Vallese, Hilda Guerrero, los fusilados de José León Suárez, etc.

También cuando se valoriza a los muertos en las luchas “a quienes el pueblo siente tan suyos como al Che”. Sobre todo cuando se ubica a “todos los caídos” en esa lucha como parte de esa clase trabajadora: “los compañeros caídos son trabajadores”, los “trabajadores y estudiantes argentinos” a quienes se equipara con el Che.

El enunciador apela y se asienta en esa memoria presentándola como algo que no es ajeno, que es parte de la tradición de lucha y de heroicidad de quienes conforman un mismo colectivo de identificación: obreros y estudiantes.

Según Elizabeth Jelin, las memorias sociales se construyen a través de marcas materiales, inscripciones simbólicas y prácticas rituales, cuyo sentido es apropiado y resignificado por actores sociales diversos, según el contexto en el que desarrollan sus estrategias y proyectos. “Las operaciones del recuerdo y el olvido ocurren en un momento presente, pero con una temporalidad subjetiva que remite a acontecimientos y procesos del pasado, que a su vez cobran sentido en vinculación con un horizonte de futuro” (Jelin, 2002: 2). En tal sentido, las fechas conmemorativas son elementos que reflejan continuidades identitarias y de sentido, así como resignificaciones, rupturas o transformaciones de las conmemoraciones, y también la instalación de la lucha por la asignación del sentido a tales fechas.

Tal como lo afirma Arnoux, las operaciones de rememoración y conmemoración tienen como objetivo “traer el pasado al presente, recrearlo a través de las palabras” (Arnoux, 2008: 80). Así se instaura un discurso conmemorativo de los hechos sustanciales de la historia del movimiento nacional y popular, las proezas, las hazañas, los grandes logros del pueblo, e incluso la recreación de la lucha, de la escena de batalla, el recuerdo de los caídos, y la imagen de una tarea inconclusa, de un objetivo que no ha sido

cumplido y que por ende se proyecta hasta el presente, a un tiempo y lugar más amplio. “No se convoca cualquier pasado sino a aquel que puede vincularse con el combate presente, y además, esa convocatoria se hace desde posiciones sociales que luchan por imponer un sentido histórico a los procesos en marcha” (Arnoux, 2008: 77).

El 17 de octubre aparece como un eslabón dentro de ese proceso revolucionario, ya que si bien esos trabajadores “no pretendían derrocar el sistema”, por lo que se reitera la evaluación de que “aquel 17 de octubre no fue una revolución”, es de destacar que sí fue “la primera movilización política importante de la clase obrera *como clase*” y “un paso positivo en el avance hacia su toma de conciencia” en la que “selló a partir de entonces su unidad como clase”, por lo que se lo define como “gesta popular de contenido nacional y antiimperialista”.²¹

Según Altamirano, el 17 de octubre como “fecha histórica” atraviesa todo el discurso de la izquierda posterior a 1955. Es decir, su revalorización no es patrimonio exclusivo del FEN, sino que fue constantemente evocado por corrientes de izquierda no necesariamente peronista o pro-peronista, e incluso por fuera de las agrupaciones tradicionales como el PC y el PS, aunque su alusión sí estaba ligada –según el autor– a interpretaciones disidentes del “hecho peronista”. De alguna manera, la referencia al 17 de octubre por parte de sectores diversos tiene que ver con significados que “eran ya para entonces evidencias de un sentido común implantado [...] valores entendidos que bastaba evocar sintética y casi alusivamente para actualizar el sentido conexo a aquella fecha” (Altamirano, 2001: 75). El autor lo define como “el acontecimiento en que todo lo anterior hallaría su punto de precipitación” (Altamirano, 2001: 74) para hacer referencia al poder simbólico que encerraba su

²¹ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

simple designación, como eje articulador de un discurso que, en términos generales, tenía como objeto enunciar una comprensión verdadera del peronismo.

Es de notar que esta valorización del 17 de octubre como primer acontecimiento significativo en la historia de la clase obrera y como primer manifestación de su conciencia de clase, desvaloriza totalmente cualquier acontecimiento anterior o posterior al peronismo que no tuviera a los sectores obreros peronistas como protagonistas, es decir, no tiene en cuenta todas las movilizaciones anarquistas, socialistas o comunistas que también forman parte de la historia de clase obrera (sólo por mencionar, la Semana Trágica, la Patagonia Rebelde, etc.).

El 17 de octubre aparece como la “fecha a partir de la cual los trabajadores del país son tenidos en cuenta y nada puede definirse ya sin considerar su existencia”, es decir, el momento en que “irrumper las masas” y desde entonces no puede hacerse como si no existieran, porque cobran a partir de esa irrupción “existencia política”. Esto se relaciona no con un error histórico, como ellos mismos dicen, “no por jugar a historiadores”, sino más bien con el hecho de que en el discurso del FEN opera una asimilación de “clase obrera” y “peronismo” que desconoce toda otra connotación de la clase obrera que no tenga que ver con este movimiento. Y es así como se define al peronismo por “su base proletaria”, como “expresión política del movimiento popular”, como “polo popular de la contradicción con el imperialismo y la oligarquía” pero también como “el gran tabú para los estudiantes” contra el cual el FEN trata de luchar y “lograr comprender”.

El tema de traer el pasado al discurso propio, las voces de la memoria, también se vincula, en el caso de la construcción del discurso del FEN, con la idea de tiempo histórico que subyace en el discurso. Es decir, la idea misma de memoria discursiva de Courtine (1981) tiene que ver con un conjunto de saberes, dispositivos, matrices, modos de decir, de los cuales el sujeto se apropia o dentro de los cuales

se inscribe, y que remiten a temporalidades que superan el tiempo corto del acontecimiento discursivo y convocan a la larga duración o a una temporalidad larga.

Arnoux (2008: 17), citando a González Deluca (2005: 164), recuerda que “la razón histórica y el uso retórico del pasado como instrumento de persuasión política son práctica común (...) como principio legitimador de sus propuestas y como recurso para promover determinadas conductas colectivas”. En este contexto, la apelación al pasado, a una temporalidad larga que no ha culminado, le sirve al FEN para legitimarse discursivamente: la evocación de fechas importantes dentro del imaginario peronista, la inscripción dentro de un recorrido de luchas populares que se retrotraen a las guerras de independencia, bajo el lema de que “esta revolución es la continuación de aquélla”, el *ethos* militante, la recordación de los héroes del pasado, desde San Martín o Bolívar hasta los más recientes, como Valle o Pampillón, en un *continuum* histórico inconcluso, etc. “Felipe Varela, el Chacho, San Martín, Artigas, mentidos por una historia comprometida con la opresión, se reencuentran en las bocas de su pueblo.”²²

En un texto de 1973 se reconocen los logros del gobierno del FREJULI pero se considera que se trata de “reivindicaciones mínimas” y se afirma que “la lucha de dieciocho años no se agota” en ellas, “no tiene sobre sus espaldas 170 años de guerra para lograr *algunas* mejoras”, sino que esa lucha se resume en la consigna de la Resistencia: “retorno incondicional del General Perón a la Patria y al Poder”. Vemos que, por un lado, se establece un tiempo histórico en el que la lucha se remite a los 18 años de la Resistencia, y por otro lado, ese tiempo se prolonga hacia atrás, hasta las luchas por la independencia argentina. Esta operación es frecuente en los discursos de la época, en tanto se trata de la construcción de una línea de continuidad histórica, de una herencia del pasado recuperada

²² “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

en la figura de las nuevas generaciones incorporadas al movimiento peronista y encargados de continuar la lucha por la liberación nacional iniciada con el nacimiento de la Patria. Serían la reencarnación de los héroes de la historia (Tupac Amaru, Artigas, los caudillos montoneros, San Martín, Belgrano... y Perón, claro) en esta nueva versión del enfrentamiento entre la Patria y la Antipatria. Se trataba de una especie de “guerra eterna”. Un origen vinculado a los comienzos de la Nación misma en su lucha contra el imperialismo (español primero, inglés, norteamericano...) que es retomado, anulando el tiempo histórico, reeditando una y otra vez la batalla del pueblo contra el enemigo y el heroísmo de los combatientes.

De manera que si hay una idea de revolución, ésta está vinculada a una noción de “proceso”: guerra de liberación (iniciada en 1955)-toma del gobierno para liberar al país de los militares (11 de marzo de 1973)-toma del poder para liberar al país del imperialismo (25 de mayo de 1973)-proceso de reconstrucción (con el retorno de Perón al poder). Pero además, entendiendo este *continuum* como un *proceso* revolucionario, más adelante estos hechos aparecen como “situaciones que se suceden naturalmente” y todas como resultado de “la voluntad popular”. De manera que la revolución queda indisolublemente ligada a la voluntad popular y a un proceso que, según esta línea de pensamiento, no podría darse de otra manera, que se desencadena de forma “natural”, hechos que son “una consecuencia del otro”, una serie de batallas “ganadas por el Movimiento Peronista en el desarrollo de la Revolución Social Justicialista”. Se trata de “una ofensiva estratégica” que, dentro de este proceso revolucionario, tiende a “destruir las instituciones del sistema demo-liberal burgués capitalista” y a “construir las instituciones” que son el “germen de la nueva sociedad”.

La idea de revolución, tal como lo afirmábamos anteriormente, así como de liberación, de luchas populares, etc., aparecen como tópicos recurrentes en el discurso del

FEN que se pronuncia a través de las palabras de su época. Teniendo en cuenta aquello de lo que se habla, de lo que es posible discutir o expresarse en un determinado momento y lugar, aquellos discursos que circulan, aquellas consignas que se repiten o recurren en cierta época, Amossy habla de un espacio de lo plausible en términos aristotélicos, de una *doxa* que atraviesa al sujeto de enunciación, que establece ciertos límites acerca de lo que se puede decir. En tal sentido, la autora propone analizar elementos dóxicos, es decir, temas consagrados, topoi en los que se apoyan algunos discursos, ideas fijas. “Lo dóxico resulta consustancial al sentido de los enunciados (...) no son un componente retórico que viene a agregarse al componente semántico como si fuera un complemento no indispensable (...) Al mismo tiempo, la argumentabilidad de la lengua muestra que el locutor que quiere dar un punto de vista y llevar a una conclusión (...) siempre está atravesado por el discurso del Otro, el rumor público que subyace a sus enunciados”. (Amossy, 2005: 106)

Como toda palabra, el discurso del FEN está atravesado por otras voces, pasadas, presentes y futuras. De manera que la agrupación construye su identidad discursiva apelando a la memoria de la tradición peronista, aunque no está exenta de la utilización de ideologemas vinculados a su matriz de origen, ni a los ecos de su época. Por un lado, la idea de un discurso que está inserto en una red o “corriente de pensamiento”, en términos de contemporaneidad, que caracteriza a los años sesenta y setenta, en la que recurren tópicos como la violencia, la lucha armada, la revolución, la liberación nacional, de la que el FEN forma parte, con mayores o menores variantes, particularidades o desplazamientos. Se trata de un sujeto-FEN que habla las palabras de su época, de una determinada formación discursiva, y esto está ligado a la noción de interdiscurso de Pêcheux, es decir, como algo constitutivo e impensado. Y por otro lado, en términos de insertarse en una matriz histórica como es el peronismo, el FEN recurre, más o

menos inconscientemente a determinados tópicos, términos, acontecimientos, que le permiten legitimar su discurso y construir su identidad como peronistas, como es el caso de traer al propio discurso la gesta del 17 de octubre de 1945, la revalorización de la clase obrera, la utilización de la noción de pueblo, etc., que se vinculan a la idea de polifonía de Ducrot, y de memoria discursiva de Courtine, como una heterogeneidad no constitutiva (o no tanto) sino más bien “mostrada” en términos de Authier (1984). Es decir, el FEN va configurando su discurso mediante la conmemoración, la exaltación del *ethos* militante y la figura del héroe, la recuperación de un pasado de lucha, la inscripción de su relato dentro de un tiempo largo que establece una continuidad con las guerras de independencia, etc.

Juventudes, generación y estudiantado

Nuevas figuras: juventudes, generación y estudiantado

Teniendo en cuenta la amplia bibliografía existente sobre el imaginario juvenilista de los años sesenta, en este capítulo pretendemos explorar algunos *componentes contestatarios* ligados al clima de ideas de la época, y visualizar cómo el FEN se posiciona dentro de las categorías de *juventud* y del *estudiantado*, que aparecen en su discurso, considerando que esta agrupación reivindicó constantemente su carácter de tendencia estudiantil universitaria y su militancia juvenil.

Dentro de este bloque con espesor histórico que abarca los años sesenta y setenta el surgimiento del FEN tiene que ver también con el protagonismo de las juventudes y el estudiantado, ligados a la idea de cambiar la sociedad a partir de su irrupción dentro de un tiempo contestatario. Según Nicolás Casullo, aparecen nuevas figuras para esa conciencia colectiva, que operan también de manera mítica, como por ejemplo la idea de generación y de juventud (Casullo, 1999: 170).

Sin embargo, según Mónica Bartolucci (2006), aun cuando la edad de quienes protagonizaron estos años marcó las características de la nueva cultura, lo generacional no termina de explicarlo todo. Sino que sobre todo la cuestión parecía resolverse entre aquellos que habían logrado una comprensión de esa realidad nueva y entre aquellos que permanecían atados a un mundo de valores más tradicionales. Es decir, aparece una distinción entre aquellos capaces de romper con los convencionalismos sociales y aquellos

empeñados en conservarlos. Y esa ruptura estaba asociada precisamente a una “cultura de la contestación” que también menciona Casullo (1999: 179). No se trataba entonces de unirse simplemente por su condición de jóvenes, sino más bien por la afinidad frente a los problemas de la realidad de ese presente cambiante. Y a su vez, un punto importante de esta cultura y esta cosmovisión fue la sensibilidad social hacia los pobres, encontrando en ellos, los que no eran de su clase ni mantenían sus mismas costumbres, otro ojo desde donde mirar el mundo.

Precisamente respecto al FEN, por un lado aparece la dimensión generacional como algo muy fuerte y que de alguna manera los convocaba, pero, por otro, se destacaba la especificidad de un cierto sector de la juventud. Es decir, no los articulaba su mera condición de jóvenes, que aparecía como insuficiente para definir una identidad colectiva, sino que se trataba de un sector de la juventud que se proclamaba “comprometido” con las necesidades sociales, “involucrado” con el acontecer político del país. En este sentido resulta significativo un testimonio de una militante respecto a una idea de juventud ineludiblemente ligada a la militancia:

Y bueno, empiezo a militar con (...) porque medio era (...) muy difícil no militar en esa época (...) era como un paso necesario de la vida, era imposible no militar, no participar de ese proceso tan utópico, eufórico que era ya, que era posible todo ya, y bueno ahí me incorporé al FEN.¹

Cuando Casullo se refiere a estas nociones sostiene que “por primera vez, surge fuertemente la idea de generación, no ya de clase, ya no de Nación, sino de generación”. El autor afirma que aparece “de manera rotunda, colectiva, política, la idea de juventud, como una nueva subjetividad con sus razones, sus valores, sus sentidos históricos, con sus

¹ Testimonio de Catalina, recogido por Ángeles Anchou, durante el período abril 2005-julio 2006 (Anchou, 2007).

significados culturales” (Casullo, 1999: 170). En todo caso, para el autor, el “joven” no es ni burgués ni trabajador: “se asume como una figura que trata de deslindarse de la historia de sus padres, que no es el trabajador” y en tal sentido ubica a la juventud por encima de divisiones clasistas u otro tipo de consideraciones (culturales, sociales, geográficas, etc.) (Casullo, 1999: 170). Si bien acordamos con el autor en la fuerza de estas cuestiones generacionales, creemos que es necesario trazar diferencias entre una juventud con acceso a la educación superior, fuertemente ligada a la militancia universitaria, y una juventud trabajadora, que parecía circular por otros carriles. Además, habría que matizar esta idea de novedad y de irrupción primera, teniendo en cuenta toda una tradición vinculada a la noción de juventud y a la teoría de las generaciones que se remonta al movimiento de la reforma universitaria en América Latina en las primeras décadas del siglo XX.

Silvia Sigal sostiene que si bien en un momento de auge de esta perspectiva centrada en la idea de generación el acento estaba puesto en la equivalencia casi automática entre juventud y cambio social, más tarde la reflexión dentro del campo intelectual pasó a estar dominada por los términos de clase o de nación. Efectivamente, en los años cincuenta y sesenta la noción misma de juventud comenzó a ser objeto de polémica:

Cuando David Viñas admite que la ‘generación del 45’ se había equivocado, Arturo Jauretche le responde ‘¿desde cuándo los estudiantes son la generación del 45? También eran generación del 45 los jóvenes peones, los jóvenes empleados, los jóvenes seminaristas y los jóvenes cadetes. Y *esa* generación del 45 no se equivocó, estuvo en su posición. El que estuvo en la posición equivocada fue el fubismo de los universitarios. (Sigal, 2002: 54)

Es decir, también eran jóvenes los trabajadores, los obreros, etc., y no sólo un segmento de clase media universitaria. Sin embargo compartían otros valores y creencias,

a pesar de tener una pertenencia generacional en términos de edad, y no se consideraban parte de “la juventud”. Lo que se critica es la posición ideológica de aquella juventud universitaria de tradición antiperonista que estuvo en “el lugar equivocado”, y que durante los años sesenta se acercó al movimiento popular.

El FEN postula esa distinción entre esa “juventud maravillosa” ligada al movimiento estudiantil, los sectores medios el quehacer intelectual y profesional, y por otro lado, la juventud trabajadora.

De manera que los militantes del FEN se ubican dentro del estrato de los jóvenes como segmento generacional, pero a su vez se sitúan como parte de una juventud ligada al movimiento estudiantil, una juventud universitaria, caracterizada por el acceso a la educación superior, por un vínculo con la intelectualidad y a la vida académica, distinta en términos de lejanía y de extrañeza con respecto a la juventud trabajadora que a su vez reivindican como “real”.

Es decir, si bien entienden que son parte de la “juventud” como segmento etario, también ponen de manifiesto las dificultades de tomar a la juventud sólo en tal sentido, es decir, de considerar a los jóvenes como un todo en el cual entran todos aquellos individuos que pertenecen a una misma franja generacional, sin tomar en cuenta otras cuestiones vinculadas a vivencias, ámbitos de acción, etc. Por estos motivos preferimos hablar de *juventudes*.

En tal sentido, en su discurso introducen esta distinción entre juventud universitaria y juventud trabajadora, al punto que cuando hablan de juventud aluden específicamente sólo a un sector de la misma, que consideran “mayoría” y que pertenece a los sectores populares, trabajadores, que circulan por los carriles de la “realidad”, de la resistencia. En cambio, para hacer referencia a ese otro sector de la juventud que es la juventud universitaria de clase media, prefieren hablar de “estudiantado”.

Teniendo en cuenta estas diferenciaciones, vemos que el concepto de juventud es ciertamente impreciso, esquivo, ambiguo. La naturaleza misma de la condición de joven se altera en cada sector social, por las profundas diferencias en la distribución de recursos que provienen de las desigualdades económicas, sociales, étnicas, migratorias, etc. (Margulis y Urresti, 2000). Son numerosos los autores que señalan la polisemia de la noción de *juventud* como categoría social, en tanto que las personas que etariamente podrían considerarse jóvenes no constituyen un grupo homogéneo, no comparten los modos de inserción en la estructura social y sus esquemas de representación configuran campos de acción diferenciados y desiguales.

Es que precisamente, tal como lo indican numerosos autores, entre ellos también Klaus Allerbeck y Leopold Rosenmayr, cuando se habla de *juventud* suele aludirse a un determinado grupo de edad. Pero las dificultades surgen cuando se intenta indicar de manera más precisa, general y válida lo que realmente significa *joven* y *juventud*, porque resulta que las edades, y sobre todo la cronológica, no se prestan para una determinación universalmente válida de los límites de la *juventud*. Los autores creen que esto es así porque el uso de estas palabras comunica más que sólo ciertas edades medidas en años. (Allerbeck y Rosenmayr, 1979: 20)

A diferencia de Casullo, que habla de la preponderancia de la idea de juventud por encima de cuestiones clasistas, podemos percibir que en el discurso del FEN, si bien la idea de juventud aparece con fuerza, no se borran, sin embargo, las procedencias de clase y que a su vez estos orígenes están ligados a cuestiones de pertenencia ideológica y política: juventud trabajadora peronista/juventud universitaria de clase media históricamente antiperonista. La primera actúa en el escenario de la Resistencia y la lucha en las calles, mientras que la segunda tiene como ámbito de acción la universidad. Para Sigal “la juventud es un ejemplo, entre otros, de la movilización de jóvenes pertenecientes a los

sectores ‘intelectuales’ de la burguesía, que desde siempre hablaron en nombre del pueblo y que en los años sesenta iniciaron acciones revolucionarias guiados por un voluntarismo socialmente indeterminado” (2003: 146). Bartolucci (2006) habla de estos últimos en términos de “sectores juveniles de clase media ilustrada”, entendiéndolos como aquellos que participaron del triunfante imaginario de la “vida moderna” a través del consumo de nuevas tecnologías y de los nuevos medios de comunicación e industrias culturales durante los años del gobierno de Onganía. Y por otra parte, respecto a su emergencia como sujeto, sostiene que *la juventud* –como categoría social indiferenciada y policlasista– fue durante esos años objeto de estudio privilegiado de autores provenientes de diversos campos de análisis. Los escritos políticos, psicológicos, sociológicos y religiosos los integró inmediatamente a sus preocupaciones adjudicándoles desde características culturales específicas hasta responsabilidades históricas frente al mundo que debían cambiar.² Sin embargo, desde la visión de esta autora, con la cual concordamos, persiste la distinción entre ambas juventudes, la trabajadora y la universitaria, la percepción de los segundos como jóvenes que rechazaban la sociedad de sus mayores y deseaban que la universidad no fuera más el bastión del conservadorismo, sino el foco de un radicalismo revolucionario.

Y de allí, en este caso concreto, los matices y heterogeneidades dentro de esa “juventud de los años sesenta”. En la misma perspectiva que aquí sostenemos, Pierre Bourdieu habla de la juventud como una categoría construida socialmente y ligada a factores de lucha y de poder propias de cada campo, que hacen que no se la pueda tomar como un segmento homogéneo y que el recorte generacional dependa de cada ámbito de acción. De modo que, según él, para

² Bartolucci se refiere a textos como el de Ochoa Campos (1973), Palenque Carreras (1970 y 1967) y Thenon (1961)

saber cómo se definen las generaciones “hay que conocer las leyes de ese campo, las apuestas de la lucha y cuáles son las divisiones que crea esa lucha” (Bourdieu, 1984: 164).

De manera que coincidimos con el autor en que hay que tener en cuenta estas diferencias entre diversas juventudes, o al menos entre las dos juventudes: la del estudiante burgués y la del joven obrero que ni siquiera tuvo adolescencia, más un abanico de configuraciones intermedias entre ambos extremos, considerando que es un abuso tremendo del lenguaje colocar bajo el mismo concepto universos sociales que no tienen casi nada en común, lo que hace difícil que se pueda hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido.

Precisamente, romper con la institución universitaria como instrumento de reproducción, sistema de privilegios y elemento de manipulación de las aspiraciones sociales forma parte de la denuncia del FEN y de los sectores que preconizaban una universidad para el pueblo y de postular el rol del estudiante como sujeto activo y comprometido con las luchas populares.

De manera que la cuestión de la reproducción o no de determinados círculos, expectativas, etc., tiene que ver con la distinción entre juventud burguesa o de clase media y juventud trabajadora, y con las dificultades de universalización del concepto de juventud, pero también con determinados procesos sociales vinculados a la socialización y a los mecanismos activos puestos en práctica por parte de los sujetos para modificar esa sociedad en la cual está inserto.

En cuanto a la primera cuestión (las heterogeneidades dentro de la juventud), en la sociedad actual no encontramos una figura idéntica de la juventud en todos sus estratos. Aquí una vez más Allerbeck y Rosenmayr hablan de “juventud extendida”, desde el punto de vista cultural, en el caso de las clases superiores, y, en contrapartida, de “juventud abreviada” en el caso de los jóvenes proletarios. Es decir que de manera coincidente con lo que señalaba Bourdieu, si bien ha habido en la mayoría de las sociedades industriales

una cierta ampliación del período de la juventud, persisten diferencias bastante drásticas entre las capas sociales en lo que se refiere a la existencia de una fase juvenil (Allerbeck y Rosenmayr, 1979: 26). O sea que subsisten las cuestiones de clase que complejizan los modos de categorizar a la juventud y tornan problemático un concepto universalmente válido para nombrarla, así como un criterio único para definirla, introduciendo matices que tienen que ver con procesos, campos, vivencias, experiencias de los sujetos con sus trayectorias y procedencias sociales. Cuestiones que en el discurso del FEN son puestas de manifiesto a la hora de “ubicarse” con todo ese bagaje (de pertenencias sociales, de orígenes familiares, de hábitos de consumo, opciones educativas, etc.) dentro de la *juventud*.

En cuanto a lo segundo (los procesos de socialización y las posibilidades de cambio), la sociedad trata de formar a sus nuevos miembros de modo que se le incorporen sin problemas, con las implicancias que eso tiene respecto al lugar social en el que se ubican y las consecuentes limitaciones respecto a las opciones de esos jóvenes y a sus horizontes de expectativas. Pero a su vez, la juventud que entra en la sociedad trata de reformarla de acuerdo con sus ideas, es decir, no sólo tratará de incorporarse con la menor fricción posible al mundo tal como lo encuentra, sino que además tratará de cambiarlo (Allerbeck y Rosenmayr, 1979: 17). Y esto tiene que ver con una nueva cosmovisión, una nueva manera de mirar el mundo y la realidad política que no implica necesariamente una lucha con el mundo adulto, sino contra los sistemas e instituciones que el mundo adulto pretende conservar inmutable. En este sentido, Bartolucci señala que muchos autores de la época definían a la juventud de los años sesenta como los poseedores de un “don”, la posibilidad de cambiar el mundo, de jugar y cambiar su papel en el escenario de su existencia, posibilidades que en el contexto analizado se vieron acrecentadas. En efecto, las potencialidades de transformación social parecían infinitas

y, en el caso del discurso militante del FEN, se vinculan con la idea de una universidad ligada al pueblo, con la reivindicación de las luchas populares.

Respecto a los años sesenta y en cuanto a estas posibilidades de cambio y transformación, de comportamientos críticos y contestatarios, los autores señalan que después de 1968, ligado a los acontecimientos internacionales y el clima de contestación de la época, ambas juventudes –los universitarios y la juventud no académica– comienzan a asemejarse. La aspiración de los jóvenes a un cambio de las condiciones políticas y sociales era mucho más intensa, así como su predisposición a participar en actos de protesta de toda índole; y en cambio se agudizan las diferencias entre generaciones. Esto nos acerca a la idea de una “juventud” que irrumpe como sujeto indiferenciado que señalaba Casullo. De todas maneras creemos, con los autores, que este acercamiento entre ambas juventudes no significa la unificación de ambos universos, sino que simplemente implica algunos corrimientos y una acentuación de las diferencias generacionales que serían más marcadas en las clases media y superior (Allerbeck y Rosenmayr, 1979: 139).

Respecto a este cambio o quiebre que se dio a partir de fines de la década del 60, María Mancuso (2007) señala que precisamente en este período el marco internacional fue muy gravitante sobre la juventud, y más concretamente sobre la juventud universitaria ligada al movimiento estudiantil. Algunos de los hitos que pueden mencionarse en tal sentido estuvieron ligados a una serie de reivindicaciones vinculadas a una mayor participación estudiantil en los gobiernos académicos y una modernización de las estructuras universitarias; pero además muchas luchas trascendían el ámbito estudiantil, como las luchas raciales norteamericanas o el Mayo Francés, sumadas a episodios con un alto grado de violencia que se dieron en Brasil, México y Uruguay; además de procesos como la guerra de Vietnam o las luchas de descolonización, que destacan la violencia, la opresión, y la necesidad de transformación social. Todo ello

influyó en los estudiantes argentinos en esos años, que se caracterizaron por la dura represión estatal y por grandes revueltas obrero estudiantiles, y llevaron a que los debates dentro del movimiento estudiantil comenzaran a centrarse cada vez más en la cuestión revolucionaria.

La idea de hacer este recorrido conceptual no tiene como objetivo traer a escena un debate teórico ni un exhaustivo análisis de los distintos posicionamientos, sino simplemente poner de manifiesto algunas características del imaginario de la juventud, específicamente su irrupción como figura en los años sesenta, vinculada sobre todo al énfasis en aspectos generacionales, en el caso de autores como Casullo, y a un clima mundial de movilización y radicalización de *las juventudes*, como destaca Mancuso. Pero también la visualización de marcadas contradicciones vinculadas a cuestiones de clase, como en el caso de Bartolucci y Bourdieu, que se engarzan con elementos de índole cultural, ideológica, familiar, etc.; y, por otro lado, la percepción de ciertos acercamientos en base al componente etario que no alcanzan a borrar diferencias sociales, en el caso de Allerbeck y Rosenmayr.

La percepción de juventud como espacio heterogéneo y contradictorio es la que más acentuadamente se plasma en el discurso del FEN, en base a una distinción entre juventud trabajadora y juventud universitaria que, en cierta medida, aparece como una distancia que se condena, como algo vergonzante, como algo que es necesario revertir, y que se vincula a una especie de error histórico de los jóvenes de clase media de haber andado otros caminos y la necesidad de acercarse a los carriles de la “realidad” por los que transita la juventud trabajadora y la clase obrera en general. Lo interesante de la posición del FEN es, precisamente, que más allá de determinada dimensión generacional y de un imaginario de cambio social que impregna la idea de juventud, existen componentes de clase insoslayables a la hora de definirse a sí mismos como jóvenes.

Estudiantes, estudiantado y movimiento estudiantil

Respecto a la categoría de *estudiantado* también algunos autores señalan la dificultad de abarcar con ella un medio tan heterogéneo y de hablar de la “condición de estudiante” como algo unificado, homogéneo e integrado. Aunque, sin duda, ciertos elementos aglutinadores se ponen en juego a la hora de situarse socialmente como parte de un grupo. Por ejemplo, los estudiantes pueden tener en común prácticas, como es el caso del cursado de materias, sin que se pueda por eso concluir que comparten una experiencia idéntica y sobre todo, colectiva (Bourdieu y Passeron, 2006: 27-28). Y por otro lado, no es el espacio común donde se llevan adelante esas prácticas lo que le confiere a los estudiantes su carácter de grupo, ni la mera coexistencia en el espacio, sino el uso de ese espacio, regulado, ritmado, con sentido, etc. Bourdieu se pregunta si el solo hecho de adecuarse a las mismas reglas de derecho universitario, de estar sujeto a las mismas formalidades administrativas, de experimentar juntos la falta de espacio, sufrir las esperas, las exigencias del mismo programa, etc., alcanzarán como criterios para definir a un grupo entero y a una condición profesional. Y al respecto sostiene que un grupo que está en perpetua renovación, cuyos miembros difieren tanto por su pasado social como por su futuro profesional y que, al menos en su presente como estudiantes, no viven como una “profesión” o un “trabajo” la preparación para la profesión, es muy posible que se defina a sí mismo más por la significación y la función simbólica que le confiere a su propia práctica que por la unidad o la cohesión que puedan lograr en el ejercicio de la misma (Bourdieu y Passeron, 2006: 49).

Por otra parte, el autor sostiene que estos componentes simbólicos, si bien no resultan suficientes como para definir la condición de estudiante, sí resultan necesarios para los sujetos en tanto les permite reconocerse y situarse socialmente. Se trata sobre todo de actos, comportamientos, hábitos, por medio de los cuales el estudiante muestra ante

los demás y ante sí mismo su *status*, sobre todo porque se encuentra en una condición transitoria y preparatoria, un proyecto de lo que será en el futuro: aspirantes a intelectuales, con un trabajo o profesión indeterminada, con una relación conflictiva con un futuro que es incierto e incluso ficticio, porque resulta impalpable, creándose a sí mismos como productores y reproductores) de cultura (Bourdieu y Passeron, 2006: 86).

En los primeros escritos que podemos encontrar de las agrupaciones LIM-TAU, cuando aún estaban en proceso de transformación hacia el FEN, aparece una caracterización del estudiantado que lo define como un sector social con cierta indeterminación o con un *status* especial: parte de la cultura dominante pero no a su servicio, parte de la intelectualidad como aspirantes a intelectuales que son, con cierta independencia del sistema capitalista en tanto no son trabajadores al servicio de la producción, etc.

El estudiantado constituye un sector particular dentro de la sociedad capitalista, pues está encajado dentro de las instituciones que constituye la superestructura cultural del régimen, la que forma los profesionales liberales que el sistema requiere, sus técnicos e investigadores, los cultores de la “*intelligentzia*” burguesa en todos los terrenos. Les corresponde lo mismo y durante el período que son estudiantes, un *status* especial: están sí, dentro de la intelectualidad del sistema, pero sin estar directamente a su servicio como modo de subsistencia. Es por ello que tiene una doble forma de desapego a la clase de la que proviene. Primero por ser un intelectual, delante del cual desfilan todas las concepciones del mundo y la crítica, y segundo, por no soportar en forma directa la presión de la objetividad que engendra la mentalidad del “*tendero*”, es decir, la concepción pequeñoburguesa del mundo (...) Su independencia (mientras es estudiante) de las relaciones de producción del régimen capitalista, le confiere dentro de la intelectualidad, paralelamente, un notable grado de independencia política...³

³ “Declaración de Principios de TAU”. Buenos Aires: TAU, 1965, p. 6.

Aparece una distinción, que ya habíamos señalado, entre el *estudiantado* como categoría social más amplia vinculada a todos aquellos que atraviesan la experiencia de “pasar por la universidad”, y el *movimiento estudiantil*, que es aquel segmento del estudiantado vinculado a una activa participación y militancia ligada a cuestiones académicas, pero también, en el caso concreto del FEN, que exceden ese marco de lo meramente reivindicativo para dar paso a una mayor politización (Sarlo, 2007: 87-91), es decir, a una acción que es inescindible de la política y la realidad nacional, y que, en el marco epocal en el que estamos centrados está ineludiblemente ligada a la cuestión del peronismo. De esta manera, el *estudiantado* aparece como aquel sector al que se dirige el discurso, integrado por aquellos que aún no se han sumado a la lucha, o bien, que aún no han sido capaces de comprender al movimiento obrero y a su forma de expresión, el peronismo. Se trata, de este modo, de ejercer una función de persuasión, hacia el estudiantado indiferente o que se mantiene fuera del juego de la militancia estudiantil, o alejado del compromiso con la lucha popular, mientras que, por otro lado, quienes enuncian el discurso se ubican como parte del movimiento estudiantil “en proceso de nacionalización”, “comprometido con las luchas populares”.

Esto condice con la distinción entre los *estudiantes universitarios* como grupo social, en el sentido de aquellos que poseen acreditaciones para pasar por el proceso social del conocimiento enmarcado y organizado por la institución universitaria, de lo que es el *movimiento estudiantil*. Según Miguel Talento (2007), éste supone una lógica de “movimiento social”, un grado de identificación con determinados objetivos, una lectura de la realidad y una concepción común de la sociedad y la institución específica de la universidad, y un marco mínimo de reivindicaciones, además de trabajar para tornar “crítica” y no meramente natural una práctica cotidiana, en sentido gramsciano.

La existencia de reivindicaciones de elementos que afectan a su condición de estudiantes universitarios, producto de la lectura que realizan éstos en el marco específico de la institución y la construcción de una identidad, son centrales para que se constituyan como movimiento estudiantil universitario. Se asume esa identidad con relación a la situación social o institucional en la que se encuentra y, a partir de ahí, sobreviene la generación de una acción colectiva como sentido para corregir, modificar o transformar una realidad que aparece a los ojos de ese actor como una entidad negativa a sus intereses.

Aparece en esta instancia y vinculada al tema de la distinción entre reivindicaciones puramente académicas y la política nacional, la polémica, dentro del movimiento estudiantil, entre los sectores que pretendían mantener el debate en el plano reivindicativo y en el ámbito académico y los sectores que planteaban que debía politizarse el debate, salir de esa isla y vincular estas cuestiones universitarias, que eran sentidas de cerca por los estudiantes, con la realidad política de ese momento en la Argentina.

En los primeros documentos de la agrupación se ve reflejada la idea de cómo combinar los agrupamientos reformistas con aquellos que no se movían por esta lógica, y sumar así la reforma universitaria a la lucha popular, desarrollando una estrategia donde el estudiantado no se movilizara solamente por reivindicaciones sectoriales sino por la situación general, y resultara en una aproximación de acción nacional. En un principio, se trataba de ir a buscar ese encuentro, desde una posición que aún era una cuestión vinculada a lo que los mismos protagonistas denominaban nacionalización, y no una pertenencia. En esta línea, la nacionalización implicaba la comprensión del peronismo y de su trayectoria de lucha:

Es un deber de los estudiantes argentinos analizar el proceso histórico de lucha de nuestro Pueblo y así interpretar el cúmulo de sus necesidades, sentimientos y grado de

conciencia real para integrarnos a dicho proceso en la perspectiva de apuntalar las actuales y futuras luchas por la Liberación Nacional y Social de nuestra patria.⁴

La categoría de *movimiento estudiantil* permite, por una parte, dar cuenta de un conjunto de intereses compartidos, ligados a la lucha por ciertas reivindicaciones universitarias, y también a aquellos sectores que consideran que esa lucha puede exceder el marco de la institución en la que surgen, en un proceso de creciente politización y ligazón con las luchas de otros sectores de la sociedad, como es el caso del FEN. Y, por otra parte, encierra heterogeneidades en tanto comprende diferentes corrientes ideológicas, estrategias, luchas de poder, etc.

Esta diversidad tiene que ver también con trayectorias, experiencias, orígenes sociales, etc. De ahí la relevancia, en este sentido, de las consideraciones de clase en este campo, tal como lo mencionábamos respecto a la juventud. Tomando en consideración los orígenes sociales, el FEN siempre distinguió al estudiantado como un sector social proveniente, en su mayoría, de las clases medias y ligadas a una ideología antiperonista. Pero también es permanente en su discurso la prédica por una autocrítica respecto a posiciones albergadas en el pasado, por un abandono del antiperonismo, y un reencuentro con el movimiento obrero peronista.

Es fundamental analizar la situación objetiva del *estudiantado*, como sector social que, al igual que todos los sectores afectados por el proceso de monopolización, se halla en crisis. El paulatino empobrecimiento de la *clase media*, de donde provienen la mayoría de los estudiantes, contribuye a esa situación. Pero lo que interesa recalcar aquí, en lo que atañe al *encuentro del movimiento estudiantil con el movimiento obrero y popular*, es la

4 “Por un 17 combativo...”. Buenos Aires: FEN, 1969.

superación de los límites del reformismo en lo que hace a un aspecto esencial para los trabajadores argentinos: el peronismo.⁵ [Las cursivas son nuestras]

Incorporar aquí estas conceptualizaciones teóricas en torno a la noción de *estudiantado* nos ha permitido destacar algunas características que están presentes en las reflexiones de los autores, y que a su vez aparecen en el discurso del FEN. El *estudiantado*, es entendido así no como un colectivo homogéneo sino como una heterogeneidad de procedencias de clase, de posiciones ideológicas, de grados de compromiso social, de intervención política. Pero también aparece una necesidad de construir una *identidad* en tanto *estudiantes* tomando ciertos elementos simbólicos, como una experiencia común, prácticas y vivencias compartidas, etc. Y, por otra parte, se presenta como parcialmente ligado al sistema dominante, lo cual le otorga cierta autonomía de conciencia, le abre posibilidades de transformación social, de incorporarse a un proceso de movilización y politización creciente excediendo su mera posición de *estudiantes* para ser parte de un *movimiento*.

El discurso del FEN hace hincapié en ello, en la idea de formar parte de un colectivo más amplio, ligado a las luchas populares. De manera que prevalece en el discurso la función persuasiva, y la argumentación gira en torno a tres cuestiones: pasar de una actitud pasiva a la movilización, de pasar de lo meramente reivindicativo a una lucha más vasta, nacional y popular, y pasar de posiciones reformistas o ultraizquierdistas a lograr un *frente nacional*, que es la línea que impulsa el FEN. De algún modo el discurso apuntaba a acercar a los distintos sectores del *estudiantado*, así como también a las dos juventudes, incorporando a todos a la luchas del pueblo.

⁵ "Periódico del FEN..." FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 6.

En definitiva, intentaba aglutinar, homogeneizar, sumar voluntades a la propia causa, lograr la confluencia de los distintos sectores dentro del estudiantado y de las distintas corrientes dentro del movimiento estudiantil, convergiendo hacia el movimiento obrero, para formar parte de él.

El FEN *como tendencia estudiantil* se plantea la confluencia efectiva de los estudiantes a esas luchas. Esta confluencia deviene de la toma de posición *del estudiantado que, como parte del pueblo*, enfrentan a los enemigos que avasallan nuestra economía, nuestra soberanía política y nuestra cultura. [Las cursivas son nuestras]⁶

Sin embargo, esta cuestión de la homogeneización dentro del movimiento estudiantil y de la convergencia con el movimiento obrero es retomada, desde otra perspectiva, por Pablo Bonavena (1998). El autor critica no sólo a las teorías que intentan una aproximación abstracta al movimiento estudiantil, sino también a aquellas agrupaciones que basaron sus estrategias de acción en el mismo proceso idealista de acercamiento al movimiento obrero como un objeto abstracto, al movimiento obrero ideal, construido “a la medida de las fantasías populistas del movimiento estudiantil”, en términos del FEN. Es decir que el autor critica, por un lado, la esencialización (en el sentido de abstracción, de cosificación) del movimiento estudiantil, que al captarlo como esencia lo pierde, justamente, como “movimiento real”, y por otro lado, la homologación entre movimiento estudiantil y movimiento obrero en base a su tratamiento como objetos abstractos, conceptuales, esto es, como “esencias” que sufren idénticas metamorfosis. De allí que la unidad obrero-estudiantil sea apriorísticamente considerada como una necesidad abstracta y no como resultado del trabajo humano subjetivo.

⁶ “A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba”. Córdoba: FEN, 1968.

El FEN, precisamente, concebía el proceso de acercamiento al movimiento obrero como un tránsito que se vincula con lo que los actores postulan como la necesidad de cuestionar esa mirada europeísta típica de la universidad y la intelectualidad, que había llevado a la incompreensión de la especificidad del peronismo. Es aquí donde los protagonistas relatan que empezó a tomar forma el acercamiento al peronismo porque “nosotros no llegábamos”, porque “nosotros veníamos de un lenguaje de izquierda nacional, si querés universitaria o marxista, Gramsci, qué se yo (...) y veíamos que el movimiento universitario en sí mismo se agotaba y no tenía buen destino, que había que anclarse en la gente”⁷. En otras palabras, porque, según su autocrítica, en nombre de un proletariado platónico y abstracto, el de los libros de Marx, los intelectuales de la izquierda argentina habían sido incapaces de reconocer al proletariado real, “un proletariado grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo”⁸.

Sobre todo, lo que los actores manifiestan es que ingresar sin escalas y de golpe en el peronismo era hacer elitismo, porque el estudiantado todavía no quería vincularse con este movimiento sino que persistía cierta idea de venir a salvar al pueblo, llegar para suplir esa falta de conciencia de la clase obrera. Pero este supuesto fue cambiando gradualmente y en gran parte la posición del FEN era la que alentaba esta posición crítica respecto a no tratar de “cambiarle la cabeza a la clase obrera” y de cierta humildad respecto a ese “dejarse transformar”. En este sentido, la agrupación explicitaba una posición de movimiento de masas de “acompañamiento” del peronismo, de priorizar esta opción por encima de proyecciones vanguardistas, de destacar la especificidad de su origen universitario posicionando la lucha estudiantil como parte de la lucha nacional, etc.

⁷ Testimonio de Catalina, entrevistada por Anchou (2007: 45)

⁸ Se trata de una frase de Ernesto Sábato. Citado en Altamirano (1997: 9)

La ubicación que dimos a la lucha universitaria como parte de las luchas y reivindicaciones populares [...] Unirnos con los trabajadores se convirtió en un imperativo.⁹

Emerge hoy un estudiantado que cobra conciencia cada vez más profunda de su condición de pueblo.¹⁰

En 1971, ya logrado el contacto con Perón en el exilio a través de uno de sus líderes, el FEN-MBP adquiría preponderancia como fuerza política para entrar finalmente al peronismo, a partir de la OUTG y tomando distancia de la Tendencia Revolucionaria (cada vez más hegemonizada por Montoneros). Hasta aquí llega su vida como tal, licuándose luego en lo que constituyó el Trasvasamiento.

Sin duda estos procesos están atravesados por lo que Mario Toer caracteriza como el “drama del movimiento estudiantil”, es decir, el hecho de imaginar un proyecto de universidad y de país que le dé un lugar al movimiento obrero mayoritariamente peronista, y a su vez las limitaciones históricas que no posibilitan esa convergencia, y que sobre todo en la década del sesenta se traducen en la reticencia de la clase obrera a ubicarse en los términos imaginados por el movimiento estudiantil (1988). Sin embargo, creemos que, de alguna manera, el proyecto del FEN se presentó como un intento de superación de este “drama”, en el sentido de no ir en busca de un movimiento obrero a la medida de la imaginación del movimiento estudiantil, sino, en sus palabras, “aceptarlo tal como era”.

Creemos que el discurso del FEN se construyó en torno a la identidad militante, por lo cual exaltó la figura del joven militante, del estudiante comprometido, así como la ubicación de las luchas universitarias dentro de las luchas populares. También se configuró en torno a un carácter altamente polémico y crítico respecto al sistema político en general y universitario en particular, en un marco

⁹ “Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente”. Córdoba. 1970.

¹⁰ “Periódico del FEN...”, Nº 1. Buenos Aires: FEN, 1970.

contestatario, e inscribió ese discurso dentro de un clima de época caracterizado por la idea de cambio revolucionario y las posibilidades de transformación de una sociedad injusta.

Sociedad, violencia y liberación nacional

La concepción de sociedad y el lugar de la violencia

En los discursos del FEN aparece una visión de la sociedad como espacio polarizado, como lugar del antagonismo. Teniendo en cuenta la construcción de los destinatarios del discurso, se desprende de ello la imagen de dos extremos irreconciliables, enfrentados entre sí. Por un lado, el polo positivo constituido por “los trabajadores peronistas”, “los sectores populares”, “los trabajadores”, “la clase obrera” y “el pueblo-nación”, siempre en referencia a aquellos que pertenecen al mismo colectivo de identificación. En tal sentido, se intenta estar “junto a los que edifican realmente a la Nación”, con quienes se están construyendo las cadenas de equivalencias, el pueblo. En cambio, el polo negativo estaría conformado por “las corporaciones cosmopolitas”, y sus “personeros nativos”, “trusts mundiales” “que manejan como títeres al Estado Nacional”; además de “las FFAA controladas por el Pentágono”. De manera que, en última instancia, el enemigo es “el imperialismo”, “el colonialismo”, como aquello opuesto a “lo nacional”. Esta oposición permite establecer las fronteras, construir la identidad propia pero siempre en relación con la del enemigo, la del *otro* antagonico.

Según Hilb y Lutzky, esta división de la sociedad en dos campos absolutamente antagónicos e irreconciliables entre sí es un “lugar común”, un “pilar básico” sobre el cual se edificó el pensamiento de la izquierda que surge alrededor de los años sesenta. (Hilb y Lutzky, 1984: 41)

En este esquema de una sociedad dividida en dos bloques, la única opción que parece posible es la de la violencia en manos de los oprimidos, y vemos cómo de esta manera se entrelazan la idea de violencia y la de revolución, y la convicción de que la violencia en manos del pueblo, más que violencia, es justicia. Aunque es importante destacar que el FEN, a lo largo de los años, fue modificando su discurso, y que si bien en los primeros años de existencia sostuvo la visión de una sociedad violenta que sólo podía modificarse por una vía también violenta, se caracterizó en los años posteriores, a comienzos de los setenta, por rechazar la opción de la lucha armada, por lo que su incorporación al dispositivo peronista fue pensada en términos de una especie de muro de contención para la Tendencia Revolucionaria en crecimiento.

En este sentido, Hilb y Lutzky diferencian entre “una izquierda que practica la lucha armada y una izquierda que sólo la nombra en su estrategia” (Hilb y Lutzky, 1984: 56), con lo cual el FEN parece haber empleado el lenguaje de la violencia con efectividad discursiva al menos hasta la fusión con Guardia de Hierro.

Retomando los aportes de Ollier (2005: 248), podemos aplicar algunos aspectos de su análisis sobre la concepción de sociedad de la izquierda revolucionaria al diagnóstico que se desprende del discurso del FEN. Según este diagnóstico, la sociedad argentina estaría atravesada por tres problemas: la dependencia económica, la injusticia social y la proscripción y represión al peronismo. Y en un sistema político cada vez más cerrado, injusto y opresivo, donde los canales de participación eran cada vez más limitados, fue prendiendo en estos sectores una visión cada vez más

radicalizada de la política, y una idea de la violencia como prácticamente el único instrumento posible de resolución de conflictos.

En cuanto al primero de estos males, según el análisis del FEN, la dependencia económica convertía a la Argentina, junto con el resto de América Latina y del Tercer Mundo, en un país que padecía una violencia estructural, casi constitutiva, explotado por los monopolios extranjeros, instalados en el país con la complicidad de un grupo de tecnócratas y militares, que componían el campo antinacional y antipopular y que permitían que esa dependencia se reprodujera en el interior del territorio.

Estamos ante un gobierno antipopular y antinacional, personero de los monopolios que garantiza la continuidad de la política de entrega iniciada por los gobiernos anteriores, como se manifiesta hoy claramente en su política petrolera, a través de la nefasta Ley de Hidrocarburos, privatización de los Ferrocarriles y de YPF...¹

Incluso antes de constituirse el FEN, ya este diagnóstico estaba vigente en el discurso de TAU:

A través de su política neocolonialista, el imperialismo norteamericano, tiende a promover el desarrollo de las fuerzas productivas y la conquista del mercado interno en estrecha alianza con los sectores que mueven la economía nacional. A través del “desarrollo” industrial tienden a monopolizar la industria, enriqueciéndose sobre las espaldas y la miseria de la clase obrera y los sectores populares, consolidando el proceso de concentración del capital y expropiando a la pequeña y a la mediana industria nacional.²

Y esta visión se reitera en sucesivos documentos:

¹ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

² “Declaración de Principios de TAU”, TAU, Bs. As., 1965. Pág. 1.

Los sectores fundamentales de la economía están controlados por las corporaciones cosmopolitas, que imponen su política al Estado con el brazo siempre listo de sus personeros nativos.³

Ante esta evidencia, la clase obrera era percibida como la única posibilidad de implementar una política económica realmente independiente, en consonancia con los análisis de otros discursos provenientes de la izquierda, pero con el aditamento de que dentro del universo discursivo peronista esa clase obrera era el símbolo del pueblo y, por ende, de la Nación. Vale aquí hacer un paréntesis: nótese que en los primeros textos aún se mantiene el término “proletariado”, aunque éste interactúa todo el tiempo con las expresiones “clase obrera” y “movimiento obrero”, lo cual evidencia el tránsito hacia un lenguaje más “peronista”, y que más adelante ya se utilizan indistintamente “clase obrera” y “pueblo”.

El proletariado es la única clase consecuentemente revolucionaria, y por lo tanto, en esta época de dominación imperialista, la única capaz de iniciar, desarrollar y dirigir hasta sus últimas consecuencias, la lucha contra éste y sus aliados (...)

La clase obrera no está aislada en la lucha contra el imperialismo; extensas capas de la población, como la pequeña burguesía urbana y rural (campesinos pobres, arrendatarios) se ligán objetivamente al proletariado, por comunes intereses antiimperialistas.⁴

Respecto a la injusticia social, es evidente que ésta era denunciada por diferentes sectores de la sociedad, y no sólo por el FEN. Aparece un discurso compartido de denuncia, que vincula a esta agrupación con algunos sectores radicalizados de la iglesia católica y también con algunas fracciones

³ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 1.

⁴ “Declaración de Principios de TAU”, TAU, Bs. As., 1965. Pág. 3.

combativas dentro del sindicalismo, sobre todo la CGT de los Argentinos. La cuestión de la justicia y la injusticia aparece atravesada por la violencia:

En el sistema la Justicia es la administración de la razón pero con el revólver apuntando siempre para el mismo lado...⁵

Ante la lógica del “sistema”, cada vez más opresivo e injusto, aparecía una violencia justa, redentora:

La violencia de los explotadores ya no es ejercida impunemente; sino que se le opone a ella la violencia justa de los oprimidos.⁶

La proscripción y la represión expresaban, según el discurso del FEN, la violencia política del régimen. Por un lado, la proscripción de las mayorías populares peronistas, era colocada en el centro de los cuestionamientos al gobierno dictatorial.

La violencia es inherente al régimen y la práctica cotidiana se encarga de decirnos cual es el camino que debemos seguir. Esto no es sólo nuestra experiencia, de todos los pueblos del mundo: se proscribe a los movimientos populares se reprime al movimiento estudiantil que los apoya, se anulan las elecciones y en última instancia, de haberlas, se anulan recurriendo a las fuerzas armadas.⁷

Pero además, esta violencia política no sólo se manifestaba en la proscripción de las mayorías populares, sino también en el disciplinamiento, la persecución, la cárcel, la tortura, y la muerte.

⁵ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 7.

⁶ “Cuando la limosna es grande...”, FEN, Bs. As., 1972.

⁷ “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

La Dictadura (...) pronto muestra sus uñas y se larga con su plan de “reordenamiento” claramente nacional y antipopular. Este plan en lo político se traduce en la persecución y avasallamiento de todo aquel que exprese descontento. En lo social se asientan las bases del poder del Estado en el control directo de la sociedad civil por parte de las Fuerzas Armadas. Este proceso de militarización de la sociedad organiza a esta en términos de “seguridad” de las instituciones tradicionales y de la nación, que en la práctica significaba REPRESIÓN y que se llevaba a cabo a través del eje: CONASE-CONADE.⁸

Y además denunciaban:

La ola represiva desatada en estos momentos donde se implementa a través de los allanamientos, las detenciones masivas con los métodos de torturas crueles y la reedición de los asesinatos impunes, todo esto hábilmente disfrazado mediante un aparato de prensa a su servicio; liquidar la organización del movimiento popular y a ello apunta la persecución al PERONISMO REVOLUCIONARIO.⁹[las mayúsculas corresponden al original]

En cuanto al lugar de la violencia que se vincula con esta concepción Ollier (2005), considera que había una imagen de sociedad que era compartida por los diversos grupos ubicados por entonces en la izquierda del campo ideológico argentino, en el marco del clima de ideas al que aludíamos al comienzo. Y en tal sentido, se puede muy bien reconstruir otras imágenes provenientes de ellos donde la variable violencia adquiriría una dimensión tal, que las relaciones sociales, económicas y políticas también aparecían completamente impregnadas por ella.¹⁰

⁸ “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

⁹ “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Bs. As., sin fecha.

¹⁰ Si bien la autora se refiere principalmente a la visión de la sociedad sostenida por los grupos que adhirieron al peronismo revolucionario, nos parece interesante incluirlo en este trabajo, por un lado, porque el FEN estuvo desde el principio muy próximo a estos grupos y las primeras puertas de acercamiento al peronismo que se les abrieron fueron precisamente éstas (si

Una violencia institucionalizada e indiscriminada se alza ferozmente contra el pueblo argentino. En el terreno político se concreta en la represión, el encarcelamiento, las persecuciones, las torturas, los asesinatos de estudiantes y obreros, la intimidación permanente mediante el brutal uso de la arbitrariedad y la fuerza. En el campo social y económico se encarna en la desocupación, en las ollas populares ubicadas en todo el norte, los cierres de fábricas, los jornales impagos, la usura, la explotación, el hambre, la miseria, los atentados institucionalizados contra la salud y la educación, en la intervención a las organizaciones gremiales y estudiantiles, en los magistrados venales, etc. (Ollier, 2005: 245)

Hilb y Lutzky también consideran que los diferentes grupos que actuaron a partir de 1969 se gestaron en un mismo “clima” y muchas veces provenían de un mismo tronco, y sostienen que en términos generales hasta fines del 72 podemos encontrar grandes similitudes en la concepción con que los grupos de la Nueva Izquierda percibían los sucesos que se desarrollaban en el país (Hilb y Lutzky, 1984: 21). Estas similitudes pasaban sobre todo por la idea de enfrentamiento a través de la violencia, ya sea planteando la necesidad de desarrollar la guerrilla urbana enmarcada en una estrategia de *guerra popular*, o bien, compartiendo en gran medida la idea de la *guerra*.

Aparecía la violencia como dato insoslayable de la sociedad. La preocupación de los militantes del FEN por desnudar esta violencia oculta en las estructuras sociales era permanente, y en su producción literaria se interesaron por denunciar una violencia que oprimía y proclamar otra que liberaba y redimía.

bien luego se alejaron de la opción por la lucha armada), y por otro lado, porque en estos comienzos compartían una percepción de la sociedad basada en la premisa de que la violencia funda el orden político, social y económico en el cual descansa el conjunto de la sociedad. Además, según la autora, esta visión no era patrimonio exclusivo del peronismo revolucionario.

Entre la violencia expresada por las masas y la violencia subterránea, hipodérmica, del sistema, existe una correspondencia mutua. No solamente una es efecto de la otra, sino que es un cambio cualitativo en su expresión. El pueblo es receptor cotidiano de esa violencia disfrazada, disimulada, pero no por eso menos directa, y no tiene otra manera de responder sino es en forma colectiva y con una desesperación casi animal, enfermiza, patológica, a los ojos de quienes no pueden reconocer la esencia violenta, de por sí, del sistema capitalista. Cuando nunca se tuvo otro lenguaje con el pueblo que la fuerza ejercida sistemáticamente, se levantan grandes voces de escándalo por la reacción desproporcionada de esas “turbas”. Pero ya la plebe ha comprendido que el único argumento válido que pueden esgrimir es la violencia.¹¹

En tal sentido, retomando a Ollier, la autora habla de la producción de un “lenguaje de la violencia”, tanto contestataria como redentora, por parte de los actores. Este lenguaje de la violencia o de la guerra, según Svampa y Martuccelli, se retrotrae a los orígenes del discurso populista, dado que el populismo necesita de la construcción imaginaria de un opositor: el enemigo externo (el imperialismo) y el enemigo interno (la oligarquía, las fuerzas de la antipatria), inescindibles del recurso discursivo a la noción de pueblo, que se erige contra las dos caras del enemigo: el pueblo peronista contra las fuerzas de la anti-patria (Svampa y Martuccelli, 1997: 88). Después de todo, el peronismo construyó su identidad en base a este juego de antagonismos: nación/imperio, pueblo/oligarquía, patria/antipatria, en fin, peronismo/antiperonismo. Luego, el período que se abrió después del derrocamiento del peronismo fue una etapa de proscripción y prohibiciones que instauró la Revolución Libertadora, y explícitamente consistió, en su versión más radical, en un proyecto de *desperonización* de la sociedad. En este sentido, la historia nacional tiene “zonas

¹¹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 8.

de silenciamiento”, esto es, tiempos de proscripción, períodos en que se impone la presencia y el poder de un *nosotros* que decide sobre la inexistencia o invisibilidad de los *otros*.

Según Hilb y Lutzky, estos sectores creyeron inventar un lenguaje, pero en gran parte éste era el espejo de la sociedad de la cual emergió, en la que el *otro* era definido en términos absolutos como el enemigo. Así definió el peronismo a la oposición mientras estuvo en el gobierno entre 1945/55, así se convirtió el peronismo entre 1955 y 1973 en el otro innombrable, y así también fueron enemigos quienes se opusieron al régimen militar entre 1966 y 1973. De alguna manera estos sectores llevaron la lógica de la exclusión del otro a una expresión extrema y radical.

Una sociedad en la que cada definición encuentra necesariamente su contrario en el ‘otro’, y que no admite más que dos enunciadores: peronismo/antiperonismo; imperialismo/nación; unitarios/federales; civilización/barbarie; burguesía/proletariado; pueblo/oligarquía; etc. y en la que la única actitud resultante es la eliminación del contrario. (Hilb y Lutzky, 1984: 27)

Esa forma absoluta, antagónica, excluyente, de definir la otredad es parte del lenguaje de la violencia.

Según los autores, existen diferentes interpretaciones sobre el sentido de la violencia: por un lado, la violencia como consecuencia de la historia de enfrentamientos sociales que se resuelven por la fuerza, que lleva a que esa violencia se autonomice de la historia, de un hecho concreto, y pueda aplicarse a todo momento y lugar, justificando políticamente este tipo de acción (Hilb y Lutzky, 1984: 60). Y por otro lado, la violencia como impulsora de la revolución, en términos de “la violencia de arriba trae la violencia de abajo”, con un sentido casi utilitario.

De esta manera, y bajo la imagen de la espiral de la violencia se unifica la idea de una estrategia revolucionaria con el presente inmediato (Hilb y Lutzky, 1984: 61).

Bobbio afirma que la imagen de la revolución se asocia inmediatamente a la de la violencia, desde el momento en que ninguna de las grandes revoluciones de la época moderna se ha llevado a cabo hasta ahora sin violencia. (Bobbio, 2005: 201)

El autor problematiza la justificación de la violencia, y sostiene al respecto que mientras no encontremos una alternativa a la violencia y la reconozcamos como tal, se seguirá justificando el recurso a la violencia como única salida viable, y esto es así sobre todo porque la historia está teñida de violencia:

la violencia suscita horror, y en particular la forma de violencia más extendida, duradera, asesina, que es la guerra, pero la guerra y la violencia no sólo han existido siempre hasta hoy sino que no podemos borrarlas de la historia porque la historia es en gran parte un producto de la violencia (Bobbio, 2005: 190).

El autor reflexiona en cuanto al discurso más extendido de la violencia, que consiste en justificar la violencia afirmando que la propia violencia es una respuesta –la única respuesta posible en determinadas circunstancias– a la violencia ajena. Y al respecto, afirma que partir de la Revolución Francesa y de los movimientos independentistas, la justificación de la guerra ha llevado a atribuir un valor positivo a la violencia subversiva, o sea a la violencia dirigida no a restaurar un orden viejo sino a instaurar un orden nuevo. (Bobbio, 2005: 192)

Siguiendo tales términos podemos ver cómo el discurso del FEN instrumenta un lenguaje en el que la violencia aparece como única vía de acción –o al menos la más válida, la más legítima, la más viable– ante la violencia del régimen, así como también se reivindica la violencia como parte de la estrategia revolucionaria, es decir, inevitable para fundar una nueva sociedad, e inseparable de la lucha por la

liberación nacional. En todo caso se trata de siempre de una “derrota violenta de los oligarcas pro-imperialistas” y las fuerzas del imperialismo.¹²

El camino de la Liberación Nacional

Como afirmábamos anteriormente, el objetivo del FEN fue, desde un comienzo, incorporar la lucha universitaria como parte de las luchas nacionales llevadas a cabo por los sectores populares, acompañando y apuntalando una lucha que, teniendo en cuenta la concepción de sociedad presente en su discurso, resulta inescindible de la transformación revolucionaria de la sociedad y del camino hacia la Liberación Nacional.

Se hace necesaria entonces, la formación de una corriente universitaria, que tome como eje de su política, los objetivos que a la clase obrera y los sectores populares se les plantearon en su lucha por la liberación nacional y el socialismo.¹³

En un principio, se trataba de ir a buscar el encuentro con los sectores populares, desde una posición que aún era una cuestión vinculada a lo que los mismos protagonistas denominaban *nacionalización*, y no una *pertenencia*. En esta línea la *nacionalización* pasaba por la *comprensión* del peronismo y de su trayectoria de lucha:

Es un deber de los estudiantes argentinos analizar el proceso histórico de lucha de nuestro pueblo y así interpretar el cúmulo de sus necesidades, sentimientos y grado de conciencia real para integrarnos a dicho proceso en la perspectiva de apuntalar las actuales y futuras luchas por la Liberación Nacional y Social de nuestra patria.¹⁴

¹² “Por la prosecución de nuestras luchas junto a la clase obrera”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969

¹³ “Declaración de Principios de TAU”, TAU, Bs. As., 1965. Pág. 1.

¹⁴ “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As. 1969.

La prédica antiimperialista y el discurso de la Liberación eran compartidos por otros sectores, sobre todo por la CGT de los Argentinos y por el grupo radicalizado de origen católico, Cristianismo y Revolución, entre otros sectores.

Bozza sostiene que las posiciones antiimperialistas de la CGTA eran producto de “una reflexión tributaria de las conceptualizaciones críticas elaboradas por las ciencias sociales y el marxismo durante la década del sesenta”. (Bozza, 2005: 2) Y como eran partidarios de consultar bases sociales más amplias, convocaron a otros sectores en proceso de activación, que fueron forjando esta nueva identidad combativa:

Y aprendimos a través de la CGTA que estos trabajadores combatientes plantean un programa y un Frente para la Liberación de todo el pueblo que permita al movimiento estudiantil participar como tal.¹⁵

En cuanto a *Cristianismo y Revolución*, en los primeros números de la revista homónima del grupo aparece un llamamiento explícito al compromiso de los cristianos con la “verdadera revolución”, en contraposición con la otra autodenominada “revolución” de Onganía. Y aparece también una declaración de tono universalista en contra de la explotación humana, el materialismo capitalista y la dominación violenta de los pueblos del Tercer Mundo por parte del imperialismo y de las estructuras coloniales aun vigentes, denunciando el grado de injusticia y opresión que producen. (Codesido, 2008: 9)

Según Leopoldo Zea¹⁶, la filosofía de la liberación tiene sus antecedentes tanto en el historicismo en sus diversas expresiones, desde Hegel y Marx, pasando por la sociolo-

¹⁵ “Periódico del FEN...”, FEN, Bs. As., 1970. Pág. 6.

¹⁶ Comentarios de Leopoldo Zea en el prólogo a la obra de Horacio Cerutti Goldberg.

gía del conocimiento, Heidegger, Marcuse y la Escuela de Frankfurt, como en la Sociología de la Dependencia y la Teología de la Liberación:

Allí está Fanon y las polémicas en torno a la existencia de una filosofía latinoamericana. Allí Augusto Salazar Bondy y su empeño por un filosofar fuera de toda enajenación y frente a él un filosofar que considera ha de tomarse conciencia de esa enajenación para anularla [...] Y como horizonte histórico la Revolución Cubana, la Revolución estudiantil de mayo de 1968 en Francia, la Iglesia en Medellín, y por supuesto, el regreso de Juan Domingo Perón a la Argentina. (en Cerutti Goldberg, 1983: 14)

Por su parte, Horacio Cerutti Goldberg analiza principalmente el influjo que ejercieron la “teología de la liberación” y la “teoría de la dependencia” sobre toda una generación de hombres y mujeres que han sentido el tema de la liberación como “carencia” (Cerutti Goldberg, 1983: 19). Hugo Assmann¹⁷ también habla de liberación en términos de falta, ausencia, carencia. Es decir, “liberación debe entenderse, tanto en el sentido de “adquirir” cuanto en el sentido de “recuperar” la libertad, es siempre una noción referida a una ausencia actual de libertad (...) Es una palabra de enfrentamiento conflictivo (...) implica un juicio condenatorio global sobre la realidad presente y la urgencia de un cambio.” Y más adelante aclara que “liberación” implica tres niveles: “liberación política de los pueblos y sectores sociales oprimidos; liberación del hombre a lo largo de la historia; y liberación del pecado, raíz de todo mal, preparando la condición de una vida de comunión de todos los hombres con el Señor” (en Cerutti Goldberg, 1983: 130).

¹⁷ Las reflexiones de Assmann son analizadas por Cerruti. Las mismas son citadas por el autor de: “Presupuestos políticos de una filosofía latinoamericana. Notas sueltas”, en *Nuevo Mundo*, p. 31-32.

El aporte principal de este pensamiento liberacionista sería la “toma de conciencia de la realidad latinoamericana”, la posibilidad de “verse con claridad”, que se manifiesta tanto en el rechazo de “temáticas importadas” como en “la afirmación de nuestro ser” optando por una praxis de liberación. En tal sentido, las principales contribuciones del pensamiento de la liberación serían: un concepto de “hombre oprimido” que lleva a la noción de “pueblo” o “masas populares”, una revisión de la ciencia advirtiendo detrás de sus concreciones la existencia y acción de una “voluntad de poder”, una redefinición de la noción de “cultura” y del papel de los “intelectuales” y la incorporación de la reflexión política como una constante. De manera que el concepto fundamental de “pueblo” o de “sectores populares” aparece como aquel que anima a los “populismos” nacionalistas latinoamericanos en su lucha “antiimperialista” (Cerutti Goldberg, 1983: 54-55), o sea, aparece como aglutinador de las fuerzas antiimperialistas y motor de estas luchas.

Otras nociones fundamentales que el pensamiento de la liberación ha aportado son: el “tercermundismo” como un concepto que muestra la dominación a que está sometido el pueblo latinoamericano, el “compromiso” vinculado a la función social del intelectual, a una tarea de “liberación nacional y social” y de “integración”, enmarcada dentro del sistema de conexiones de la época, y la “praxis de transformación” implicada en ello (Cerutti Goldberg, 1983: 59,61).

Siguiendo con esta línea, el discurso de la liberación era tributario de los procesos de descolonización en el Tercer Mundo. De esta manera, dentro del discurso del FEN podemos ver que opera una ampliación del colectivo de identificación, en el sentido de que la lucha del movimiento estudiantil se equipare y/o se integre a las luchas nacionales, latinoamericanas o del “cono sur”, como también aparece mencionado, y a las luchas del Tercer Mundo, produciendo un alineamiento al decir “Argentina, nuestra lucha, es parte de este proceso”. Esta identificación puede advertirse claramente cuando aparecen en el discurso

frases que expresan que “el estudiantado” es parte y está dentro de “los movimientos de Liberación Nacional de los pueblos del Tercer Mundo”. Se reiteran además algunas fórmulas o *slogans* como el de “la Liberación”, “el colonialismo”, “la opresión”, “la resistencia nacional”, “la Historia”, mezclados con citas de Frantz Fanon alusivas a la relación opresores-oprimidos. De manera que la dicotomía amigo-enemigo se inscribe, en este caso, a través del antagonismo oprimido-opresor, retomando a Fanon, y de “nacionalismo reaccionario-nacionalismo revolucionario”.

Nuestra lucha se inscribe junto a la más grande, que llevan los dos tercios de la Humanidad sufriente de Asia, África y América Latina. Tercer Mundo, en pie de guerra, que señala el camino del futuro: la Liberación Total del Hombre.¹⁸

Cerruti señala críticamente la utilización del lenguaje de la liberación por parte de sectores diversos, tanto como manipulación discursiva de sus conceptos como en términos de vaciamiento y ambigüedad de este discurso. Uno de los casos a los que refiere es precisamente la recepción –errónea, a su parecer– del discurso de Frantz Fanon, en tanto no puede hablarse *realmente* de la vigencia de un sistema “colonial” para los casos de América Latina y Argentina. En tal sentido, advierte que “cuando se llega a confundir el diagnóstico de una realidad con la retórica política que es necesaria como elemento de cohesión y mística masiva, los resultados suelen ser de lamentar. Porque la retórica política debe estar sometida a una teoría suficientemente explicativa como para colaborar en una práctica eficaz de transformación de la realidad (...) En el caso argentino, confundir la situación argentina con una situación colonial y aplicar mecánicamente las categorías de Fanon a la misma, tuvo resultados lamentables a nivel teórico y práctico” (Cerruti Goldberg, 1983: 157), en tanto, según el autor, la

¹⁸ “Periódico del FEN...”, FEN, Bs. As., 1970. Pág. 1.

conjugación de esta lectura indiscriminada de Fanon, junto con los planteos de unidad de clases del movimiento peronista, llevó a “priorizar una revolución nacional por encima de la revolución social” (Cerutti Goldberg, 1983: 159).

Si bien no puede hablarse de un régimen colonial en nuestro país, en el plano discursivo la prédica por la Liberación resultaba eficaz en tanto tenía que ver con la visión de una sociedad opresiva hacia adentro y dependiente del imperialismo hacia fuera, con la consecuente reproducción de esta dependencia en el interior del territorio.

La liquidación del *status* neocolonial de nuestra patria dependiente de las grandes empresas yankis. Solo con la transformación de raíz de un sistema injusto, el pueblo obtendrá el goce pleno de sus derechos, en país liberado de la explotación, la injusticia y la entrega.

Con esta idea como norte todas las batallas parciales son importantes porque ninguna se agota por sí misma; cada una de ellas cobra sentido en proyecto mayor: la liberación nacional, transitando el camino nacional hacia la construcción del socialismo.¹⁹

Y se vincula asimismo con la percepción crítica que el FEN tenía acerca de la universidad y las ciencias sociales, vistas como una “colonia moderna”. En este sentido, el camino de la Liberación Nacional implica sobre todo la construcción de una ciencia, una cultura y una universidad autónoma, en el marco de un proyecto político y económico que quiebre esa dependencia, “como paso infranqueable hacia una sociedad superior, hacia una universidad popular.”²⁰

¹⁹ “Ante el paro del 23...”, FEN, Bs. As., 1970.

²⁰ “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As., 1969.

Este es el significado que nosotros atribuimos al rol del estudiante: apropiarse de los medios de producción y reproducción de la cultura, lo que inmediatamente lo remite al proyecto de Liberación Nacional.²¹

Debemos apropiarnos de la situación privilegiada que nos permite situarnos en el terreno del conocimiento científico y poner a éste al servicio de las mayorías populares, en los marcos del proyecto de liberación nacional y social de la Argentina.²²

Aparece, de esta manera, el imperativo de unirse a las luchas del pueblo, reconociendo su experiencia y sus logros, incorporando las demandas del movimiento estudiantil como parte de los problemas nacionales, y acompañando a las luchas populares, como parte esencial del camino hacia la Liberación Nacional y del proceso revolucionario por la transformación de la sociedad.

Cabe mencionar dos cuestiones respecto a esta última parte: por un lado, el tema de la *dependencia*. Según Cardoso, no cabe hablar de *dependencia* como una noción totalizante, sino de “situaciones concretas de dependencia”. El autor considera que la teoría de la dependencia es, sobre todo, una teoría crítica, que se desenvuelve en tres niveles: se critica al desarrollismo que abstrae los condicionamientos sociales y políticos del proceso económico; se critica al evolucionismo en tanto *etapismo* de sucesión mecánica; y se critica al funcionalismo en tanto supone una interpretación dualista que se resuelve en la modernización con modelos dados. (Cerutti Goldberg, 1983: 74)

Según Cerruti, uno de los aportes más interesantes de la teoría de la dependencia es la introducción de la contradicción “liberación o dependencia” y el concepto de “Tercer Mundo”, para designar al subdesarrollo, como ámbito geo-histórico donde el “pueblo-nación” se enfrenta con los

²¹ “Cambalache”, FEN, sin fecha.

²² “En lucha...”, FEN-MEM-Línea Nacional-Línea Antiimperialista Nacional-Acción Socialista Nacional, Bs. As. 1969.

“imperialismos de turno” (Cerutti Goldberg, 1983: 86), lo cual sirvió a organizaciones como el FEN para ampliar el campo propio en un nosotros inclusivo mayor y más vasto, integrador de todas “las fuerzas antiimperialistas”.

Por otro lado, la cuestión de ubicar a las batallas como parte de un “proyecto mayor” que corresponde al proyecto de la liberación, tiene dos acepciones: como “momentos” dentro de una estrategia de guerra popular integral, y como inclusión en algo “superior” que los trasciende.

En tal sentido, la inclusión de la actividad política en un proceso de “guerra integral” más vasto es una de las formas que adquiere la concepción de la política como guerra (Hilb y Lutzky, 1984: 58). De esta manera, las prácticas de los sectores populares son pensadas sólo como ligadas a las actividades integrales, como “momentos” de ésta, y sólo importa que esas prácticas puedan ser capitalizadas por la organización (Hilb y Lutzky, 1984: 34). Aparece la idea de pueblo-objeto donde no hay lugar para prácticas autónomas de los sujetos populares, sino como parte de un todo integral y superador que los contiene:

Todas las batallas parciales son importantes porque ninguna se agota por sí misma; cada una de ellas *cobra sentido en un proyecto mayor*: la liberación nacional, transitando el camino nacional hacia la construcción del socialismo. [las cursivas son nuestras]²³

Pero además, Hilb y Lutzky hablan de la configuración de un cuadro afectivo de “pertenencia a algo superior” que los incluye y donde su personalidad se disuelve en el conjunto del pueblo (Hilb y Lutzky, 1984: 64). De manera que los autores consideran que “afectos sociales” son parte de la cultura política y que, por ende, los procesos de radicalización de los años sesenta, no sólo están relacionadas con las condiciones socio-políticas de la época o con ideas y teorías

²³ “Ante el paro del 23...”, FEN, Bs. As. 1970.

generales, sino que la adhesión de personas concretas a esos proyectos implicó un grado de entrega y el surgimiento de nuevas formas de “sentir” la relación entre el individuo, la organización y la sociedad. (Hilb y Lutzky, 1984: 63)

De alguna manera este cuadro “afectivo” de pertenencia, de disolución en algo superior, trascendental, superador de las individualidades, que apunta a la absorción de la organización en el conjunto del pueblo, da cuenta de la estrategia de peronización en términos de “conversión” postulada en el discurso del FEN. Pero también se vincula a las prácticas de inserción en el dispositivo peronista, llevadas a cabo en el marco de la fusión con GH, destinada a insertarse en el pueblo, a disolverse, cuando lo dispusiera Perón, en el conjunto, como cuadros políticos del peronismo (Tarruella, 2005: 180).

De manera que en el discurso del FEN la idea de liberación nacional está unida a la idea de un proyecto mayor contenedor, a “la lucha por la construcción del socialismo por el camino nacional”²⁴, a “la unidad con los trabajadores”²⁵, al peronismo, porque es en su seno “donde se desarrolla la conciencia revolucionaria”²⁶ y a un programa común de todas “las fuerzas antiimperialistas”.²⁷

El papel del estudiantado dentro de este proyecto se vincula al imperativo de “integrarnos a ese proceso”²⁸, “apropiarnos de la cultura” y “poner el conocimiento científico al servicio de las mayorías populares”.²⁹ En todo caso, toda lucha “parcial” se enmarca “en una perspectiva más amplia: la liquidación del *status* neocolonial de nuestra

²⁴ “Otro golpe presente...”. FEN, Córdoba, 1970.

²⁵ “Por la prosecución de nuestras luchas...”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969.

²⁶ “Otro golpe presente...”. FEN, Córdoba, 1970.

²⁷ “Programa de principios”, TAU, Buenos Aires, 1965.

²⁸ “Por un 17 combativo ...”, FEN, Bs. As., 1969.

²⁹ “En lucha...”, FEN-MEM-Línea Nacional-Línea Antiimperialista Nacional-Acción Socialista Nacional. Bs. As. 1969.

patria”³⁰ y “la liberación total del Hombre”³¹, que junto a la construcción del “pueblo” como sujeto revolucionario, y a la redefinición del peronismo en términos de “movimiento de liberación nacional”, constituyen el contenido revolucionario de la estrategia discursiva implementada por el FEN.

³⁰ “Ante el paro del 23...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

³¹ “Periódico del FEN...”, FEN, Bs. As. 1970.

Antagonismo, pueblo, peronismo y revolución

La aparición del antagonismo, la emergencia del pueblo y la idea de revolución

En el marco de una concepción de sociedad antagónica la apelación a la *violencia* aparece justificada como la forma más válida y eficaz de intervención (Hilb y Lutzky, 1984: 24). Hilb y Lutzky hablan de la necesidad discursiva de conceptualizar la sociedad como dividida en dos por una trinchera que separa fuerzas opuestas, y sostienen que precisamente el *antagonismo* en la contradicción es el fundamento de la apelación a la violencia por parte de quienes argumentan de tal manera (Hilb y Lutzky, 1984: 43).

Respecto a la aparición del *antagonismo*, Laclau sostiene que para que emerja el *pueblo* “es necesario que un discurso divida la sociedad entre dominantes y dominados, es decir, que el sistema de equivalencias se presente articulando la totalidad de la sociedad en torno a un antagonismo fundamental” (Laclau, 1985: 42). En tanto todo *antagonismo* se construye discursivamente, precisamente vemos que el discurso del FEN trata desde el inicio de producir esta ruptura:

❑ Esto no es una Nación! Es una enorme colonia disfrazada. Un colonialismo perfumado con aires “nacionales” (y comunitarios). Es el NEOCOLONIALISMO.¹

¹ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970, p. 1.

Esta visión antagónica, irreconciliable, del conflicto, tiene que ver con la visión de una sociedad polarizada: las fuerzas populares contra las fuerzas imperialistas y anti-populares. Es una manera de construir la identidad propia siempre relacional, es decir, en relación a la del *otro* antagónico:

El antagonismo expresa no mi identidad sino la imposibilidad de constituirla, la fuerza que me antagoniza niega mi identidad en el sentido estricto del termino (Laclau, 2000: 35).

A su vez, esta oposición también se vincula con una manera de resolución del conflicto que tiene, nuevamente, a la *violencia* como única salida posible.

Ollier considera que en una sociedad atravesada por el conflicto hay dos estrategias posibles para canalizar sus tensiones: la guerra o la política, pero afirma que en el caso de la Argentina pos 1955 es muy difícil demarcar a ambas, ya que recrudeció el recurso de las armas, y se legitimó el uso de la violencia para su resolución (Ollier, 2005: 23). Por su parte, Hilb y Lutzky critican la idea de pensar la política como guerra, lo cual según los autores ha llevado a la incapacidad para concebirla como espacio de construcción de consenso, a la imposibilidad de pensar otras formas de representación y legitimación en contextos democráticos. Es decir, aceptan que hay un discurso del poder-guerra en sectores de la sociedad argentina, pero creen también que es necesario pensar el poder y lo político bajo otra forma (Hilb y Lutzky, 1984).

Como afirmábamos anteriormente, el FEN justificó en su discurso la apelación a la violencia como recurso de los oprimidos frente a la violencia opresora del régimen, aunque ante la opción por la lucha armada en los siguientes años setentas, decidió no ingresar en el campo de las organizaciones armadas. Sin embargo, sí recurrió a la lucha en las calles y participó de hechos que pueden caracterizarse

como violentos. Sus protagonistas justifican este hecho en tanto consideran que la violencia ejercida en el contexto de los años sesenta, vinculada a la estrategia de lucha en las calles, está estrechamente ligada a la metodología implementada por la Resistencia peronista. En realidad, la reconstrucción de la historia del FEN permite hacer este recorrido desde la universidad a las calles, desde las reivindicaciones estudiantiles hacia la política de masas, y entre ésta y el movimiento político:

La ubicación que dimos a la lucha universitaria como parte de las luchas y reivindicaciones populares [...] Unirnos con los trabajadores se convirtió en un imperativo.²

Lo que intentamos destacar aquí es que, tal como afirma Ollier, la línea que separa la política de masas de la lucha violenta en las calles, en esa coyuntura, era muy fina, y que ambas estrategias estaban imbricadas, si bien posteriormente la frontera entre ambas se hizo más clara.

La Patria y la Cultura está en las calles, entre la gente, junto a las fábricas y no en los paraninfos cerrados al pueblo, divorciados de la problemática nacional.

¡Fusionarnos con el pueblo-nación! ¡Rescatarnos a nosotros mismos!³

Comprendimos en las calles de la patria que el peronismo es entre otras cosas, un sentimiento popular que unifica a las masas tras ideales nacionalistas y antiimperialistas.⁴

Respecto a la estrategia de lucha en las calles, Bonavena la define como:

² "Otro golpe presente...", FEN, Córdoba, 1970.

³ "Periódico del FEN...", FEN, Bs.As. 1970. Pág. 1.

⁴ Ibidem. Pág. 6.

El enfrentamiento social que las masas desarrollan contra el régimen en las calles, saliéndose de los carriles institucionales e instalándose en el escenario urbano, recuperando así la calle como territorio social de disputa (Bonavena, 1998: 65).

Esta definición nos resulta útil para comprender esta estrategia en el marco del lugar que ocupa la *violencia* en el discurso y la práctica del FEN, y cómo es utilizada en el marco de la revolución, en tanto:

la lucha de calles es siempre una lucha armada, aunque no aparezcan necesariamente las armas de fuego en los dos bandos. *Las mismas masas son el arma*, y pueden aparecer complementos como piedras, clavos “miguelitos”, bombas “molotov”, bolitas, etc. (Bonavena, 1998: 111).

Precisamente en relación con los instrumentos y modalidades de esa violencia que atraviesa sus prácticas, los militantes del FEN, en algunos testimonios recogidos, tratan de trazar una diferencia entre las formas implementadas en esos años y la violencia posterior: la violencia se ejercía sobre los objetos (los famosos “caños” de la juventud peronista) y no sobre las personas.

Según Ollier, la idea de *revolución* y de la necesidad del cambio social se constituye en la Argentina desde fines del siglo XIX, y unido a ello, el recurso a la violencia, ya sea para destruir la sociedad existente, para mantenerla, o para hacerla regresar a algún punto original del cual alguna vez se desvió, atraviesa el siglo XX de la historia argentina tanto en el terreno de los hechos como en el de los universos ideológico-políticos. Pero en el caso específico que nos ocupa, el ideario revolucionario emerge simultáneamente de diversos grupos, de signo político diferente, después de 1955, y resulta de un cruce de temas, ideologías y grupos que reelaboran la experiencia peronista de 1945 a 1955 y que intentan darle un nuevo lugar a la cuestión nacional (Ollier, 2005: 244.)

En los años sesenta, la revolución parecía un tema instalado, los procesos revolucionarios aparecían como *naturales* y vinculados a situaciones de graves injusticias sociales y a una sociedad cada vez más opresiva, que era necesario modificar de forma drástica y violenta. Hilb y Lutzky señalan en tal sentido la existencia de un espacio común entre organizaciones y el hecho de que todas (en referencia a los grupos que los autores incluyen dentro de la Nueva Izquierda) desarrollan el tema de la “revolución” como algo cercano y alcanzable, y discuten el problema de la lucha armada, sea como práctica inmediata o como futuro no lejano, y sobre todo como objeto buscado (Hilb y Lutzky, 1984: 8). Pero además, un elemento fundamental en la cohesión de la visión revolucionaria de la época es la construcción de una sociedad “radicalmente distinta” (Hilb y Lutzky, 1984: 68).

Respecto a la idea de *revolución*, ésta aparece fuertemente ligada a las luchas populares, a la posibilidad de un cambio como algo muy cercano, y también a la idea de recuperación de la felicidad para el pueblo, como un retorno a un momento de bienestar. En tal sentido, uno de los testimonios se refiere a cómo se vivía la idea de revolución en ese tránsito al peronismo:

Creo que [la discusión] era más digamos, de cómo seguir trabajando sin entrar en una locura que se veía venir, y bueno, medio con la intuición de que el peronismo era un lugar más amplio, como para cobijarnos y poder continuar y cumplir lo que uno creía que era ¡YA! Uno creía que mañana YA era la revolución, y que a los dos días íbamos a estar ocupando el Estado e íbamos a cambiar todo e íbamos a ser... no había ningún tipo de dudas de que eso se iba a hacer ¡YA!⁵

⁵ Testimonio de Catalina, entrevistada por Anchou (2007: 43)

Aparece esta idea de revolución inminente de la que participarían y serían artífices, pero siempre dentro del peronismo como espacio de convergencia y de resguardo. Pero además, dentro del proceso de revalorizar la experiencia de lucha de la clase obrera, de apreciar las luchas del peronismo y las conquistas realizadas por éste, se fue haciendo cada vez más fuerte una idea de revolución vinculada a la época del primer peronismo. Esto se dio, sobre todo, a partir del pasaje del FEN al trabajo barrial, ya que, en ese contexto, les era narrada la experiencia del peronismo por los vecinos que seguían siendo leales a Perón durante la época de proscripción.

De manera que el futuro revolucionario está, en realidad, anclado en el pasado. Se trata, paradójicamente, de una idea de “revolución hacia atrás”, que se retrotrae en el tiempo y que a su vez se liga al retorno de Perón, al momento en que “el pueblo volvería a ser feliz”, “porque nuestra vida estaba al servicio de que el pueblo fuera feliz”.⁶

La posibilidad de un cambio revolucionario está vinculada a la unificación con la clase obrera peronista, en el marco de su propio proceso de peronización. Y tal unificación requiere comprender el carácter de la “lucha nacional y popular”, y emprender la lucha unida y masiva del movimiento estudiantil con el conjunto del pueblo, luchas nacionales y antiimperialistas, “al calor de las que se gesta la acción y organización de los revolucionarios”. Pero a su vez, en el discurso del FEN, esta unificación de las luchas populares debe contar con “la orientación de la clase obrera”, que enfrente a la dictadura en el propio terreno de la violencia, de manera que el papel de los estudiantes es sobre todo el de una política de “acompañamiento” de las luchas populares, pero no de convertirse en su vanguardia, de manera que:

⁶ Testimonio de Catalina, entrevistada por Anchou (2007: 58)

la lucha del estudiantado revolucionario que, confluyendo con el pueblo en el enfrentamiento al enemigo común vaya abriendo la perspectiva de la liberación nacional.⁷

Para nosotros lo que está en juego es un problema político que es la participación de todo el Pueblo en la Revolución.⁸

Lo que había que hacer era con el pueblo, entonces para hacerlo con el pueblo, no era que “unos intelectuales agarraban unos chumbos y...”, no, esto tenía que ser una cosa que venía del pueblo, entonces, había que trabajar con el pueblo, para juntos hacer las cosas. Entonces, de ahí el sentido del trabajo barrial.⁹

La noción de *pueblo* estaba enraizada en el trabajo en los barrios de obreros, sobre todo, centrado en el proyecto de organizar a ese pueblo como “retaguardia” de la revolución que encarnaba Perón y que sería llevada a cabo por el movimiento peronista, (de acuerdo con las directivas de su propio líder).

También para Laclau, la idea de revolución está vinculada a la construcción del *pueblo*, planteando una práctica de masas que eluda la manipulación vanguardista pero además habla de la construcción de una cadena equivalencial de demandas como punto de partida para la constitución de un *pueblo*, por la cual una particularidad asume la forma de una totalidad que la excede, a través de un proceso de articulación hegemónica de elementos que en principio son heterogéneos entre sí, de demandas que surgen aisladas y particulares, que van tejiendo cadenas equivalenciales en torno a un elemento común, pero que no se subsumen unas en otras sino que se “suturan” (Laclau, 2006: 23).

En la concepción de Laclau, un *pueblo* es la resultante del mencionado trabajo subjetivo de articulación hegemónica y de una guerra de posición, es decir, de una práctica revolucionaria. Este proceso da lugar a la construcción de

7 “Che”. FEN, Córdoba, 1968.

8 “Desde 1955 el movimiento peronista...”, FEN-JP, Bs. As., 1973.

9 Testimonio de Catalina, entrevistada por Anchou (2007: 11)

una nueva identidad social y política a partir de una dispersión de puntos de ruptura, es decir, que transforma a los agentes sociales intervinientes en un “pueblo”. “La constitución de agentes nuevos se refiere al pueblo, es decir, cuando el proceso rebasa los aparatos institucionales más allá de cierto límite, comenzamos a tener el pueblo del populismo” (Laclau, 2006: 12).

Podemos vislumbrar así los postulados del FEN en el sentido de su voluntad de construir un *pueblo* en tanto *sujeto revolucionario*, a través de la articulación entre sectores, de la unificación con las luchas populares y del intento de crear nexos equivalenciales entre las demandas del movimiento estudiantil y las del movimiento obrero, en base a su común enfrentamiento al régimen dictatorial y a la necesidad de un cambio revolucionario:

La lucha es por la expulsión del imperialismo, es por la liberación nacional, es por la construcción del socialismo transitando el camino nacional.¹⁰

Tal como afirmábamos más arriba, los actores, sumados a “la lucha unida del pueblo en el camino de la revolución nacional”, aparecen como parte de una misma trama: el espacio del “pueblo” y de la “revolución”.

Ahora bien, ¿cuál es el contenido de la revolución que prevalece en el discurso del FEN? El peronismo aparece como un componente esencial de la posibilidad revolucionaria... ¿Pero de qué revolución? Según Omar Acha, refiriéndose sobre todo a los sectores de izquierda que se acercaron al peronismo, éstos veían en el peronismo el vector de la revolución posible, pero sin olvidar ensamblarla (...) en otra revolución, de corte socialista. El pueblo real, peronista, se moviliza por una “revolución nacional”; sólo más tarde se realizará en su huella la revolución proletaria” (Acha, 2009: 220). En el discurso del FEN se vislumbra una

¹⁰ “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

revolución definida en términos de una “vía nacional” para la creación de una “nueva sociedad” y para la “construcción del socialismo”¹¹. Es decir, es necesario transitar el camino nacional, la “revolución nacional”, para llegar finalmente al socialismo. Digamos que esa sucesión de etapas no es enfatizada, sino que además, la idea de una futura Patria Socialista quedará a partir de 1972 sólo como parte del discurso de los sectores ligados a la Tendencia revolucionaria, mientras que el FEN abrazará la consigna de la Patria Peronista, de volver a ese paraíso peronista perdido. En todo caso, esencialmente la concepción revolucionaria que predomina en el discurso es la de una revolución que es *a la vez* popular, nacional y social.

Desde una perspectiva diacrónica, la noción de revolución está asociada en primer lugar a la “revolución antiimperialista” y luego a la “liberación nacional y social”. En 1965/66, la lucha antiimperialista vertebró el proyecto revolucionario y es el eje articulador del discurso en este período. El enfrentamiento al enemigo común –el imperialismo– se espera que “vaya abriendo la perspectiva de la liberación nacional”.¹² La revolución es entonces conceptualizada como “revolución antiimperialista”, esencialmente oponiendo “la violencia del pueblo” a “la violencia del régimen”.¹³ Según Altamirano, el imperialismo es la clave de todo el discurso de los grupos disidentes, sobre todo de la izquierda, posterior a 1955 (Altamirano, 2001: 70). La dimensión antiimperialista aparecerá más tarde de la mano del peronismo, e incluso en documentos de 1970 se resalta la presencia de “corrientes antiimperialistas”¹⁴ dentro del peronismo y sus “contenidos antiimperialistas”¹⁵.

11 “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970. Pág. 6.

12 “Che”, FEN, Córdoba, 1968.

13 “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.

14 “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As. 1969.

15 “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

Si bien en textos de 1968 y sobre todo de 1969 –que ya mencionamos– el proceso peronista no es visto como una revolución en sí, sí aparece como un paso en el desarrollo de la clase obrera como sujeto revolucionario. El contenido revolucionario del peronismo está dado por “la clase obrera”¹⁶ y las tendencias antiimperialistas que se desarrollan en su seno. En tal sentido, según Hilb y Lutzky, gran parte de los actores de la época identifican al peronismo como el enemigo del régimen al que combaten, como un hecho de resistencia en sí y no sólo –o no tanto– como una adhesión al pasado (Hilb y Lutzky, 1984: 21).

Pero la revolución aparece como algo que “no es sólo de los peronistas” sino de todos los que “sepan colocarse a la cabeza de las luchas de nuestro pueblo”, y aquí emerge nuevamente la veta vanguardista del FEN, aunque se aclara que ello debe hacerse *sólo a partir de* “la comprensión del proceso de lucha del pueblo”.¹⁷ Por lo tanto, requiere de una interpretación del peronismo y la aceptación de la identidad política de la clase obrera.

En 1970 la revolución, de la mano de los obreros peronistas, tiene como fin “la construcción de la nueva sociedad”. Y ella debe hacerse por el “camino nacional hacia la construcción del socialismo”, y de una “política de liberación nacional y social”.¹⁸

Ya en los textos de 1972 la revolución aparece como “guerra revolucionaria popular” que apunta a “la destrucción del sistema y sus instituciones”.¹⁹ Es interesante esta postura tan radical en términos de guerra y de violencia en una etapa en la que el FEN, junto a GH, estaba construyendo una alternativa para la lucha armada. Sin embargo, debe entenderse en un contexto en el que el Gran Acuerdo Nacional aparecía como un gran polarizador de posiciones.

¹⁶ “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As. 1969.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ “Periódico del FEN...”, FEN, Bs. As. 1970. Pág. 6.

¹⁹ “Cuando la limosna es grande...”, FEN, Bs. As. 1972.

En tal sentido, el FEN, así como GH, entre otras agrupaciones, se encontraban dentro de los sectores “duros” que no aceptaban ningún tipo de acuerdo y se oponían a los sectores paladinistas o colaboracionistas. Para el enunciador, el GAN aparece en este documento como “un canto de sirena”, “un manotazo de ahogado de un sistema tambaleante” que “apela a los caballos de Troya del movimiento popular”, es decir, a “las posiciones conciliadoras” del peronismo para “frenar la lucha”. Quienes se pliegan al llamado del GAN también forman parte del enemigo imaginado del discurso del FEN: los “traidores” como Paladino, etc.

Según el FEN, en esta instancia la revolución tiene como punto de partida el reconocimiento del peronismo “como un planteo claro de *reconquista* del poder popular” –y de allí la idea de recuperación que entraña la revolución–, porque además el movimiento “sintetiza la negación al neo-colonialismo”, porque “se plantea una nación independiente y la liberación de la clase obrera”. Pero sobre todo, lo más interesante es que el peronismo aparece como “constructor del socialismo en Argentina”. En este sentido, más que una peronización del discurso, lo que se advierte es una visión izquierdizante del peronismo, como realizador del “socialismo nacional”.

Esta idea de revolución como guerra persiste en documentos del año siguiente, sobre todo en algunos producidos en forma conjunta con la JP, donde se la caracteriza como “guerra integral y de desgaste”, llevada a cabo por el peronismo “con el objetivo de recuperar el poder. En este sentido, por un lado, aparece la idea de guerra ligada a una noción de “revolución hacia atrás”, como recuperación de lo perdido. Además aparece la revolución definida no como toma del gobierno: ésta sería sólo un paso en el objetivo estratégico de la “toma del poder”. Por otro lado, aparece una valorización positiva de las acciones tendientes a “desgastar y acorralar al sistema”, llevadas a cabo por

el peronismo, desde “los caños de la Resistencia”, huelgas, atentados, hasta “la participación de las formaciones especiales peronistas”, las movilizaciones del Cordobazo, etc.

En este sentido, creemos que este lenguaje de la guerra y la *violencia* debe entenderse sobre todo en un contexto en el que el militarismo impregnaba a todas las organizaciones, sobre todo en el discurso “hacia fuera” que la organización mantenía, más allá de que hacia adentro iban alentando cada vez más la idea de revolución en términos de recuperación del pasado, de lo realizado por Perón entre 1946 y 1955.

La imagen del peronismo y la figura de Perón

En cuanto a la visión de peronismo que sostienen estos sectores, tal como hemos afirmado desde el comienzo, el proceso de peronización implicó un cambio sustancial en la percepción de estos sectores, que evidentemente alentó la aproximación del movimiento estudiantil hacia el peronismo.

Según María Cristina Tortti, uno de los elementos del acercamiento de sectores provenientes de la izquierda socialista al campo de lo “nacional y popular” fue precisamente “la reinterpretación del peronismo en términos de ‘movimiento de liberación nacional’” junto con la admiración por la revolución cubana, “que había logrado amalgamar antiimperialismo y revolución social”. (Tortti, 2009: 19)

Ya sea que se lo considerara como la concretización de la unidad obrero-estudiantil, como un movimiento de liberación nacional, como parte de un frente de fuerzas antiimperialistas, como motor de la revolución nacional y social, etc. en todo caso el peronismo aparece como posibilidad de transformación, como un acontecimiento progresista y emancipador, y sobre todo como alternativa frente a la dominación imperialista, oligárquica y dictatorial.

Efectivamente, según Hilb y Lutzky a partir de 1970 la definición principal de todos los sectores políticos actuantes girará en torno al eje de la oposición o apoyo al gobierno militar (Hilb y Lutzky, 1984: 20) es ese carácter de resistencia y lucha lo que convoca a los sectores juveniles que se acercan al peronismo.

En los escritos de TAU persiste una visión del peronismo como una “ideología burguesa”, que favorecen los intereses inmediatos de la clase obrera pero al precio de “enajenar su conciencia de clase”, y aparece la necesidad de “romper con la disposición claudicante y burguesa del peronismo”.²⁰

Vemos en este análisis concepciones típicas de la formación marxista de la agrupación. Sin embargo, comienza a vislumbrarse una valoración de ciertos sectores combativos dentro del peronismo, con una postura más revolucionaria, y enfrentados a la burocracia sindical. Y posteriormente se apreciará también la experiencia de lucha de la clase obrera forjada sobre todo durante la época de la Resistencia peronista.

Pero principalmente “es la presencia de la clase obrera en el peronismo”²¹ la que lo dota de ese carácter revolucionario que estos sectores reconocen como positivo, sobre todo teniendo en cuenta que su procedencia marxista los lleva a ubicar al proletariado/clase obrera en el centro de las posibilidades de transformación revolucionaria de la sociedad.

Un elemento crucial en el acercamiento parecería haber sido, entonces, la visualización por parte del movimiento estudiantil de la capacidad transformadora del movimiento proscrito: el peronismo aparecía como la coronación del movimiento popular que, al contener en su seno al proletariado, estaba llamado a concretar la revolución nacional y social.

²⁰ “Declaración de Principios de TAU”, TAU, Bs. As., 1965.

²¹ “Por un 17 combativo...”, FEN, Bs. As., 1969.

Vemos de esta manera cómo va modificándose la percepción del *otro* peronista dentro de ciertos sectores del movimiento estudiantil. Ese *otro* ya no es el polo de la barbarie salvaje, peligrosa y amenazante, sino un *otro* a quien se intenta acercar, y en tal sentido, no se lo ve como ajeno al propio universo simbólico, como externo al propio espacio de representación –porque tal ajenidad o externalidad impediría el diálogo– sino como otro simplemente diferente. Y esa diferencia hace posible encontrar elementos en común, conformar nexos equivalenciales, en términos de su oposición común al régimen dictatorial y a las fuerzas imperialistas: “La clase obrera argentina con su experiencia de lucha, con sus banderas nacionales y populares, expresadas en el Peronismo, vuelven a ser hoy la contradicción insalvable del régimen neocolonialista.”²²

En el discurso del FEN aparece constantemente la referencia al peronismo, sobre todo, a la “clase obrera peronista”, mediante operaciones de reconocimiento y elogio.

De esta manera comienza a aparecer, a partir de 1970, una concepción del peronismo como “parte del polo popular”²³, se habla del “legado peronista”, que consiste en haber dejado “una clase obrera politizada” con una poderosa “organización sindical”, expresión de “las principales luchas de masas”²⁴, se valoran las luchas “nacionales y populares” llevadas adelante por el peronismo²⁵, se reconoce la experiencia de la clase obrera que “guarda toda una historia de lucha antiimperialista”, que le ha otorgado a la clase obrera “una conciencia nacional”²⁶, se define al peronismo como “un sentimiento popular que unifica a las masas tras

²² “Otro golpe presente...”, FEN, Córdoba, 1970.

²³ “Por un 17 combativo...”, FEN, Buenos Aires, 1969.

²⁴ “Ante el paro del 23...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

²⁵ “Por la prosecución de nuestras luchas...”, FEN-UNE-FURN, Buenos Aires, 1969.

²⁶ “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Buenos Aires, sin fecha.

ideales nacionalistas y antiimperialistas”²⁷: es “el movimiento representativo de las experiencias de nuestro pueblo”. Resalta su carácter de “nacionalismo popular y antiimperialista”, que “expresa políticamente los sentimientos de la clase obrera real”²⁸, donde el término “real” tiene una doble connotación: por un lado el discurso del FEN asimila “peronismo” y “clase obrera” con “realidad nacional”, es decir, la realidad circula por los carriles de lo que le ocurre a los sectores populares, la realidad consiste básicamente en los padecimientos del pueblo, y por lo tanto es necesario ser capaz de ver esa realidad para comprender al peronismo; y por otro lado, el término “real” implica que no se trata ya de una abstracción, y así establece una distancia con la matriz marxista, no se trata “del proletariado de los textos de Marx” como dirán algunos testimonios, sino de la clase obrera que en Argentina, en nuestra realidad, es peronista.

Nuestra clase obrera, joven aun, guarda no obstante todo un caudal de lucha antiimperialista [...] Toda esa experiencia de lucha se expresa políticamente en el nacionalismo popular y antiimperialista del Peronismo que es el movimiento representativo de todas esas experiencias de nuestro Pueblo.²⁹

En el discurso del FEN, la idea de *pueblo* aparece como una superación de la noción marxista de *clase*, y vemos que en general, dentro de los replanteos operados, los sectores en tránsito hacia la peronización manifestaban en el discurso “la superación que significa el ‘pensamiento nacional’ respecto del marxismo, por ejemplo, en cuanto al reemplazo del concepto marxista de proletariado por el de ‘pueblo’ [...] el de lucha de clases por el de ‘liberación nacional’ [...] y el de economía por ‘política’” (Suasnábar, 2004: 251).

²⁷ “Periódico del FEN...”, FEN, Buenos Aires, 1970.

²⁸ “Homenaje a Felipe Vallese”, FEN, Buenos Aires, sin fecha.

²⁹ “La clase obrera argentina y el 1º de mayo”, FEN-MIM, Bs. As., sin fecha.

Ollier destaca el lugar de faro que adquiere la categoría de *pueblo*. Sin embargo, advierte acerca de la reducción del peronismo exclusivamente a la figura del pueblo, y en este sentido cabe reflexionar en torno a la certeza de que encontrarse con el peronismo significaba acercarse al pueblo real y no a la clase obrera de los libros de Marx. En este sentido, nos preguntamos si en realidad los militantes del FEN en algunos momentos del discurso no construyeron otra abstracción: asimilar pueblo con peronismo, identificar peronismo con movimiento revolucionario, no ver las heterogeneidades dentro del movimiento, desconocer a los otros peronistas (no revolucionarios) y las pugnas de poder dentro del peronismo, de manera que esos otros (los no revolucionarios, los que pretenden liderar el movimiento, los que disputan el poder) son arrojados fuera del peronismo, son ubicados en el lugar de la “traición” (en oposición a la “lealtad” del pueblo) y, por ende, en el lugar del enemigo.

Por otra parte, Hilb y Lutzky hacen referencia a un proceso de “autolegitimación por esencias” y por “interpelación a los ojos de las masas” encarado por estas agrupaciones. En este sentido, las masas, el pueblo, en nombre de quien se tomará el poder, constituyen la “esencia” de la revolución en curso y la acción de la organización se justifica función de esta “esencia” objetiva (Hilb y Lutzky, 1984: 29).

Según los autores, esta concepción, fundada en la idea de *pueblo* como *esencia*, daría lugar a un pensamiento político mesiánico, portavoz de un proyecto “en nombre de” en el cual los supuestos depositarios del proyecto en realidad son constituidos en objeto y en el cual, finalmente, el único sujeto (aparte de la organización) es el enemigo. Es decir, “la referencia al Pueblo no es solamente la referencia al Pueblo-esencia, es al mismo tiempo referencia al pueblo-objeto: las prácticas autónomas de los sectores populares no pueden ser pensadas más que ligadas a la actividad de la organización, como un ‘momento’ de ésta” (Hilb y Lutzky, 1984: 33). Así el pueblo-sujeto de la revolución se convierte en pueblo-objeto de la misma.

Los estudiantes, con la presencia decisiva de los agrupamientos nacionales han encontrado el verdadero y único camino de unidad junto a los trabajadores: el de la unidad por la liberación nacional, desterrando para siempre el antiperonismo –que en la práctica significaba la negación de la clase obrera– comprendiendo el significado real de las luchas nacionales y populares ejecutadas desde el peronismo y ubicando como objetivo central la derrota violenta de los oligarcas pro-imperialistas y la necesidad de rescatar el poder para el pueblo.³⁰

En el caso del FEN, el *pueblo* aparece, sobre todo, legitimando su *peronización*: el *pueblo* es el *pueblo peronista*, símbolo del peronismo genuino, auténtico, verdadero. Tomando en cuenta algunos testimonios, cuando se les preguntaba cómo legitimaban que eran peronistas, los viejos militantes del FEN respondían: “en el encuentro con el pueblo... Entonces, cuando decías ‘el pueblo es peronista, nosotros estamos con el pueblo, somos peronistas’. En esa síntesis se daba la reivindicación nuestra.”³¹

Por un lado, la unificación de las luchas estudiantiles con las de los trabajadores está subordinada al objetivo superior de la liberación nacional. Y también aparece en algunos fragmentos la necesidad de que las prácticas de los sectores populares puedan ser canalizadas de manera que resulten funcionales al proyecto más amplio de la revolución, que se supone que es el objetivo del pueblo peronista y de Perón.

Es decir que si bien hay una idealización del pueblo (es el pueblo peronista, verdadero), hay un proyecto “en nombre de” ese pueblo (de rescatar el poder para el pueblo) y hay una legitimación por apelación al pueblo, todos estos elementos están condicionados por la “verdadera comprensión” del peronismo y de la identidad de la clase obrera. Y

³⁰ “Por la prosecución de nuestras luchas...”, FEN-UNE-FURN, Bs. As. 1969.

³¹ Entrevista, 29/09/04.

hay, además, un intento de construir un pueblo como sujeto revolucionario (no como objeto-esencia), producto de una articulación hegemónica.

En cuanto al lugar de Perón, los miembros del FEN le reconocen el papel de conductor y al mismo tiempo lo instalan en la dimensión de lucha. Según Laclau, “se identificó a la figura de Perón con la emergente identidad nacional y popular antisistema” y en torno al “antagonismo fundamental” entre Perón desde el exilio encarnando al Pueblo, y los sucesivos gobiernos representando al imperialismo y a la oligarquía aliada a él, “comenzó a tomar forma el nuevo populismo argentino”. (Laclau, 2005: 267)

La figura de Perón actuaría en este contexto como un “significante vacío”, y la peronización sería el resultado de una construcción activa de los agentes, y no algo meramente pasivo, porque los mismos agentes se ven transformados por esta construcción, pero no en tanto conversión plena y absoluta, como lo plantean los actores, sino en tanto reconstrucción de la propia identidad, aunque siempre de manera precaria. Es interesante, sin embargo, analizar cómo estos actores necesitaban construir un discurso de la peronización en términos de “conversión plena” para poder legitimar su ingreso al Peronismo, y, paralelamente, presentar a la peronización como algo cualitativamente diferente y “nuevo”, en un sentido muy similar a lo que Laclau postula como “investidura radical”, que no es otra cosa que el resultado de una práctica hegemónica tendiente a construir un Pueblo (Laclau, 2005: 267).

Pero la mayor legitimación posible provenía, en última instancia, de la aprobación de Perón, de la confirmación de que todo lo que se estaba haciendo, se estaba haciendo de acuerdo con los objetivos del Movimiento. Si los integrantes del FEN se declaraban peronistas era porque el pueblo era peronista; pero el pueblo era peronista en y por la palabra de Perón. Por lo tanto, entrar al peronismo era “entregarse” a la palabra de Perón y dejarse transformar.

En tal sentido, en una entrevista al líder del grupo, Roberto Grabois, publicada en *La Opinión*, define “ser peronista” en términos no sólo de “desarrollar una práctica política consecuente con los intereses de la liberación nacional y social argentina” sino sobre todo de “reconocer y acatar el liderazgo del general Perón”. Perón aparece definido aquí como “un fiel intérprete de las necesidades de los trabajadores” que además “permitió la incorporación al movimiento nacional de otros sectores: clase media pauperizada, estudiantes, intelectuales, etc.”, con lo cual “Perón adquiere el carácter de líder del movimiento nacional además de seguir siendo el jefe político del partido mayoritario”.³²

Además, en los documentos, la figura de Perón aparece conceptualizada como quien “resume e interpreta la conciencia de millones de argentinos” y como “la conciencia histórica y colectiva de la Nación en su camino hacia la construcción del Socialismo Nacional”.³³

Ello es consistente con el planteo del FEN de un total verticalismo respecto a Perón, en lo cual fundaron su “peronización”, y una absoluta sumisión a la palabra del líder, condición para arribar a lo más genuino del peronismo e integrarse a él orgánicamente.³⁴

Altamirano habla de una doble imagen del peronismo a partir de 1955: la imagen del peronismo verdadero, auténtico, como una dimensión virtual y simbólica, que refiere a una expectativa de ser y estar en el peronismo, en contraste con el peronismo fáctico, empírico, privado de verdad

³² “El sociólogo Roberto Grabois expone el tránsito de la juventud izquierdista hacia el justicialismo”, *La Opinión*. Pág. 10. 01/09/1971.

³³ “Retorno incondicional de Perón a la Patria y al Poder”, FEN-OUP, Buenos Aires, 1973.

³⁴ En este sentido, también rechazaron la lucha armada, o sólo la contemplaron en el mismo sentido que entendían que lo planteaba Perón: como formaciones especiales en determinada coyuntura política. De ahí sus reservas respecto a lo que consideran un mal uso del poder que esos jóvenes pudieron haber hecho y la visión de que “la lucha armada era una trampa [...] y había que hacer un camino ordenado hacia el peronismo” a partir de GH. (Testimonio de Catalina, en Anchou, 2007: 41-42)

pero existente en la figura de los dirigentes sindicales. En sí ese peronismo verdadero remite a una ausencia: la de Perón en el exilio o la del pueblo excluido. “El peronismo verdadero es una expectativa sobre las virtualidades del peronismo que constituyen su verdad. El tiempo de la expectativa –el del retorno o el rescate– y el del pasado son los dos dominios temporales del peronismo verdadero”. (Altamirano, 2001: 111) De manera que se ubica en la figura de los trabajadores y del pasado peronista el lugar del auténtico peronismo.

Es decir, la imagen del peronismo que se construye en el discurso del FEN tiene que ver en primer lugar con la referencia casi exclusiva a la “clase obrera peronista”, a los trabajadores, con una revalorización de su lucha, y en esta línea, con un elogio constante a sus principales hitos, como es el caso del 17 de octubre, símbolo de la inserción tumultuosa de la nueva clase obrera en la escena política nacional, cuya simple alusión creaba el efecto discursivo de insertarse en la tradición histórica del peronismo. Y por otro lado, la construcción de la figura de Perón como lugar de verdad (quien interpreta, resume, expresa al pueblo trabajador) y como dimensión de lucha y resistencia (contra el imperialismo, la oligarquía, la proscripción).

Podemos concluir respecto a estas concepciones que emergen del análisis de los documentos, la construcción de una visión polarizada de la sociedad, una concepción idealizada del peronismo y una apreciación simplificada del pueblo, pero también un intento de articulación hegemónica, de guerra de posiciones, una idea revolucionaria ligada a la recuperación del pasado (de rescate del verdadero peronismo) y a su vez, una percepción particular de Perón como lugar de la lucha, lo cual los llevará a plantear su propia legitimación en términos no sólo de ingreso orgánico al peronismo, de conversión absoluta, sino, además, la búsqueda del aval de su conductor como máxima certificación de su peronización, como garantía de incorporación al verdadero peronismo.

Conclusión

En este trabajo hemos intentado analizar cómo el FEN construyó su identidad peronista a través de su discurso. Para ello hemos rastreado las principales herramientas conceptuales y argumentativas puestas en práctica para lograr su inserción en el dispositivo de enunciación peronista. En tal sentido, creemos que esto ha sido posible en tanto el discurso del FEN está habitado por huellas que permiten reconstruir el proceso de peronización atravesado por sus protagonistas.

Partimos del supuesto de que existe una red interdiscursiva en constante movimiento que da lugar a discursos que circulan dentro de un clima de ideas de una época y que delimita lo que es decible en un tiempo y un lugar determinados. De esta manera, ese sujeto que enuncia el discurso presenta ciertos temas y los desarrolla de una forma determinada, muestra ciertas representaciones acerca del mundo y de los otros sujetos con los que interactúa, se ubica y crea una imagen de sí mismo, pone en marcha diversas operaciones argumentativas, ancla su discurso en determinados tópicos, etc., todo lo cual nos permite reflexionar acerca de los modos a través de los cuales el FEN fue construyendo su identidad militante. Creemos que las identidades, en tal sentido, pueden entenderse como un producto de ese discurso social y que son parte de un proceso dinámico de configuraciones y reconfiguraciones, con diferentes niveles de “cierre”.

Entre el conjunto de marcas materiales que dan cuenta de tal recorrido, y que pueden visualizarse en el discurso de esta agrupación, hemos podido apreciar la imagen de sí mismo, así como también de sus destinatarios, que construye el FEN. Respecto a lo primero, el sujeto de la enunciación se posiciona como componente del movimiento

estudiantil, como parte de la juventud de clase media, pero también como integrante del campo popular, como un sujeto en tránsito hacia la confluencia con el movimiento obrero peronista. Se trata de un actor colectivo, combativo, contestatario, comprometido con la realidad nacional, que inscribe sus enunciaciones dentro de un tiempo histórico caracterizado por las posibilidades de transformación social y por la idea de revolución popular. De esta manera recrea en su discurso una identidad militante que exalta la figura del joven, del estudiante comprometido, y ubica las luchas universitarias en el marco más amplio de las luchas del polo popular. Pero además, pone en escena un carácter altamente crítico con el sistema político y con la situación universitaria, y polémico respecto a la figura del enemigo.

Respecto a esto último, la imagen del enemigo aparece vinculada al imperialismo y a todo lo asociado a él (clases dominantes, dictadura). Este enemigo es criticado, degradado y descalificado constantemente, pero no es interpelado en forma directa, quedando excluido del circuito comunicacional que el discurso establece. Hay una imagen positiva que se conforma en torno a la figura de la clase obrera peronista. Ésta tampoco es interpelada directamente, pero su presencia es muy fuerte en el discurso, a través de operaciones de elogio y reconocimiento de la experiencia de lucha que le permiten al enunciador ubicarlos dentro del campo propio, conformar un colectivo de identificación en este proceso de peronización. Por otro lado, los estudiantes sí son instados en forma directa a participar en el proceso de luchas populares y antiimperialistas iniciado. Prevalece en el discurso la función persuasiva y argumentativa en torno a tres ejes: pasar de una actitud pasiva a ser partícipes activos de la movilización popular, ir de lo reivindicativo y académico al espacio más amplio de la realidad nacional y abandonar posturas reformistas o iluministas en pos de configurar un frente de acción nacional y popular.

En definitiva, el discurso del FEN configura su identidad definiendo amigos y enemigos, y legitima su palabra revalorizando a unos y denunciando a otros.

La dimensión polémica y la construcción dicotómica de la destinación (que en sí es parte de todo discurso político) están asociadas en el caso del FEN a una visión semejante de la sociedad como espacio polarizado, dividido en dos bloques, donde la delimitación de tales fronteras permite construir la identidad propia siempre en relación al Otro como antagónico. En este contexto, la visión del conflicto como algo irreconciliable, así como su resolución, están fuertemente asociados a la violencia, no dejando lugar para una solución basada en el consenso. Como señala Ollier, estos sectores aprehendieron una imagen de la política como antinomia irresoluble, en un contexto político, institucional y cultural opresivo e injusto. Precisamente este contexto de aprendizaje condiciona la identidad política de los actores, sus modos de ver el mundo y de posicionarse en él.

Se trata, sin embargo, de una violencia a la que se apela discursivamente pero que sólo es justificable en un contexto de dictadura y en términos de una herramienta más a utilizar en términos tácticos, no como estrategia de poder. Por otra parte, la utilización de este lenguaje militarizado por parte de una organización que rechazará la lucha armada debe entenderse en un contexto en el que el militarismo impregnaba el discurso de la mayoría de las organizaciones. De manera que el discurso está habitado por otras voces, y el sujeto-FEN produce y reproduce ideas que son parte de esa matriz de sentido que delimita lo que es susceptible de decirse en el marco de una determinada formación social. De ahí que su inscripción en un marco de sentido dado, en un modo de ver el mundo, remita ineludiblemente a posiciones ideológicas.

La presencia de la alteridad en el propio discurso puede ser más o menos mostrada, explícita o consciente. En el caso que nos ocupa podemos apreciar tanto vestigios de

discursos compartidos que impregnan el propio, como huellas de una estrategia deliberada de inscripción dentro del dispositivo peronista. En este último caso, el enunciador decide traer al discurso determinados elementos que considera pertinentes para legitimar su peronización, como, por ejemplo, la introducción de la noción de pueblo, la revalorización de la clase obrera, su consideración como sujeto revolucionario, el reconocimiento de fechas conmemorativas importantes dentro de la tradición peronista, etc. Se inscribe así dentro de una memoria discursiva que retoma el pasado y lo exalta, elogiando las gestas peronistas, recordando a sus caídos, rememorando fechas significativas, glorificando a sus héroes.

De esta manera, el 17 de octubre es definido como símbolo de la irrupción de la clase obrera en la escena política, como primer paso en el proceso revolucionario, cuya simple mención en el discurso permite insertarse en la tradición histórica del movimiento (si bien su alusión no es patrimonio exclusivo del FEN). A su vez, el peronismo aparece formando parte del polo popular y antiimperialista, como motor de la revolución; mientras que Perón es designado como dimensión de lucha, de resistencia y de verdad, como quien interpreta y expresa al pueblo trabajador, y cuyo regreso permitirá el triunfo revolucionario.

En esta perspectiva, la idea de revolución tiene que ver con el retorno, con la recuperación de un pasado feliz, que se retrotrae a la etapa del peronismo en el poder, tiempo en que reinaba el “verdadero peronismo”. Es decir, lo auténtico, genuino, verdadero del peronismo tiene que ver con un pasado recuperable y con un horizonte utópico deseable, ambos alcanzables a partir de la revolución. Prevalece una idea de revolución “hacia atrás” que es simultáneamente popular, nacional y social, y que se engarza con el discurso de la Liberación que está presente en términos de un proyecto contenedor, superior, que enmarca el conjunto de las luchas del pueblo. Dentro de este proyecto, la ubicación que

asume el FEN es la de estar junto al pueblo, como parte del polo popular y revolucionario, acompañando sus luchas, sin intentar ser su vanguardia política.

Sin embargo, hemos detectado algunos matices vanguardistas en el discurso, que emergen en determinados momentos y que están ligados a la idea de apuntalar esas luchas, o bien de subordinar toda práctica de los sectores populares al objetivo de la “liberación nacional”, o bien de integrarlas a un proyecto que aparece como superior, que se presupone que es también el objetivo del pueblo. Hay además una esencialización y objetivación del pueblo, así como la exaltación de “nuevas concepciones” (por parte de los sectores estudiantiles) que parecen derribar toda una “tradición de lucha” con determinadas prácticas instituidas y cristalizadas (que fueron revalorizadas en otro momento), y que intentan “organizar las luchas del campo popular”, o que pretenden lograr en el movimiento obrero una “superación de su nivel de conciencia”. Y nos encontramos también con ciertas abstracciones como la de asimilar pueblo con peronismo, y peronismo con movimiento revolucionario, y, en esta simplificación, desconocer la existencia de otros sectores (no revolucionarios) dentro del peronismo.

Creemos que estos matices no anulan ese intento, aunque sí nos permiten señalar el carácter abierto, precario, “en proceso”, del discurso y de la configuración de la identidad colectiva, en términos de un recorrido de identificación atravesado por los actores “en tránsito” hacia el peronismo.

Si bien consideramos que el discurso no es algo homogéneo y absolutamente cerrado –sino que existen contradicciones, gradaciones, rupturas, etc., así como voces ajenas que se cuelan y nos atraviesan– creemos que el FEN necesitaba presentarlo como tal, en términos de una conversión plena, de una transmutación, un todo cerrado y lineal para poder legitimar su inserción en el dispositivo peronista de manera exitosa.

En todo caso, el ideal de plenitud persiste como horizonte deseable. Y esa posibilidad permite al sujeto instalar la ruptura, aunque sólo sea de manera contingente, inacabada e incompleta. Se trata de una instancia esencialmente política y enunciativa a la vez, el momento en que el sujeto construye su identidad política, establece determinados modos de ver el mundo, lugares de posicionamiento ideológico, campos amigos y enemigos, siempre en relación de alteridad y antagonismo, que es lo propio del discurso y la práctica políticos.

Bibliografía

- ABOY CARLES, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Colección Politeia. Buenos Aires: Homo Sapiens, 2001.
- ACHA, Omar. *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2009.
- ALLERBECK, Klaus Y ROSENMAYR, Leopold. *Introducción a la sociología de la juventud*. Serie Estudios e Investigaciones. Buenos Aires: Kapelusz, 1979.
- ALTAMIRANO, Carlos. "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio". *Prismas*, Revista de historia intelectual, N° 1, Quilmes: UNQ-UBA-CONICET, 1997.
- ALTAMIRANO, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas, 2001.
- AMOSSY, Ruth y HERSCHBERG PIERROT, Anne. *Estereotipos y clichés*, Enciclopedia Semiológica, Buenos Aires: Eudeba, 2005.
- ANCHOU, Ángeles. *Guardianas. Las mujeres de Guardia de Hierro*. Programa de Historia Oral, FFyLL, UBA. Buenos Aires: Imago Mundi, 2007.
- ANGENOT, Marc. *La parole pamphlétaire*. París: Ediciones Payot, 1982.
- ANGENOT, Marc. *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Ed. UNC, Córdoba, 1998.
- ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín. *La Voluntad: Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Tomo I (1966-1973). Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 1998.
- ANSCOMBRE, Jean Claude. "La théorie des topoï: sémantique ou rhétorique?", *Hérmes* N° 15, Université de Paris, 1995.

- ANZORENA, Oscar. *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía al golpe de Videla*. Ediciones del pensamiento nacional. Buenos Aires: Editorial Colihue, 1998.
- ARISTÓTELES, *El arte de la retórica*, Buenos Aires: Eudeba, 2005.
- ARNOUX, Elvira Narvaja, *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2008.
- AUTHIER-REVUZ, Jacqueline. "Heterogeneidad/des Enunciativas", *Langages* N° 73, Paris, Larousse, marzo de 1984.
- BAJTÍN, Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI editores, 1999.
- BARLETTA, Ana María. "Universidad y política. Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista". (1966-1973) La Plata: UNLP, 2000.
- BARTOLUCCI, Mónica. "Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía", *Estudios Sociales*, año XVI, primer semestre 2006.
- BOBBIO, Norberto. *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2005.
- BONAVENA, Pablo y otros. *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina: 1966-1976*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.
- BOURDIEU, Pierre. *Sociología y cultura*. Colección Los Noventa, N° 11. México: Editorial Grijalbo, 1984.
- BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude. *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Serie Sociología y Política. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- BOZZA, Juan Alberto. "Fiscales contra el Imperio. Las concepciones antiimperialistas de la CGT de los Argentinos. Rigor analítico y compromiso militante". En X Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, Rosario, 2005.
- CARNOVALE, Vera. "El concepto de enemigo en el PRT-ERP", *Revista Lucha Armada en la Argentina* N° 1, octubre de 2009.

- CARNOVALE, Vera; LORENZ, Federico y PITALUGA, Roberto (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: Cedinci editores, 2006.
- CASULLO, Nicolás y otros. *Itinerarios de la modernidad: corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- CATARUZZA, Alejandro. "El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil den la Argentina de los años 70", *Entrepasados*, N° 13, Buenos Aires, 1997.
- CERUTTI GOLDBERG, Horacio. *La filosofía de la liberación latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- CHARAUDEAU, Patrick. "¿Para qué sirve analizar el discurso político?", *Revista DeSignis* N° 2, Madrid: Gedi-sa, 2002.
- CODESIDO, Lucas. "'Liberación' en Cristianismo y Revolución. Una aproximación al análisis conceptual." EN: IV Jornadas de trabajo sobre historia reciente, Rosario, 2008.
- COURTINE, Jean Jacques. "Analyse du discours politique", *Languages* N° 62, Paris, Larousse, 1981.
- CUCCHETTI, Humberto. "De la resistencia peronista al comunitarismo católico: un linaje de conversión católica en trayectorias justicialistas", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 7-2007.
- CUCCHETTI, Humberto. "Articulaciones religiosas y políticas en experiencias peronistas: memoria política e imaginario religioso en trayectorias de la organización única del trasvasamiento generacional", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 7-2007.
- DE AMÉZOLA, Gonzalo. "El caso del realismo insuficiente. Lanusse, la Hora de los Pueblos y el GAN". EN: PUC-CIARELLI, Alfredo (comp.) *La primacía de la política*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.

- DE ÍPOLA, Emilio. *Investigaciones políticas*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1989.
- DE ÍPOLA, Emilio. *Ideología y discurso populista*, Colección Alternativas, Buenos Aires: Folios Ediciones, 1983.
- DE SANTIS, Daniel. *El PRT-ERP y el peronismo. Documentos*. Buenos Aires: Nuestra América, 2004.
- DUCROT, Oswald. "Esbozo de una teoría polifónica de la enunciación". EN: *El decir y lo dicho*, Buenos Aires: Paidós, 1986.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets, 1987.
- FOUCAULT, Michel. *L'archeologie du savoir*, Paris: Gallimard, 1969.
- GARCÍA NEGRONI, María Marta y ZOPPI FONTANA, Mónica. *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*. Buenos Aires: Hachette, 1992.
- GILLESPIE, Richard. *Soldados de Perón. Los montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo, 1998.
- GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- GOFFMAN, Erving. *Forms of talk*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1981.
- GOLDAR, Ernesto. *¿Qué hacer con Perón muerto? Los mitos de la izquierda peronista*, Buenos Aires: Textos de Utopías del Sur, 1990.
- GÓMEZ, Alejandra. *No nos han vencido. Historia del Centro de Estudiantes de Derecho-UBA*. Buenos Aires: Eudeba, 1995.
- GRECO, María Florencia. "La moral de los revolucionarios. Un análisis discursivo del Hombre Nuevo perredista", *IV Coloquio de Investigadores en Estudios de Discurso*, Córdoba, 2009.
- GREIMAS, Algirdas Julius y COURTÈS, Joseph. *Semiótica. Diccionario razonado de teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos, 1990.

- GUILHAUMOU, Jacques, MALDIDIER, Denise, y ROBIN, Régine. *Discours et Archive*. Paris: Mardaga, 1994.
- GUIMARAES, Eduardo. *Semântica do acontecimento*, Campinas: Pontes, 2002.
- HALL, Stuart y DU GAY, Paul (comps.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores, 2003.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.
- HERVIEU-LÉGER, Daniele. *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*. France: Flammarion, 1999.
- HILB, Claudia y LUTZKY, Daniel. *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: CEAL, 1984.
- JAMES, Daniel. *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1970)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- JELÍN, Elizabeth (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- KLEINER, Bernardo. *20 años de Movimiento Estudiantil Reformista (1943-1963)*. Buenos Aires: Editorial Platina, 1964.
- KOSELLECK, Reinhart. *Futuro Pasado*, Barcelona: Paidós, 1993.
- LACLAU, Ernesto. "Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo", Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1990.
- LACLAU, Ernesto. *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2005.
- LACLAU, Ernesto. "Por qué construir un pueblo es la tarea principal de política radical", Cuadernos del Cendes, año 23, num. 6d2, tercera época, 2006.
- LAPOLLA, Alberto. *El cielo por asalto (1966-1972). Volumen I. Kronos: historia de las luchas y organizaciones revolucionarias de los años setenta*. Buenos Aires: Ediciones de la Campana. 2004.
- MAINGUENEAU, Dominique. *Les thermes clés de l'analyse de discours*, Paris: Éditions du Seuil, 1996.

- MANCUSO, María (coord. acad.). "Movimiento Estudiantil (ME): de la "Revolución Libertadora" a la transición democrática". EN: VII Jornadas de Sociología "Pasado, presente y futuro" (1957-2007), UBA, 2007.
- MARGULIS, Mario; URRESTI, Marcelo. "La juventud es más que una palabra". EN: *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2000.
- MONTERO, Ana Soledad. "Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007)", *Revista Discurso & Sociedad*, Volumen 3, Nº 2, 2009.
- NEIBURG, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1998.
- O'DONNELL, Guillermo. *El Estado burocrático-autoritario*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982.
- OLLIER, María Matilde. *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Ariel, 1998.
- OLLIER, María Matilde. *Golpe o revolución: la violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2005.
- PECHEUX, Michel. "Lecture et mémoire: projet de recherche". EN: *L'inquietude du discours*, Paris: des Cendres, 1990.
- PECHEUX, Michel y FUCHS, Catherine. "Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours", *Langages*, Nº 37, Paris, Larousse, pp. 7-80, 1975.
- POTASH, Robert. *El ejército y la política en la Argentina: De la caída de Frondizi a la restauración peronista [I]: 1962-1966*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1984.
- POZZI, Pablo y SCHNEIDER, Alejandro. *Los setentistas. Izquierda y clase obrera (1969-1976)*. Buenos Aires: Eudeba, 2000.

- PUCCIARELLI, Alfredo Raúl. *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- RECALDE, Aritz e Iciar. *Universidad y Liberación Nacional*. Buenos Aires: Editorial Nuevos Tiempos, 2007.
- ROUQUIÉ, Alain. *Poder militar y sociedad política*. Buenos Aires: Emecé, 1978.
- SALAS, Ernesto. *La Resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: CEAL, 1990.
- SARLO, Beatriz. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Biblioteca del pensamiento argentino VII. Buenos Aires: Emecé, 2007.
- SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2002.
- SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo. *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba, 2003.
- SUASNÁBAR, Claudio. *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: FLACSO-Manantial, 2004.
- SVAMPA, Maristela y MARTUCCELLI, Danilo. *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1997.
- TALENTO, Miguel. "Universidad y Política (1955-1990)", Cuadernos de Cátedra. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2007.
- TARRUELLA, Alejandro. *Guardia de Hierro. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.
- TERÁN, Oscar. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto / Imago Mundi, 1993.
- TOER, Mario. *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Colección Biblioteca Política Argentina N° 229. Buenos Aires: CEAL, 1988.

- TORTTI, María Cristina. "Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina del GAN" EN: Pucciarelli, Alfredo Raúl, *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- TORTTI, María Cristina. *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva izquierda" (1955-1965)*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2009.
- VALLES, Miguel. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis, 1997.
- VERÓN, Eliseo. "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". EN: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette, 1987.
- VERÓN, Eliseo. *La semiosis social*, Barcelona: Gedisa, 1993.

Fuentes documentales:

- TAU. "Sobre algunos problemas que se planean en la construcción de una Tendencia Estudiantil que lleve al seno del mismo la ideología del proletariado", Documento de la Comisión Directiva saliente, Buenos Aires, 1965.
- TAU. "Programa de principios", Buenos Aires, 1965.
- FEN. "8 de octubre de 1967-17 de octubre de 1945". Buenos Aires, 1967.
- FEN. "La reforma, los estudiantes y las luchas populares", Buenos Aires, 1968.
- FEN. "Che", FEN, Bs. As. 1968.
- FEN. "Habla Fidel acerca de la situación en Checoslovaquia", 1968.
- FEN-MIM. "El significado del 1º de mayo", Córdoba, 1968.
- FEN. "A los compañeros estudiantes y al pueblo de Córdoba", Córdoba, 1968.

- FEN-UNE-FURN. "Por la prosecución de nuestras luchas junto a la clase obrera", Buenos Aires, 1969.
- FEN-MIM. "El FEN junto al movimiento obrero en el paro del día 27", Córdoba, 1969.
- FEN-MEM-Línea Nacional-Línea Antiimperialista Nacional-Acción Socialista Nacional. "En lucha. Contra la dictadura y sus planes universitarios de colonización cultural junto al pueblo por la liberación nacional", Bs. As. 1969.
- FEN. "Por un 17 combativo junto a los trabajadores argentinos", Bs. As., 1969.
- FEN. "Periódico del FEN. El movimiento estudiantil junto a los trabajadores por la liberación nacional", N° 1, Buenos Aires, 1970.
- FEN. "Ante el paro del 23. ¿Quiénes son? ¿Por qué? ¿Qué buscan? ¿Qué hacer? El legado peronista", Buenos Aires, 1970.
- FEN. "Otro golpe presente y de nuevo el pueblo ausente", Córdoba, 1970.
- FEN. "¿Qué pasa? ¿Qué pasó? ¿Qué debemos hacer que pase?", Rosario, 1970.
- FEN. "Como en el 45: la clase trabajadora y el Pueblo en la calle", Córdoba, octubre de 1970.
- FEN. "Cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía", Buenos Aires, 1972.
- FEN-OUP. "Retorno incondicional de Perón a la Patria y al poder", 18 de julio de 1973.
- FEN. "Expulsión inmediata de los agentes del continuismo reaccionario", Córdoba, 1973.
- FEN. "La universidad y la reconstrucción nacional", Córdoba, 1973.
- FEN-JP. "Desde 1955 el movimiento peronistas viene desarrollando una guerra integral", Buenos Aires, 1973.
- FEN-OUP. "Retorno incondicional de Perón a la patria y al poder", 1973.
- FEN. "Los estudiantes y el 17 de octubre", Córdoba, sin fecha.

FEN-MIM. "La clase obrera argentina y el 1º de mayo", Buenos Aires, sin fecha.

FEN. "Homenaje a Felipe Vallese", Bs. As., sin fecha.

FEN. "Cambalache", Bs. As., sin fecha.

FEN. "En el cielo las estrellas", Facultad de Medicina, Córdoba, sin fecha

FEN. "Boletín de Sociología Nº 1. La carrera es nuestra, los concursos son ajenos", sin fecha.

Otras fuentes:

Primera Plana Nº 336, 3 al 9 de junio de 1969.

Primera Plana Nº 438, 22 de junio de 1971.

Testimonio de Julio, 29/09/04.

"La hora de los hornos", 264 min. Grupo Cine Liberación, Argentina, 1968.

"Perón: actualización política y doctrinaria para la toma del poder", 134 min. Grupo Cine Liberación, Argentina, 1971.

